

# SEXTO CONTINENTE

## SUMARIO

---

Cultura y anticultura.

ALBERTO EZCURRA MEDRANO: Inglaterra y España en América.

J. A. GARCÍA MARTÍNEZ: Macedonio Fernández, metafísico paradójico.

FEDERICO IBARGUREN: El ser de la Historia.

MARÍA GRANATA: Poemas.

JOSÉ GABRIEL: Por una historia leal.

ARTURO CANCELTA: El epigrafiasta funéreo.

VINTILA HORIA: Los problemas de la hora veinticinco.

EZEQUIEL ORTIZ PONCE: Defensa del caudal americano.

BOLIVIA: AUGUSTO CÉSPEDES: Reencuentro con Jaime Freyre.

BRASIL: STEFAN BACIU: La moderna poesía brasileña.

COLOMBIA: J. A. OSORIO LIZARAZO: La novela de la Gran Colombia.

URUGUAY: DANIEL D. VIDART: La ciudad y el campo a lo largo de la evolución nacional.

ECONOMÍA, por Basilio Serrano.

RICARDO ROJAS Y EL SABLE DE SAN MARTÍN.

RITMO DE AMÉRICA.

TEATRO, por Joaquín Linares.

MÚSICA, por Lucas M. Rivara.

PLÁSTICA, por Pilar de Lusaretta.

LIBROS, por Ramón Doll.

REVISTA DE REVISTAS

---

REVISTA DE CULTURA PARA AMÉRICA LATINA

BUENOS AIRES

OCTUBRE DE 1950

NUMERO 6

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

# SEXTO CONTINENTE

*Tribuna del Pensamiento Latinoamericano*

Editada por Armando Cascella y Valentín Thiébaud

Registro de la Propiedad Intelectual 303.317

Redacción y Administración:

CORRIENTES 569, 1r. piso

BUENOS AIRES (República Argentina)

## DIRECTORES DE "SEXTO CONTINENTE" PARA AMERICA LATINA

### MEXICO

José Vasconcelos  
Plaza de la Ciudadela 6  
MEXICO - D. F.

### CHILE

Santiago Vivanco  
La Fetra 115. SANTIAGO

### VENEZUELA

Ramón Díaz Sánchez  
Dirección Nacional de Prensa.  
Ministerio de Relaciones Interiores.  
CARACAS.

### PERU

Manuel García Calderón.  
Biblioteca de la Universidad Mayor  
de San Marcos - LIMA.

### ECUADOR

Alejandro Carrión.  
Casa de Cultura. Parque de Mayo.  
QUITO.

### BRASIL

Elsie Lessa.  
Av. Atlántica 762. RIO DE JANEIRO

### COLOMBIA

Gonzalo Canal Ramírez  
Calle 13 N° 16-21. BOGOTA.

### TARIFA DE SUSCRIPCION

Por un año .....	\$ 30.— m/n.
Por seis meses .....	„ 16.— m/n.
Precio del ejemplar .....	„ 3.— m/n.
Para el Exterior: Por un año .....	„ 6 dólares

Todo envío de cheque o giro postal a nombre del administrador, señor Daniel Rodolico - Corrientes 569, 1º piso, Buenos Aires.

SEXTO CONTINENTE no publica sino trabajos inéditos y originales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores. No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia.

# INSULA

Revista bibliográfica de  
ciencias y letras

Redacción y Administración:  
Carmen 9 - Madrid (España)

Suscripción anual: 25 pesetas

Suscripción semestral: 15 pesetas

Aparece el 15 de cada mes

# L'ULTIMA

REVISTA DE  
POESIA Y  
METASOFIA

Dirección y Administración:

Via XX Settembre 48

FIRENZE (Italia)

# PALACIO DEL LIBRO

Librería Hachette S. A.

El surtido más completo de obras literarias, de arte, científicas y técnicas, en castellano, francés, etc.

Abonos y venta al número de revistas francesas de todas las materias. Novedades por todos los correos.

Visite nuestros salones de venta.

MAIPU 49 - Córdoba 2015

Buenos Aires



## Establecimientos de ANILINAS COLIBRI

SOC. RESP. LTDA. — CAPITAL \$ 636.000,00

Alv. THOMAS 1340 - 60

T. E. | 54, Darwin, 1313  
54, Darwin, 2975

FABRICA:  
GIRIBONE 1365  
Buenos Aires

**Para Su Calzado  
PIDA SIEMPRE**

Anilinas para uso doméstico y  
para todas las industrias.

Pomada para calzado COLIBRI

Cera para piso COLIBRI

Limpia metales COLIBRI

Tapas Goteras "G. O."

Hidrófugo COLIBRI (Aprobado).



# Hacia la Gran Argentina

He creído siempre que toda acción humana para ser noble ha de estar asentada en un ideal. Con mayor motivo se necesita el aliciente del idealismo para desarrollar una obra de gobierno. Tal vez las actividades privadas pueden inspirarse en otras motivaciones. Pero si gobernar consiste en buscar los medios para lograr el bien público, no cabe duda de que la determinación de tan alta finalidad no es posible sin el acicate de la ilusión. Y mi gran ilusión, lo he dicho reiteradamente, es el engrandecimiento de la Nación Argentina. A ello respondió la redacción y ejecución del Plan de Gobierno, a ello va encaminada la reforma constitucional, y ese objetivo se persigue asimismo con la nacionalización de los servicios públicos, con el impulso industrial, con el incremento inmigratorio y, en resumen, con cuantas medidas he adoptado dentro del ámbito de mi competencia.

No me creo infalible y admito la posibilidad de que en algunas de esas medidas haya habido error o vacilación. Ambas cosas son inherentes a la naturaleza humana. Pero la obra del estadista no se juzga ni se puede juzgar por el episodio aislado sino por su conjunto y por su dimensión y en este sentido habréis de convenir conmigo, como conviene la inmensa mayoría del pueblo, que el saldo es favorable y que marchamos con paso firme hacia la consecución del ideal precitado: la gran Argentina.

JUAN D. PERON.

---

MINISTERIO DEL INTERIOR

# LA MENOR DISTANCIA ENTRE DOS PUNTOS...

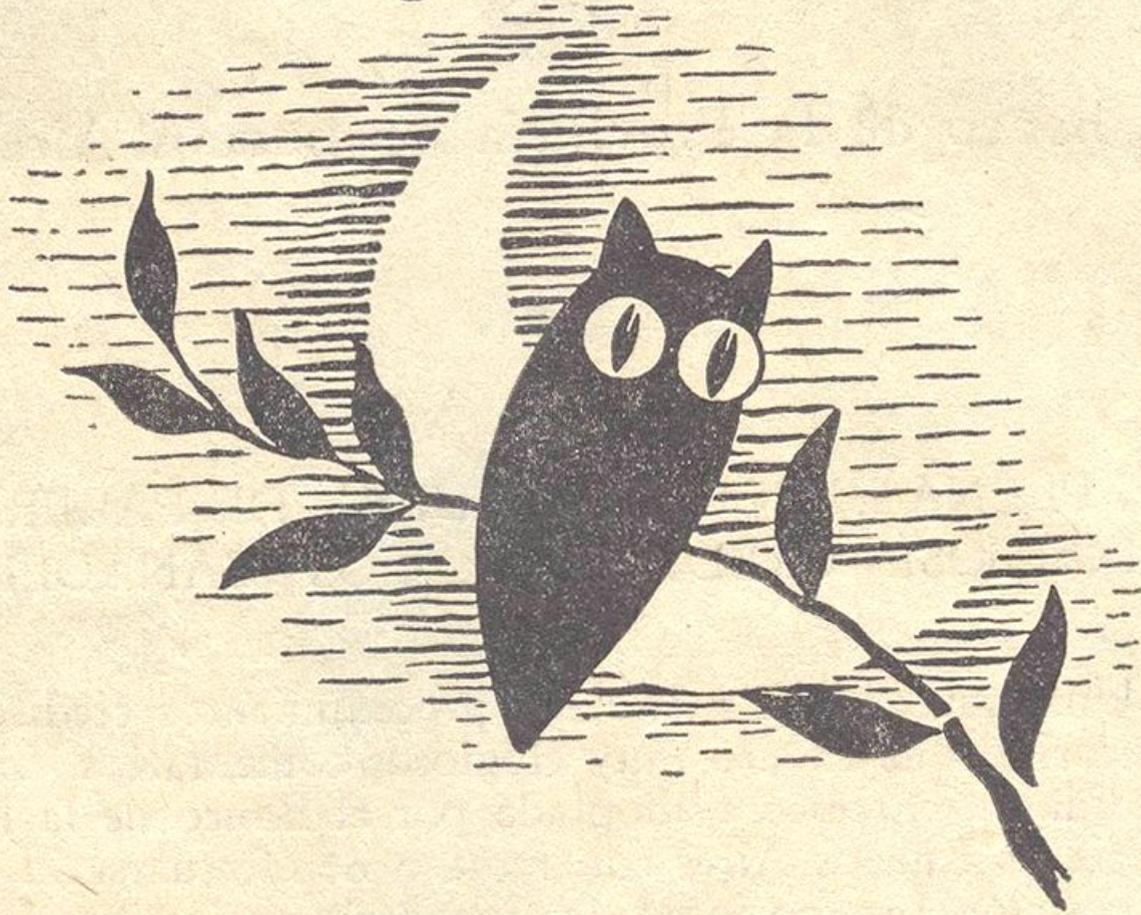


es sin duda la línea  
recta. En materia de  
salud ocurre otro  
tanto. El camino más  
corto es el que traza  
la medicina moderna,  
que nos permite evitar  
la enfermedad. Cuide  
su salud, practique su  
examen periódico en  
los establecimientos  
sanitarios oficiales  
que están al servicio  
del pueblo.

MINISTERIO DE SALUD PÚBLICA DE LA NACIÓN  
DIRECCIÓN DE CULTURA SANITARIA

1950 Año del Libertador General San Martín

*Es Ud.  
supersticioso.?*



**¿Cree Vd. en amuletos y pases magnéticos?...  
¡No! ¿Verdad?... Entonces, no abandone su salud en manos de curanderos y embaucadores. La ciencia médica tiene las soluciones que Vd. necesita. Verifique entonces periódicamente su estado de salud, concurriendo a los establecimientos sanitarios oficiales que están al servicio del pueblo**

**MINISTERIO DE SALUD PUBLICA DE LA NACION  
DIRECCION DE CULTURA SANITARIA**

*1950 Año del Libertador General San Martín*



## Banco de la Provincia de Buenos Aires

### EN PLENA EXPOSICION RURAL DE PALERMO OTORGOSE CREDITOS A LOS GANADEROS

Una novedad en materia y procedimientos crediticios bancarios, que suscitó muy elogiosos comentarios, fué la medida recientemente adoptada por el Banco de la Provincia de Buenos Aires con motivo de efectuarse la XV Exposición Internacional de Ganadería en las instalaciones de Palermo.

En efecto, poniéndose una vez más a la vanguardia en el cumplimiento de los postulados de la Revolución Justicialista enunciados por el general Perón y fielmente llevados a la práctica por el gobernador Mercante, las autoridades del Banco dispusieron que se otorgaran créditos a los ganaderos que los solicitaran en el mismo local de ventas de Palermo.

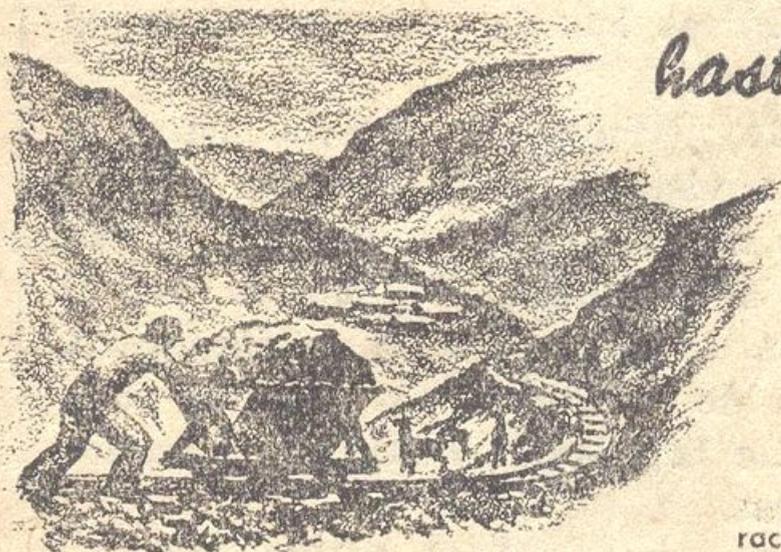
A tal fin, instaló en las dependencias de la Exposición un moderno pabellón, atendido por personal especializado, para resolver en el acto las solicitudes de préstamos para adquirir reproductores, sin otro requisito que la previa manifestación verbal de la situación patrimonial, organización y rural y capacidad técnica de cada solicitante.

Eliminados así los antiguos engorrosos trámites, herencia de anacrónicas prácticas bancarias, la institución facilitó en pocos minutos la tramitación de créditos por valor de \$ 1.500.000 moneda nacional, que permitieron a numerosos ganaderos comprar sobre el terreno reproductores de pedigrée y animales de alta calidad destinados a mejorar sus haciendas, con el consiguiente inestimable beneficio para el acervo ganadero nacional.



MINISTERIO DE FINANZAS DE LA NACIÓN

Desde **JUJUY**



# hasta la **ANTARTIDA ARGENTINA**

Las instituciones dependientes del Ministerio de Finanzas impulsan en todo el territorio nacional la explotación racional de nuestra riqueza, apoyando la actividad agropecuaria, alentando la industria, promoviendo la construcción de la vivienda propia, fomentando el ahorro popular y favoreciendo el desarrollo del comercio.

El Gobierno del General Perón estimula así el espíritu de empresa y de trabajo, para que los bienes conseguidos al amparo de su política Justicialista consoliden la independencia económica y aseguren la elevación del nivel de vida del pueblo argentino.

BANCO CENTRAL DE LA REPUBLICA ARGENTINA  
BANCO DE CREDITO INDUSTRIAL ARGENTINO • BANCO DE LA NACION ARGENTINA  
BANCO HIPOTECARIO NACIONAL • CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL



**AÑO DEL LIBERTADOR  
GENERAL SAN MARTIN**



# Lector Amigo:

**SEXTO CONTINENTE** es una revista de doctrina, cuyo propósito esencial, expresado en su nota-editorial de presentación, no es otro que el de estimular la unión espiritual y el conocimiento integral de los distintos países que forman esa ideal familia de naciones que se conoce por América Latina.

La nuestra no es, por consiguiente, una empresa comercial. Y por no serlo, tiene que afrontar las serias dificultades económicas que acompañan siempre, como la sombra al cuerpo, a esta clase de iniciativas basadas únicamente en el patriotismo y la buena voluntad.

Por eso, lector amigo, le pedimos, si aprecia usted el esfuerzo implícito en esta revista y comparte los ideales que en ella se expresan, que nos apoye en la medida de sus posibilidades, suscribiéndose a la misma. Colaborará así al cumplimiento de una empresa de bien común y se asegurará, de paso, la recepción regular de la revista, no siempre posible en lugares distanciados de la Capital Federal o situados más allá de nuestras fronteras.

**LOS EDITORES**

.....

*Señor Administrador-Gerente de SEXTO CONTINENTE*

*D. Daniel Rodolico  
Corrientes 569, 1r. piso,  
Buenos Aires*

*Acompaño a usted la suma de .....  
un año  
en giro postal o cheque a su orden, importe de ..... de  
un semestre  
suscripción a la revista SEXTO CONTINENTE, cuyo envío se me  
efectuará a partir del número .... correspondiente al mes de .....*

*Nombre y apellido: .....*

*Domicilio: .....*

*Localidad ..... (País) .....*

*Tarifa de suscripciones: Un año ..... \$ 30.— m/n.*

*Seis meses ..... „ 16.— „*

*Exterior (un año) Dólares: 6.—*

*(Escríbase con claridad)*

# SEXTO CONTINENTE

REVISTA DE CULTURA PARA AMERICA LATINA

Buenos Aires

Octubre de 1950

Número 6

Año del Libertador General San Martín

---

## ANTICULTURA

ALGUNA VEZ hemos de dedicar a este tópico —la Anticultura— la atención y la extensión que se merece como alarmante fenómeno colectivo en el mundo occidental. A la incultura se llega por muchos caminos, algunos de ellos circunstanciales, otros vocacionales. El más seguro de todos es la abolición del libro como ingrediente cotidiano en el alimento espiritual de un pueblo. A eso llegaremos muy en breve aquí, si las autoridades no toman urgentes medidas para evitarlo. Sobre esto queremos poner el acento al referirnos al avance de la Anticultura. La carestía del libro, y su corolario, la ausencia, por la misma causa, de supletorias revistas de cultura, configura uno de los factores principales, si no es el más importante dentro del panorama que queremos enfocar.

Comprar un libro equivale, hoy, a una aventura económica a la que pocos se hallan en condiciones de arriesgarse con la necesaria frecuencia. El libro está cada día más caro. Su precio supera, con mucho, el alcance y las posibilidades del común de las gentes. De seguir así, no estará muy distante el día en que el libro —considerado como elemento de cultura general— pase a ser suspirada añoranza de un pasado dichoso, que a muchos parecerá legendario.

El precio astronómico, prácticamente prohibitivo, de los libros actuales, trae aparejado un peligro social: el de alejar la cultura del ámbito de las clases populares y el de convertirla, en consecuencia, en una trinchera más de las clases adineradas. En adelante —siempre, claro está, que no se le ponga coto a esta emergencia— sólo

los ricos podrán ser cultos, entendiendo por esta expresión el contacto permanente y activo con todas las manifestaciones de cultura que se producen en el país y en el resto del mundo civilizado y que se registran y circulan por las rutas naturales del libro. La perspectiva nacional de una élite supercultivada, enquistada en el cuerpo de un pueblo inculto, no es para alegrar el corazón de ningún argentino bien nacido. Eso sería la Contrarrevolución. Librada ya —y ganada— la batalla por la Justicia Social, habrá que librar la batalla por la Cultura, que viene a ser, si bien se mira, una rama más, e indispensable, del mismo generoso árbol. Porque sigue vigente aquello, tan eterno, de que no sólo de pan vive el hombre.

No hablemos de los libros de texto, obligado material de enseñanza para estudiantes primarios, secundarios y universitarios, cuya adquisición periódica comporta un verdadero drama en los hogares humildes “bendecidos” por muchos hijos. Hablemos nada más que de los libros comunes de cultura —de esos libros de los que se prescinde más fácilmente por no considerárselos indispensables—, de esos libros que no tienen edad y que son para todas las edades, según el desarrollo de las afinidades electivas en la apetencia intelectual de cada lector. Esos libros que son el verdadero sostén y el permanente vivero de la cultura de todos los pueblos —pues la escuela y la universidad sólo desbrozan el camino de la cultura, cuyo derrotero hay que cumplir luego del brazo de los libros—, esos están ya prácticamente fuera del alcance cotidiano de todos nosotros.

Hay, desde luego, agio. El reciente reajuste oficial del valor de intercam-

bio de nuestro signo monetario —determinado por razones que no es del caso analizar aquí— provocó de inmediato un movimiento “alcista” en el mercado local del libro, realizado con ritmo y desenfado dignos del mercado negro. Libros que fueron traídos al país en épocas en que la peseta, el franco y el peso mejicano valían muy poco en relación con el nivel de cambio de nuestra moneda, se venden ahora aquí como si esas divisas extranjeras, que fueron papel y siguen siendo papel, se hubieran convertido, de la noche a la mañana, en monedas de oro acuñado. Por cualquier libro, actual o inactual, los libreros locales piden 20, 30, 40, 50, 60 y más pesos. Sabemos de un libro de autor argentino, muy recientemente editado, que se vende ¡a 180 pesos! ¿En qué material estará impreso? ¿En láminas de plata?

Hay pues, agio, al margen de la elevación de los costos, que se da como insuficiente pretexto. Ni siquiera las librerías de viejo —fácil paraíso de nuestra juventud— han escapado al contagio, aparte de que las mismas se van convirtiendo poco a poco en verdaderos osarios de la subliteratura cuando no en sórdidos refugios de la literatura innombrable. En cuanto a las revistas, mejor no hablar de ellas. Las que no son calcos innobles de las más estúpidas congéneres yanquis, ocupan en tonterías humillantes por su absurdidad el escaso espacio que le dejan libre sus copiosos anuncios comerciales. Sus artículos sobre sex-appeal, sus análisis del “g’lamour” de las artistas, chismes sociales, noveluchas y demás acertijos de rarecido jaez, constituyen el más acabado monumento a la estulticia contemporánea. El resto se ocupa únicamente de foot-ball, de box, de básquet, carreras de autos y otros deportes-espectáculo. Todo eso está bien en cierto sentido, pero lo cierto es que no tangencia la cultura, ni de refilón. La verdad es que de a ratos colabora con la Anticultura. Todo eso —sin excluir cierto grueso sector del cine y el teatro nacionales— ¡no mencionemos la radio, por amor de Dios!— todo eso, repetimos, borra con el codo lo que la escuela y la universidad escriben con la mano.

## CULTURA

Señalemos, en compensación, un hecho auspicioso. La calidad y jerarquía artísticas realmente notables de los distintos actos culturales que integrarán el próximo Festival 17 de Octubre, organizado por una comisión oficial a la que pertenece nuestro colaborador y amigo el poeta Castiñeira de Dios, cuya inteligente acción al frente de la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación se ha hecho sentir de inmediato en todas las zonas de su influencia.

Confesemos que nos sentimos un poco alarmados ante la visible declinación del nivel cultural de ciertas sedicentes manifestaciones artísticas. A la sombra de la buena voluntad y el deseo manifiesto del gobierno nacional en el sentido de estimular todas las actividades del espíritu, se había producido una verdadera avalancha de la mediocridad. Pero las cosas vuelven a su quicio. El programa del futuro Festival es un excelente síntoma y una garantía de ello. Así se hace cultura en la verdadera y muy seria vocación de la palabra.

Y no lo decimos solamente por la perspectiva de ver representar la tragedia “Electra” en la escalinata de la Facultad de Derecho, ni por la Opera de los Mendigos, que dirigirá Morpurgo en el Teatro Nacional Cervantes, ni por “La Fierecilla Domada” que se hará bajo la dirección de Ponferrada, ni por “Los Caballeros de la Tabla Redonda”, de Cocteau. Es que no se ofrecerán únicamente tragedias griegas y comedias shakesperianas, sino que la música y el arte irán por los barrios porteños, en cuyas esquinas el veterano Alberto Vacarezza hará vibrar el eco del Cantar de los Gauchos, y actuarán al aire libre grandes orquestas sinfónicas nacionales y criollas masas corales, y habrá espectáculos de “ballet” a cargo del cuerpo de baile del Colón en los principales parques y plazas de Buenos Aires, y Exposiciones del Libro Argentino y también de pintura primitiva argentina. Todo para el pueblo y al alcance del pueblo. Una verdadera movilización artística en la cual “lo nuestro” —en cuanto esta expresión alude a las sen-

cillas manifestaciones del folklore— ocupará el digno lugar que le corresponde, sin menoscabo de las otras manifestaciones del arte clásico y universal. Pues estaba resultando absurdo que un país que se ha puesto de un solo envión a la vanguardia de tantos otros en materia de política y de justicia social —un país que da valientemente la cara al porvenir y afronta con decisión y clarividencia los problemas de esta hora— hiciera una curiosa excepción en su estimativa y marchara con el rostro vuelto hacia atrás en cuanto se relaciona con las manifestaciones del arte y del espíritu.

### PREMIOS

En la provincia de Buenos Aires —por intermedio de la Subsecretaría de Cultura, dependiente del ministerio de Gobierno— se ha instituído una serie de premios anuales de \$ 25.000 cada uno a la producción intelectual. Está muy bien. Aunque los premios nunca han creado por sí mismos un arte ni una literatura —según se dice— lo cierto es que al trabajador intelectual le hace falta de tarde en tarde un estímulo contante y sonante que, aparte de llamar la atención general sobre su obra, suele contribuir, entre otras cosas, a que en el círculo familiar y social en que actúa se le devuelva el respeto que habitualmente se le retacea cuando no se produce a tiempo un reconocimiento público traducido en ruido periodístico y pesos moneda nacional.

Lástima que la posibilidad de opción a tan succulentos premios haya sido limitada en este caso por dos cláusulas curiosas: una, que fija la fecha de la publicación de la obra a por lo menos tres años atrás —; por qué será?— y otra que estipula como condición indispensable para la opción la de “cinco años de residencia” en la provincia. Con lo que se dará esta situación paradójica: que un escritor domiciliado en una casa que corresponda a la acera este o sur de la avenida General Paz podrá presentarse a dicho concurso, pero no podrá hacerlo, pongamos por caso, cualquier colega suyo que viva calle por medio en la vereda de enfrente de dicha avenida. Esta di-

ferencia, con ser acaso justa, no rige para los concursos de plásticos, también muy bien dotados en dicha provincia.

### DINAMICA SOCIAL

Ha aparecido el primer número de “Dinámica Social”, revista editada por el Centro de Estudios Económico-Sociales, de esta ciudad, cuyos propósitos son profundizar los problemas que en ese terreno afectan al mundo contemporáneo, incluidos los sectores científicos, literarios y artísticos. Esta primera entrega, que prestigian numerosas firmas de alto valer intelectual —y que ofrece la particularidad de publicar en tres idiomas, castellano, italiano y francés, el texto de sus principales artículos— expresa en su saludo inicial los siguientes conceptos, que definen su encomiable vocación continental latinoamericana. Dice así:

*“Saludo a la tierra, desde la Antártida hasta las sierras de Méjico, desde los Andes hasta las desembocaduras del río Amazonas; a la tierra, al trabajo, al hombre: trilogía de la más palpitante humanidad.*

*“Tierra verdadera y real, no abstracción y símbolo; no sólo teatro, sino intérprete. Materia pesada, turgida en la múltiple maternidad, humeante como el hálito de los bueyes que la trabajan, palpitante como el corazón del hombre que la domina sirviéndola.*

*“Tierra que se insinúa en los desfiladeros de los “cañones”, que se extiende a lo largo del Orinoco, del Amazonas, del Plata, y en la Pampa, ya no hostil y enemiga; que se reviste de frutales sobre las colinas preandinas; que se encorva jubilosamente sobre los amplios golfos del Ecuador, de Honduras, de Nicaragua; que custodia el oro de Méjico, las esmeraldas de Colombia, el petróleo de Venezuela y Argentina, el cobre de Bolivia y de Chile. Aquella que perfuma con hierbas aromáticas las playas del Uruguay y las florestas del Paraguay; aquella árida de la Patagonia que casi parece exasperar su desolación, sólo para tornar más asombroso el encanto*

## SEXTO CONTINENTE

*de los lagos meridionales. Y también la tierra de las selvas tropicales, amasijo de follaje, raíces, carroña, gusana monstruosa, donde el hombre penetra sólo a condición de vencer la locura y el horror de la soledad.*

*“En todos los países, la “tierra” ha cumplido y cumple una función importante en las humanas vicisitudes; pero aquí, ella ha sido siempre sujeto y protagonista. Sin el “sentido de la tierra”, no se explica la historia de este continente.”*

### PAPEL

Debido a inconvenientes insalvables, derivados de la crisis mundial de papel, cuya repercusión en nues-

tro país es de todos conocida, este número de SEXTO CONTINENTE aparece con algunos pliegos impresos en un tipo de papel y otros pliegos en otro. No nos preocupa esta pasajera circunstancia mucho más allá de lo debido, pues esta publicación se dirige a un público inteligente al que muy poco ha de interesarle el detalle de la calidad del papel sino la calidad de su material de lectura. Con todo, nos ha parecido necesario dar esta explicación a nuestros lectores a quienes podría llamarles la atención la no habitual compaginación de esta entrega.

LOS EDITORES

# INGLATERRA Y ESPAÑA EN AMÉRICA

por Alberto Ezcurra Medrano

DEL HECHO de que los Estados Unidos sean grandes, ricos y poderosos y las repúblicas hispanoamericanas estén en inferior situación en lo que a prosperidad respecta, se suele deducir, con excesivo apresuramiento, la superioridad de la colonización inglesa sobre la española. Veamos qué hay de cierto en ello.

\*

La característica esencial de la conquista española fué el espíritu imperial y misionero. Hubo, por cierto, en los conquistadores, afán individual de riqueza; pero aquí nos referimos al móvil nacional que presidió la acción de España y que está claramente proclamado en el testamento de Isabel la Católica. A ese móvil superior se debió que al descubrimiento siguiese inmediatamente, sin cálculo alguno, la exploración y la conquista. España no podía esperar habiendo vidas que salvar y tierras que incorporar a la corona de Castilla.

A Inglaterra, en cambio, no le interesó América. A pesar de haber sido la costa norteamericana descubierta en nombre suyo en 1497, permaneció casi un siglo sin preocuparse seriamente del Nuevo Mundo, como no fuera para desplegar su piratería contra el comercio español. Mientras tanto, España transplantaba su religión, su sangre y su cultura. Cuando en 1606 Inglaterra, atraída por los productos americanos y por la posibilidad de encontrar oro, autoriza a dos compañías comerciales a explotar sus territorios, España cuenta ya en América con dos virreinos, numerosas poblaciones, cuatro universidades e industria y comercio florecientes.

Aun después de decidirse a colonizar América, el móvil comercial continuó orientando la actividad británica. Ubicados los colonos en una costa próxima a la metrópoli y dotada de fácil acceso desde el mar, no les interesó alejarse excesivamente de ella en busca de nuevas tierras. Concentraron allí su esfuerzo. En cambio los es-

pañoles, sedientos de almas y de imperios, se lanzaron en busca de fantásticos Eldorados y Cesáres, pero también de reales incas y aztecas, y así lograron conseguir que en los dominios de su Rey nunca se pusiera el sol.

\*

Consecuencia de la falta de espíritu misionero fué que a Inglaterra no le interesase el indio, como no fuera para librarse de él, exterminándolo o alejándolo. Para España, por el contrario, la evangelización del indio es esencial. No sólo se le abren con ella las puertas de la salvación eterna sino que se los libera de sus sanguinarias prácticas religiosas, como los sacrificios humanos y la antropofagia ritual. Innumerables misioneros, encabezados por santos como Francisco So'ano, Toribio de Mogrovejo y Luis Beltrán, realizaron el milagro de cristianizar en pocos años un inmenso continente.

Pero no se contentó España con convertir al indio. Hizo lo posible por civilizarlo. Que un Fray Pedro de Gante, deudo de Carlos V, o un Fray Juan de Zumárraga, se trasladasen a América con el fin de fundar colegios —¡y qué colegios!— para indios, es algo admirab'e, inconcebible dentro de la mentalidad de las compañías inglesas, algo que hubiera hecho desternillar de risa al capitán John Smith y hasta a los honrados y circunspectos puritanos del "Mayflower".

Es claro que el no haber rehuído el problema del indio, el haber entab'ado relaciones con él, el haberlo incorporado a la hispanidad, trajo consigo una serie de problemas de convivencia, que España fué resolviendo por etapas sucesivas, de acuerdo con las doctrinas predominantes en cada momento histórico. Al principio se creyó lícita la esclavitud de los nativos, pero no tardó en ser abolida. Con todo, como los españoles en América eran pocos, y necesitaban hacer producir la tierra y explotar sus riquezas, puesto que no habían venido a morir de hambre, debieron recurrir al trabajo del indio. ¿Cómo lograrlo? Pues con sistemas de trabajo obligatorio análogos a los que utilizaron los incas y los aztecas. No otra cosa fueron las encomiendas, que pueden ser objeto de críticas si se las compara con las conquistas sociales *actuales*, pero que *en su tiempo* constituyeron para el indio una mejora con respecto a su situación anterior a la conquista. "Cuan lejos —dice Roscher— estuvo de la opresión el servicio de minas llamado mita se ve claramente en el hecho de que muchos indios, cuando no era su turno, pedían trabajar en él, y muchos de los que estaban obligados a este servicio (mitayos) frecuentemente trabajaban muchas horas voluntariamente para gozar los altos salarios afectos a esta labor"<sup>1</sup>. A pesar de ello, Es-

<sup>1</sup> W. Roscher, "Kolonien und Kolonialpolitik", Leipzig, 1885; cit. por Vicente Gay, "Leyes del Imperio Español", pág. 208.

paña no se detuvo en el camino de las mejoras sociales. Suprimió los servicios personales de las encomiendas y los reemplazó por el trabajo libre y por el pago de tributos en dinero o en especie. Y el trabajo libre fué reglamentado en forma tan humanitaria que hasta la jornada de ocho horas encontramos establecida en América, para ciertos trabajos públicos, en tiempos de Felipe II.

Naturalmente, los enemigos de la colonización española no reparan en el profundo amor cristiano con que España contempló a los naturales de América, amor que inspiró el admirable conjunto de las Leyes de Indias, la obra de los misioneros y la acción de no pocos conquistadores y pobladores. Sólo reparan en el *incumplimiento* de esas leyes, en los *abusos* y *crueldades* cometidos, magnificados por la leyenda negra antiespañola. Pero salta a primera vista que es absurdo hacer del abuso, de la crueldad y de la violación de la ley una regla general. Si los hubo, fué a pesar de España; fué por circunstancias explicables de lugar y de tiempo; y fué porque, a pesar de todo, los españoles eran hombres y no ángeles, y como tales, sujetos a humanas imperfecciones, que en obra tan inmensa como difícil no podían dejar de translucirse.

Lo cierto es que España, lejos de exterminar al indio, lo evangelizó, lo civilizó, lo absorbió, fundiendo su sangre con la suya, estableciendo en sus leyes que "ninguna orden pueda impedir ni impida el matrimonio entre los indios e indias con españolas y españoles". Ello dió origen a una sociedad en absoluto ajena a esos prejuicios raciales que aun perduran en los Estados Unidos de Norte América.

\*

Una idea muy difundida es la de que los españoles trajeron a América el "despotismo", mientras los ingleses fueron "exportadores de libertad". Hay en ello varios errores y confusiones, que procuraremos aclarar.

En primer lugar, los ingleses que vinieron a América no fueron sólo los puritanos del "Mayflower", ni vinieron todos al mismo tiempo, ni con idénticos fines e ideas. A los primeros colonos de la Compañía de Londres, por ejemplo, les interesaba muy poco la libertad. Según el propio John Smith, sus cincuenta compañeros "no hablaban sino del oro; no pensaban sino en el oro; no hacían otra cosa que cavar, y lavar y refinar oro". En cuanto a los "padres peregrinos", se incurre en un error al decir que trajeron la libertad a América. Por el contrario, *vinieron a buscarla*, porque carecían de ella en su patria. Pero una vez que la hubieron encontrado, se mostraron a su vez tan intolerantes como sus perseguidores de la madre patria. Esa intolerancia fué la primera causa de expansión en la colonia. Providence, Rhode Island, New Hampshire debieron su origen a colonos de Massachusetts expulsados por la intolerancia puritana. Con el tiempo fué surgiendo la libertad, pero

como *modus vivendi*, como fruto de intolerancia, no como régimen importado de Inglaterra.

Si de la libertad religiosa pasamos a la libertad política, encontramos que el derecho de sufragio era tan limitado que "excluía al 95 % de la población"<sup>2</sup>.

Si de la libertad política pasamos a la libertad civil, encontramos no sólo la esclavitud negra, como en América española, sino también la *esclavitud blanca*, fenómeno social desconocido en aquélla.

En suma, que se exagera mucho acerca de la famosa libertad que los ingleses sembraron en América. Los españoles, es cierto, no vinieron en busca de ella, por la sencilla razón de que ya la tenían. No vinieron en busca de libertad religiosa, porque gozaban de unidad espiritual y poseían la verdad, con toda su fuerza liberadora<sup>3</sup>. No vinieron como colonos de una metrópoli, sino como conquistadores y señores de las nuevas tierras, que no dependían de España, sino que habían sido incorporadas a la corona de Castilla, con el mismo título que España. No vinieron a crear instituciones opresoras, sino a traer aquellas cristianas libertades medievales que se reflejaron en los cabildos y cabildos abiertos. Y cuando la corona de Castilla se eclipsó bajo la invasión napoleónica, los descendientes de esos orgullosos conquistadores, al amparo de su fe católica y mediante sus propias instituciones y doctrinas, recobraron esa libertad en cuyo goce nacieron y vivieron. Y fueron libres, natural y espontáneamente, como frutos que caen de maduros, porque España les había enseñado a serlo.

Otro lugar común que se repite con frecuencia es el siguiente: de Inglaterra vinieron hombres cultos, que fundaron la universidad de Harward, etc.; en cambio los conquistadores españoles pertenecieron a una capa social inferior y fueron soldadotes bárbaros e ignorantes, como Pizarro, que era analfabeto, etc.

Es claro que si comparamos la instrucción del ex-porquerizo Pizarro con la que se impartía en Harward, quizá no sea España la que resulte favorecida. Pero no todos los ingleses que vinieron fueron profesores de Harward, ni todos los españoles fueron cuidadores de puercos. España, que no concentró su esfuerzo en una zona reducida, sino que se lanzó a conquistar imperios, necesitó de los Pizarro, porque la guerra no se hace con profesores y libros. Pero detrás de los Pizarro vinieron nobles, sabios y santos y expandieron la religión católica y la cultura hispánica en una extensión más grande que la que civilizaron los ingleses. Cuando el puritano Harward fundó su universidad, ya funcionaban seis universidades

<sup>2</sup> Ashley, "American History", pág. 123; cit. por Carlos Pereyra, "La obra de España en América", págs. 53 y 54.

<sup>3</sup> "La verdad os hará libres", (Juan, VIII. 32).

en América española, superiores a la de Harward. Cuando desembarcó la primera imprenta en la colonia inglesa, ya hacía más de un siglo que en los dominios de España se imprimían obras de carácter religioso, jurídico y científico.

El sabio Humboldt, cuando visitó a América a comienzos del siglo XIX, halló que "ninguna ciudad del nuevo mundo, *sin exceptuar las de los Estados Unidos*, ofrece establecimientos científicos tan considerables y tan sólidos como los de la capital de Méjico. La escuela de minería —añade— el jardín de plantas y la academia de pintura son de los más notables" <sup>4</sup>.

"La verdad —dice Abel Cháneton— rara vez reconocida hasta ahora, es que España nos dió en materia de cultura todo lo que podía darnos. No era mucho, sin duda. Pero *ningún país de Europa, sin otra excepción acaso que Alemania, hubiera podido darnos más*" <sup>5</sup>.

Ello explica que en estos países surgieran personajes ilustres, teólogos como Valenzuela, poetas como Andrés Bello y Sor Juana Inés de la Cruz, pintores como Miguel de Santiago, escultores como Sangurima, periodistas como Calero y Bauzate, historiadores como Clavigero y Fray Juan de Velasco, geógrafos como el Obispo Ore, filólogos como el Padre Valdivia, matemáticos como Del Río, filósofos como Villarroel, astrónomos como los padres jesuitas Buena-ventura Suárez, santafecino, y Alonso Frías, santiagueño, que después de la expulsión de su orden honraron en Italia a su tierra natal trabajando eficazmente en observatorios de renombre.

Por los frutos se conoce el árbol. No debió ser tan bárbara la obra de España en América cuando los dió tan excelentes, abundantes y variados.

\*

Pero entonces, se dirá, si la colonización española fué mejor que la inglesa, ¿por qué sus resultados fueron inferiores? ¿por qué son superiores los Estados Unidos a la América Hispánica?

En primer lugar, para contestar a esta pregunta habría que ponerse previamente de acuerdo acerca del concepto de *superioridad*. Si se trata de superioridad *material*, progreso, riqueza, "confort", etc., no cabe discutir la superioridad norteamericana. Pero ella, aunque parezca extraño, no es otra cosa que el fruto de los *defectos* del régimen colonial anglosajón.

Gracias a la falta de espíritu imperial y misionero, gracias al móvil crudamente comercial de la colonización inglesa, ésta ganó en intensidad lo que perdió en extensión. Ello, al concentrar los esfuerzos en un espacio reducido y de fácil acceso, significó una gran

<sup>4</sup> Revista del Río de la Plata, Buenos Aires, 1871. T. II., pág. 430.

<sup>5</sup> Abel Cháneton, "La instrucción primaria en la época colonial", pág. 18.

*ventaja* sobre la colonización española; pero esa ventaja no provino precisamente de una *cualidad* de la colonización inglesa.

La falta de interés en convertir y absorber al indio tampoco fué una cualidad, si se la considera desde el punto de vista humanitario y cristiano; pero es indudable que evitó a Inglaterra una serie de problemas y a sus colonias el *mestizaje*, que —racismo aparte— la experiencia demuestra que no suele ser fuente de virtud ni de trabajo.

La falta de libertad política motivó la formación de una verdadera clase dirigente, no muy afecta a los derechos del pueblo<sup>6</sup> pero que contribuyó en alto grado a hacer de los Estados Unidos la gran potencia que es actualmente.

La falta de una cultura católica motivó la formación de un *ethos* puritano-judaico, donde Cristo fué reemplazado por Mammon y el Reino de Dios y su justicia por el del Dollar y sus intereses.

Todo ello ha contribuído, naturalmente, al progreso material de los Estados Unidos. Ha hecho de esa nación el gran imperio económico que es hoy día, preocupado en *amontonar tesoros en la tierra* y defenderlos de la *polilla* y de los *ladrones* (Mat. VI, 19).

¿Constituye todo eso una superioridad real?

Los hispanoamericanos, a pesar de más de siglo y medio de liberalismo, materialismo y laicismo, seguimos siendo, en el fondo, un brote de aquel otro Imperio, espiritual y misionero, de Carlos V y Felipe II. Y seguimos creyendo, todavía, que si buscamos primero el *Reino de Dios y su justicia*, todo lo demás, por añadidura, se nos dará algún día.

---

<sup>6</sup> Cfr. Carlos Pereyra, "La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática", pág. 73 y siguientes.

# Macedonio Fernández, Metafísico Paradojal

(Intento de aproximación)

por J. A. García Martínez

MACEDONIO FERNÁNDEZ define el pensamiento en estado puro. Su obra se inscribe en tres dimensiones vitales. Los fundamentos reales del humor, la naturaleza trágica de lo poético y el señorío de la conciencia sobre las cosas, se dan en una arquitectura coherente que culmina en la metafísica. Esas tres versiones de la realidad originan una cuarta dimensión que, como la que postula la física contemporánea, no existe en la realidad pero gravita en toda su labor. Que, en este caso, desempeña el papel de experiencia inmediata.

\*

Una permanente paradoja alimenta la obra de Macedonio Fernández. Es la dialéctica hegeliana en su contradicción pragmática. Pero, la síntesis —en lugar de surgir del encuentro entre tesis y antítesis— se da implícita en el desarrollo total. No es el producto de una lucha ni de una situación forzada. Se muestra naturalmente, como resultado de un proceso interno. En un momento dado, llega a encontrar tanta similitud entre el sueño y la realidad “que no vale ya la pena de conservar la clasificación”.

Y he aquí la primera paradoja: procediendo del idealismo, lo supera. Es específicamente romántico y niega las posibilidades últimas del romanticismo ya que cierra toda puerta de escape al sueño en tanto que entidad independiente. “Nada más real que un ensueño, y la vigilia, dice, es real sólo en cuanto es un sueño”. Y postula el almismo del mundo.

La propia existencia intelectual de Macedonio es una segunda paradoja. En la Argentina, la historia de las ideas tiene un sentido pragmático. El pensamiento tiende a desarrollarse sobre bases con-

cretas y la especulación pura casi no existe. La filosofía vale por sus proyecciones sociales y políticas. Así se explican muchas interpretaciones de la realidad nacional: la gran mayoría de los autores no pudo desprenderse todavía del lastre realista que los originó.<sup>1</sup> Macedonio Fernández irrumpe en el pensamiento argentino, en plena época positivista, con una actitud original. ¿Cuál es esa actitud? ¿Cómo se define?

En tanto que postura intelectual, el idealismo niega autonomía a las cosas. El hombre es un creador de mundos. La conciencia se proyecta sobre la realidad. La protege y le otorga la vitalidad necesaria para subsistir. Esta subjetividad confina al idealismo en los límites de la especulación pura. Y América no es el lugar más apto para su florecimiento.<sup>2</sup> Así se comprende el silencio y la incompreensión que durante mucho tiempo rodearon a Macedonio. Empieza a difundirse después de 1922. Es decir, con la generación Martín Fierro. Hay, evidentemente, una falta de sincronización entre la filosofía que profesa el medio y la prédica del autor de "No toda es vigilia la de los ojos abiertos". De un amor el No Existente Caballero. ¿Será, pues, el propio Macedonio?

Esta orfandad se hace carne en Recienvenido. Con él se patentiza la tercera paradoja. Persiste en hacerse el ingenuo, soslayando su tremenda experiencia espiritual. Aparece en Buenos Aires como un inmigrante más: descubre América como cualquier viajero. "Papeles de Recienvenido" relata esa aventura. Hombre y paisaje se encuentran y, a pesar de sus esfuerzos, Macedonio Fernández no puede sustraerse a su criollismo esencial. Su obra expresa ese arraigo en la tierra argentina. Es el primer auténtico metafísico que hayamos tenido. El que mejor expresa la voluntad argentina de ser. No es un azar que la más celebrada radiografía de nuestros tipos humanos —"El hombre que está solo y espera"— fuera escrita por Scalabrini Ortíz, uno de sus más consecuentes discípulos.<sup>3</sup>

El pensamiento de Macedonio Fernández tiene así una rigurosa continuidad, continuidad que es la cuarta paradoja. Se lo atacó por

<sup>1</sup> En este mismo sentido puede entenderse la difusión actual de algunas corrientes existencialistas. Durante más de veinticinco años, pensadores tan representativos como Heidegger, Kierkegaard, Chestov, Berdiaev, Gabriel Marcel, Jaspers, Haecker, etc., sólo fueron conocidos por muy pequeños grupos. Hoy, Sartre y su grupo —tan inferiores por su calidad como por las proyecciones de su pensamiento— tienen una divulgación inusitada.

<sup>2</sup> A pesar de grandes corrientes como Royce o el movimiento de Saint Louis. En América Latina, se llega al idealismo moral de Ingenieros. Que ideológicamente es un pobre remiendo y una formulación mediocre de algunas actitudes europeas.

<sup>3</sup> Deliberadamente, dejo de lado el tema de la gravitación de Macedonio Fernández ya que, además de las influencias directas, habría que agregar las indirectas. En *Adán Buenosayres*, la novela de Leopoldo Marechal, podemos rastrear claramente su presencia tanto en la actitud general, la fina ironía que campea en toda la obra, como en el estilo.

la presentación de sus obras. Por su aparente inconexión. Pero, lo que en un filósofo profesional sería una falla, en el autor de "No toda es vigilia la de los ojos abiertos" es una cualidad más. Exaltamos su virtualismo: inquietud preñada de posibilidades que, si no deja huellas de su desarrollo,<sup>4</sup> permite anticipar la evolución posterior.

En él, el humorismo tiene un sentido. El método se oculta detrás del concepto puro. No se evidencia porque existe de verdad. No es formal sino real. El más real de los métodos: superando la búsqueda anarquía, se revela un cerebro poderoso donde se da el orden verdadero. Que es el orden del espíritu. (En el prólogo a "No toda es vigilia la de los ojos abiertos", Scalabrini recuerda que ese libro es "el fruto de una meditación disciplinada y sostenida durante treinta y cuatro años".) De aquí la profunda soledad de Macedonio. En la filosofía al uso suelen estar invertidos los términos. El orden determina el sistema, que suele ser la filosofía misma. Ahora, éste desaparece. Lo fundamental es lo expresado, no la expresión. Esta utiliza al método como instrumento. Aquél requiere un soporte espiritual que le dé fuerza y sentido. Desdeñoso de las formas, Macedonio se pronuncia por lo expresado. A veces, le faltará belleza. Pero le sobra carácter. Lo que, desde ya, constituye todo un programa de filosofía.



Los cuatro elementos determinan la pureza y la intemporalidad del pensamiento de Macedonio. Supera el idealismo metafísico, en el que se genera. Desdeña la comunicación con el medio que, si le otorga fuerza plástica, lo encuadra dentro de los límites de la expresión corriente restándole originalidad. Observa el país sin prejuicios: con el asombro a flor de labios. Y abstrae el método y todo lo que signifique sistematización, dejando fluir el pensamiento en forma espontánea. De esta manera, huye de la lógica pura —que, en la mayoría de los casos, es mera asociación de ideas— y de todo lo que requiera un soporte lógico. Se hunde en el ser puro. En la esencia primigenia del hombre. Esto explica su parquedad.



La obra de Macedonio Fernández tiene una rigurosa conexión. Metafísico nato, esa disciplina juega un papel trascendental en su labor y en él se encuentran el humorista y el poeta. "No toda es vigilia la de los ojos abiertos"<sup>5</sup> muestra el drama del pensador, la

<sup>4</sup> R. Scalabrini Ortiz: *Macedonio Fernández, Nuestro Primer Metafísico*, en *Nosotros*, mayo de 1928.

<sup>5</sup> Buenos Aires, 1928, 212 páginas. Prólogo de Raúl Scalabrini Ortiz.

esterilidad del lenguaje discursivo. Es la tentativa para lograr una mejor expresión de la realidad. Lo que generalmente se entiende por filosofía es un pensamiento cerrado. Concluso. Y si tal actitud reporta ventajas en el mundo lógico, regido por las leyes de causalidad y no-contradicción, es negativa en otras esferas. El vacío pascaliano, el mundo subterráneo, que define Dostoyewski y exalta Chestov, escapan a su imperio. Macedonio, superando la sola lógica, se mueve en este otro mundo.

Al elaborar su metafísica de la lógica, Hegel se atiene estrictamente al contenido literal del idealismo. Macedonio Fernández trata de orientarse en un sentido ético, yendo al orden real del espíritu. "El ser es porque es un sueño, es decir, una plenitud inmediata. El ser sería la nada sino fuera inmediato al alma como es el ensueño". No es, pues, el sueño lo cuestionado. Lo es la realidad. Pero no es el suyo un subjetivismo dogmático. La polémica contra Berkeley y Kant no tarda en aparecer. "Lo trascendental para ellos, dice, era la materia, una trascendental muy subalterna y que no justificaba que terminaran entristeciéndonos de morales". Falto de método, Macedonio no abunda en la crítica al imperativo kantiano. Arremete contra el maestro de Köenigsberg en el terreno del conocimiento. Que es donde el idealismo puede buscar mejores argumentos de validez. Por el contrario, se da a una empresa que ahora aparece estéril: la fundamentación del subjetivismo mediante los datos de la psicología experimental. Largas páginas testifican elocuentemente esa dramática lucha. Y en ellas, la actitud vale más que los resultados.



"No toda es vigilia la de los ojos abiertos" define el pensamiento y los horizontes metafísicos de Macedonio. En "Muerte es beldad"<sup>6</sup> ese mismo pensamiento adquiere dimensiones trascendentales por medio de la poesía. El lado del humorista se encuentra en "Papeles de reciénvenido" y "Una novela que comienza"<sup>7</sup>. Como en el poema, aquí también priva el metafísico sobre el humorista. La ironía, la risa, la carcajada aparecen en función de una realidad superior. La farsa —como quería André Suarés del clown— se limita a las costumbres y a los caracteres.

En Macedonio Fernández, humorista de verdad, el humorismo es un estilo y lo grotesco es puro ornamento. Al principio desconcierta. Luego, se comprende la verdadera finalidad de su técnica: huir de la realidad, desdeñando la lógica por la lógica misma y desarticulando la estructura espacio temporal del cosmos. La Ley de

<sup>6</sup> *Muerte es Beldad*. La Plata, 1942.

<sup>7</sup> *Papeles de Reciénvenido*, Buenos Aires, 1944, 280 páginas. *Una Novela que Comienza*, Santiago de Chile, 1941, 106 páginas.

Causalidad no tiene sentido. El mundo de Macedonio está formado por diversos elementos, uno de los cuales quizá sea el mundo físico. ¿Cómo no llegar, pues, al descentramiento de los conceptos fundamentales? La subjetividad se refugia en el humorismo porque no tiene otro refugio. Su imperio se extiende —y limita— a un causalismo anormal que, si no tiene vínculos decisivos con el orden físico, tampoco lo domina. Al utilizar la conciencia como método, se concluye que el espíritu es impotente para abarcar la realidad. Este es el drama de Macedonio Fernández y de todo el idealismo.



También en el poeta priva el metafísico. “Muerte es beldad” trae un acento sutil y desgarrado. La misma sugestión de “No toda es vigilia la de los ojos abiertos” —en tanto que denodada inquisición de las proyecciones del ser sobre las cosas y que vigilante testimonio del yo— aparece aquí. Esta vez, sin embargo, el patetismo es mayor. La ilusión es más vivaz y presente. Si antes el tema de la muerte aparecía borroso, casi nostálgico, ahora sus términos se conjugan en una relación trascendental. El solipsismo de Macedonio culmina aquí. El humorista desaparece. Un Macedonio nuevo —aunque no distinto ni contradictorio— emerge apasionado. Aparece más cercano a sí mismo. Los matices barrocos de su pensamiento se encauzan naturalmente en el verso directo y enumerativo que individualiza y define su quehacer poético. Estos cinco poemas son algo más que el desarrollo de una hipótesis —legítima o no— y superan su persistente afirmación de subjetividad. La presencia de la muerte da sentido y otorga auténtica categoría ontológica a su pensamiento. El poeta no traiciona al metafísico. Le da auténtica franquicia vital y expresa lo que éste no pudo o no quiso decir.

Es el de Macedonio un acento desgarrante. Un lamento, en el sentido de Laforgue. Pero es, sobre todo, una enumeración de hechos donde falta la palabra necesaria y definitiva que cristalice en la esperanza. Esperanza que, subterráneamente, se desprende de sus páginas. La muerte sigue siendo misterio. ¿Dónde quedan la arrogancia y el coraje de la subjetividad? ¿Dónde, el imperio del ser sobre las cosas? ¿La gravitación de la conciencia sobre la realidad exterior?

# EL SER DE LA HISTORIA

por Federico Ibarguren

## I

LA HISTORIA no es mera exposición del pasado. Más que su desarrollo importa la *comprensión* del mismo. Nexo de unión entre diversas épocas, las hace inteligibles al destacar en perspectiva la continuidad "formal", el fin a que tiende en el decurso de las generaciones. Es ajena, por eso, a la mera literatura, a la fábula, al tópico. Sus pesquisas buscan la verdad y no el mito, utilizando para ello —en la afanosa y nunca interrumpida investigación— métodos análogos a los empleados por la morfología.

"Historia —como la define un gran pensador contemporáneo: J. Huizinga— es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuentas de su pasado."

Los historiadores modernos, en general, pierden tiempo tomando datos intrascendentes. Ayudados por la memoria llenan cuartillas recordando tal o cual suceso trivial, de mayor o menor interés según sea la fidelidad con que es traducido en el papel. Para ellos todo es cuestión de archivos. Se pasan el día en bibliotecas desentrañando documentos, acumulando datos de acontecimientos pasados. Tal será —afirma dogmáticamente la cátedra— un historiador cabal.

Semejante criterio —a nuestro modo de ver, equivocado— padece de un error de punto de vista. No se trata de detalles; es una cuestión de enfoque.

Para nosotros, la Historia no consiste en documentarse y presentar al público acontecimientos perfectamente relacionados en todos sus pormenores. Reviste un sentido más entrañable. Es un *proceso* —una "forma espiritual"— y reconoce, por ello, un principio de arranque y una finalidad a alcanzar.

El concepto Historia tiene una función no de cosa exhumada, de recuerdo, de memoria, sino de hálito vital (si puede referirse esta palabra al mundo del espíritu). De vida que no se interrumpe sino con la muerte.

En las personas, el pasado enseña más que recuerda. En los pueblos ocurre lo mismo. Nadie puede desconocerlo.

El que sabe quiénes son sus ascendientes estará mejor preparado para afrontar el destino o, por lo menos, con más posibilidades de defensa que el que los ignora. Ocurre algo parecido en las colectividades sociales. Cuando los acontecimientos estallan y urge tomar contacto con la realidad la nación ignorante de su pasado se verá en inferioridad de condiciones para reaccionar. Caerá vencida por los acontecimientos desatados. No sabrá encarar la solución, sucumbiendo, a la larga, arrollada por la propaganda, los programas de moda y las doctrinas del momento. Como pasa con mucha gente que ha alcanzado una posición sin merecerla de verdad.

Ahora comenzamos a percibir la importancia que para la conducta tiene el pasado. Porque, al fin, Historia no es sino "experiencia de los pueblos"; un imponderable que no se vive en vano. Sostenían los antiguos que aquélla se hacía transmisible con la madurez, y tenían razón. La madurez fué siempre depositaria de la experiencia vital que es sabiduría. En cambio, para quienes han olvidado su pretérito, toda edad resulta lamentable. Pueblos semejantes están destinados a permanecer eternamente infantiles, desmemoriados y bárbaros. Y quedan siempre sometidos a perpetuas tute'as foráneas.

Ahora bien, no hay efecto sin alguna causa que lo produzca. Así, la Historia no está hecha de ideologías. El proceso de adaptación que es en realidad la Historia —fruta madurada en el árbol— resulta negado, repudiado por la tesis, el programa, la utopía pura. Un ser no se desarrolla en virtud de una teoría previa sino que nace de padres dados, ve la luz en un lugar que no ha elegido y tiene amigos y reacciones imprevisibles. De la misma manera lo histórico no puede someterse estrictamente al razonamiento lógico, por noble, elevado y generoso que parezca en el orden espiritual o moral.

La historia, en definitiva, es un *proceso*: el desarrollo de un pueblo condicionado por factores atávicos y ambientales que, Dios mediante, van jalonando su libertad esencial de ser y de moverse, en el espacio y en el tiempo.

## II

Así como la semilla precede a la planta en el ciclo de la generación, la esencia es anterior a la existencia. Por lo tanto, es fundamental para nosotros comprender la esencia de lo histórico antes de adentrarnos en el estudio extensivo de sus diversas etapas evolutivas, de su existir como tal.

La Historia, en efecto, es interpretación jerárquica de los hechos. No basta la mera información exhaustiva. Aquélla debe superar lo anecdótico, buscando contacto con las categorías que ordenan el acontecimiento particular. Se trata de una síntesis, de una *forma*, para hablar en lenguaje escolástico.

Todos sabemos que, en el fondo, el problema de la inteligencia es ontológico y no está regido por leyes necesarias de la física material (causa y efecto), sino que depende de las de la metafísica. La subordinación de la Historia a este orden jerárquico del pensamiento —ínsitamente contenido en la Filosofía— va sin decirlo, aun cuando el propio historiador no lo confiese explícitamente o lo ignore las más de las veces. Esto quiere decir que el criterio filosófico condiciona el criterio histórico, toda vez que la Historia no tiene valor independiente de ciencia, al menos como entiende a ésta el positivismo moderno.

¿Qué es lo *histórico*, entonces, en este orden de ideas? ¿Cuál es su raíz? Acostumbrados a pensar con instrumental positivista, lo primero que se nos ocurre es que la Historia es una ciencia: colección de hechos cronológicos, minuciosamente explicados por documentos o testimonios escritos de la época. Ciencia experimental que el historiador (siempre un especialista) estudia en los archivos: única fuente de donde puede extraer el material para recomponer, enhebrando los hechos, el drama del pasado. El concepto general que se tiene de la Historia es éste: ciencia cronológica de los *hechos*. Cuanto menor sea la interpretación personal de los mismos que dé el historiador —se piensa—, más real y verdadero resultará el relato. Hasta aquí el criterio general difundido de nuestra materia.

Pero, afortunadamente, la esencia de lo histórico no es el dato aislado. Porque si descansara únicamente en documentos y testimonios escritos bastaría que una generación perdiera sus papeles para que el pasado desapareciera y la continuidad en el tiempo quedara quebrada. Y ello es absurdo.

La Historia no reposa en último término —como lo pretende el positivismo científico— en la prueba *material* de los hechos pretéritos; aun cuando ésta sirva siempre para respaldar las afirmaciones del escritor. Por encima de lo visible, trascendiendo los restos que podamos hallar de una época dada —sobre las olas del naufragio temporal— quedará grabada por siglos, como una estela sutil, la huella de lo que una vez surcó su superficie. Es el inteligible de lo que existió, la parábola móvil denunciadora de la vida que marcha y no se detiene, a instancias del impulso motor de la Historia.

Para los sabios de nuestro tiempo siempre habrá, sin embargo, dos maneras de estudiar la naturaleza humana: pulsando las reacciones y estímulos del hombre vivo, o desmenuzando en partículas su cadáver. Así ocurre también por analogía, con relación a los pueblos. Los historiadores del siglo pasado han elegido, casi todos, el segundo procedimiento: aguardaron la muerte de una generación para hacerle la autopsia y exhibirnos en seguida sus vísceras.

Pero lo histórico no debe especular con la muerte para existir. Es otra cosa que mera anatomía social. Está informado por leyes creadoras de vida, continuidad y sucesión. Reconoce un *alma* que alienta la cultura a que ese pueblo pertenece. Tiende al logro de una fi-

nalidad de tipo universalista: *trascender* en lugar de quedarse egoístamente, cada pueblo, satisfecho con su caudal propio, en soltería y esterilidad permanentes.

La Historia, más que ciencia experimental, se nos aparece así —a despecho de las escuelas positivistas modernas—, como una especie de rama particular de esa disciplina que los antiguos llamaban con verdad la “primera de las ciencias”: la Filosofía. Aunque ella sea en rigor una filosofía no especulativa sino aplicada a hechos concretos. Una filosofía, por decirlo así, de lo *encarnado*.

“Toda auténtica reflexión histórica es auténtica filosofía, o es sólo labor de hormigas”, ha escrito egregiamente el contemporáneo Oswaldo Spengler.

### III

La materia histórica es, como hemos visto, flúida por naturaleza; razón por la cual no corresponde clasificarla entre las disciplinas científicas propiamente dichas (“la esencia misma de la historia es el cambio”, anota J. Burckhardt). Sin embargo ella descansa en ciertas *constantes* que, en último término, le dan fijeza y continuidad.

Una de estas constantes —acaso la de mayor importancia— es, sin duda, la *Tradición*. Ella actúa de regulador, decantando la vida de los pueblos en el molde de hábitos, costumbres, maneras y modos de ser que se van transmitiendo de padres a hijos; no obstante el aporte original (inédito) de cada generación que la enriquece de continuo en el decurso de su existencia.

Así, las evoluciones y revoluciones propias del tiempo encuentran su reposo —su equilibrio armónico y viable— cuando son asimiladas por la Tradición del pueblo que las sufre. Sólo ésta es capaz de dar sentido y estabilidad a la incesante mutación de los siglos. Lazo de unión, puente —por así decir— que junta el pasado con el futuro, actúa de catalizador en el proceso temporal de desarrollo de las comunidades humanas. Sin ella la vida carecería de contrapeso, volveríase puro presente: juguete del vendaval de los acontecimientos como las hojas en otoño, desprendidas de la planta.

La Tradición marca, así, la ruta de nuestro destino al hacer imposible la cotidiana victoria de las tendencias anárquicas de la naturaleza sobre el orden sedimentado en que descansa una forma social, impidiendo que el capricho presente triunfe sobre el futuro factible y la muerte sobre la vida. Ella —la Tradición— otorga verdadera personalidad a los hombres y a los pueblos. Porque traduce, en último término, el *ser* de la Historia.

“El conocimiento histórico no es posible fuera de la *tradición histórica* —expresa al respecto Berdiaeff—. El reconocimiento de la tradición es una especie de apriorismo, es algo categóricamente

absoluto en el conocimiento histórico. Sin ello nada hay completo y nos quedan tan sólo fragmentos”.

Como se ha visto, la Tradición es el elemento estático de la Historia. Lo dinámico son las *ideas* y los *hombres* que, por contraste, de continuo cambian renovando la vida. Explícate, por lo demás, esta trasmisión casi inalterable —a través del tiempo— de hábitos y costumbres teniendo en cuenta su origen *religioso*, diría yo, en el sentido amplio y lato de la palabra. Ya que la Tradición tiene sus raíces —como el teatro— en el drama trágico de la conducta y no en la comedia frívola de los caprichos circunstanciales y de las modas. En sus comienzos nace de la actitud *sacra* (no profana) del hombre ante el gran misterio del mundo circundante. Los pueblos van conformando toda su *liturgia social*, que luego recoge la posteridad, como reacción frente a la naturaleza bruta o al medio ambiente en que viven. Sólo así puede explicarse sin deformaciones la fuerza terriblemente conservadora que informa todo resabio de tradición verdadera.

“Religio praecipuum Humanae societatis vinculum” (la religión es el vínculo capital de la sociedad humana), enseñaba Bacon con verdad. En este orden de ideas, nos repite contemporáneamente Hilaire Belloc: “La Religión es el elemento determinante que actúa en la formación de toda civilización”.

En Europa tenemos reflejada, según todavía lo ve el estudioso, esa transición histórica ineludible y fecunda, sin negaciones ni violentos saltos atrás. Por más que los bárbaros de la Edad Media se propusieran destruir el mundo ancestral de la cultura, con el tiempo sus jefes victoriosos, convertidos por la Iglesia Católica, serían los sucesores de los desacatados emperadores muertos.

Cosa parecida ha ocurrido con relación a España entre nosotros. Estudiando nuestro pasado con imparcialidad, vemos cómo se produce el proceso cultural en América, y sobre qué bases o puntos de partida se hace necesario proceder a la revisión integral de la historia del Río de la Plata.

# P O E M A S

por María Granata

En otro tiempo, una alta calificación en poesía femenina no era, sobre todo en nuestro país, dato muy convincente sobre el valor absoluto de la obra poética de una mujer. Actualmente, la distinción entre poetas y poetisas casi no tiene más sentido que el informativo. Así mismo, es más verdad decir, sin más distinción, que María Granata constituye en el presente uno de los más altos valores en la lírica de nuestro país. Nacida en Buenos Aires, aquí publicó en 1942 "Umbral de tierra", un volumen de poesías que fué distinguido con el Premio Municipal de Literatura y con el premio "Martín Fierro" de la Sociedad Argentina de Escritores, y, en 1946, "Muerte del adolescente", donde su expresión poética se afirma en la senda inicial, combinando la severidad de una forma clásica con un registro temático cálido, cordial, interior.

Iniciamos con este grupo de poemas de María Granata, que la propia autora ha seleccionado, una serie de antologías de poetas del sexto continente que serán preparadas de la misma manera y que quizá lograrán, gracias a ello, un carácter representativo que su reducida dimensión no permitiría.

## MUERTE DEL ADOLESCENTE

*Iba a las densas viñas y volvía  
con la sangre dorada.  
Su voz en un sollozo no cabía  
ni en un pámpano seco su mirada.  
Ni sabían sus manos  
ser el lecho piadoso de la frente.  
Iba a las aguas, iba a los manzanos,  
y retornaba siempre adolescente.*

*Veía en tardes rojas  
estremecerse el árbol absoluto,  
y al pájaro nacer entre las hojas  
profundo de dulzura como un fruto.*

Solamente esperaba  
un nuevo paso unir al paso hecho,  
y por la herida lateral del pecho  
ninguna soledad lo transitaba.

Guardaba de su infancia  
como un sabor a plomo de soldado,  
y casi una fragancia  
de llanto hacia una sien y otra desviado.

Por vez primera desde un agrio puerto  
sintió la lejanía  
y le dolió todo ese mar desierto  
como una llama fría.

Secas están las viñas. Salitrosas  
las aguas. Carcomidos los manzanos.  
La sombra de las cosas  
tiene filos crecientes y cercanos.

Junto a un huerto sepulto en una duna  
y en el umbral del hombre,  
siente el adolescente que una a una  
se disuelven las letras de su nombre.

Muerto ya está. Como la arena muerto.  
Pero vivas las manos todavía.  
¿Dónde las uvas de un racimo abierto  
que aún las sentiría?

¿Y dónde alguna flor, dónde una aguja  
de luz para sus ojos?  
Antes que advierta el lienzo, antes que cruja  
en sus huesos un hierro de cerrojos.

Un hueco más sobre la tierra, un hueco.  
Pero una sombra menos contra el muro.  
Y un tallo verdiseco.  
Y un fruto desprendido y no maduro.

## POEMAS

*¡Ah, ya se han muerto sus manos  
y ya se hiela el aire que lo toca!  
Echad su corazón a los manzanos  
y a las viñas su boca.*

*¡Ah, con qué rebeldía  
su perfil en el viento se deshace!  
Al oeste la noche, al este el día.  
Limitado ya está. ¿Qué cruz le nace  
de pronto entre las manos?  
¡Para un alba de cal que lo amordace  
ha crecido ferviente de veranos?  
¡Qué muerto está! Y ya lo recorría  
el amor como una llamarada  
cuando iba a las viñas y volvía  
con la sangre dorada.*

## LA VENTANA

*En vano es que me asome a la ventana:  
Este aire vacío no es el cielo;  
sólo veo una atmósfera de duelo  
que menos triste siento si es temprana.*

*Mirad: el día tiene forma humana;  
nuestra diafanidad es su consuelo.  
Rígida veo a la paloma en vuelo,  
la noche prefiriendo a la mañana.*

*Me asomo a la ventana como a un foso.  
En ella empieza siempre mi destierro,  
mi vacilar de lo maravilloso.*

*Ante su abierto espacio me acontece  
lo mismo cada vez: cuando la cierro  
siento que el cielo a mis espaldas crece.*

PARABOLA

*Su sien izquierda casi reposaba  
cerca de un rojo leño.*

*Alguien lo vió: lloraba  
un llanto que caía desde el sueño.*

*Era el niño que el huerto  
de aroma anaranjado recorría,  
con el rostro entreabierto,  
fruto por fruto, un día y otro día.*

*Le separaba la silvestre piel  
un amarillo tajo.  
Alguien vió cuando él  
cayó en la hierbabuena como un gajo.*

*Era el niño que iba por el llano  
traspasando espinillos,  
y traía después verde la mano  
de aliquebrados grillos.*

*Su sien izquierda casi soterraba  
fuego y niebla de flores.  
Alguien lo vió: lloraba  
un llanto azul y un llanto sin colores.*

*Era el niño que abría  
el lino de su almohada para ver  
si entre ese lino añil se descubría  
el sueño por nacer.*

*Su piel se coagulaba y la primera  
luz estuvo a su lado.  
Nadie lo vió: ya era  
todo su cuerpo un resplandor morado.*

EL ANGEL DESVALIDO

*Está en la hierba: un ala enrojecida  
y húmeda aún. Pregunta por la altura.  
Se coagula su voz. La frente ardida  
sigue manando lívida dulzura.*

*Es el ángel de amor que da la vida  
o señala verdosa sepultura.  
Está en la hierba: un ala desvalida,  
y la otra invisible de tan pura.*

*Ya le quema los hombros la madera  
amarga del ramaje. ¡Cómo llora  
por verdadera sombra iluminado!*

*Al alba pueda ser que el ángel muera.  
No me busques aquí porque a esa hora  
estaré sepultada a su costado.*

TRANSFIGURACION

*¿Es tu clara quietud la que convierte  
en cristal la madera del bosque,  
y crece en soledad hasta que baje  
un lienzo de penumbras a envolverte?*

*¿Qué tarde lenta dejará tu muerte  
su corola de plata en el ramaje,  
mientras sobre tus bordes el paisaje  
de la hierba no puede ya beberte?*

*Lago de bosque, lago de balada.  
Ni los musgos habitan tus honduras,  
ni te calcina el alga desvelada.*

*Y con tal claridad te me apareces,  
que más que lago son tus aguas puras  
líquido cielo que imagina peces.*

A   C A R I N A

heroína de Crommelynck

*Nació tu ser y tu fervor nacía  
para el amor, no para los amores.  
Un llanto lejanísimo caía  
en tus ojos abiertos como flores.*

*Ah, Carina, Carina, eras tan triste  
como el último día del verano,  
y al mismo tiempo tan dichosa fuiste  
cual la primer manzana del manzano.*

*Suenan cuernos de caza. Un matutino  
arrebato animal te desconsuela.  
¿En dónde estás ahora? Te imagino  
lavándote con sangre de gacela.*

*Quedó todo tu amor en carne viva.  
Tú también parecías desollada.  
Luz que recién venía y ya se iba.  
Paloma de sus plumas arrancada.*

*¡Ah, Carina!, ¿por qué no me llamaste?  
Tu perdida congoja yo la gano.  
Arrasaron tu alma: te quedaste  
como un bosque talado con la mano.*

*Quisiera haberte conocido, hermana,  
cubrir tu frente con un sueño mío,  
y de la sangre que mi pecho mana  
darte un puñado tibio, darte un río.*

*Imagino tu abrazo de guirnalda,  
la pureza silvestre de tu asombro.  
¡Qué cascada de flores por la espalda,  
qué capullos disueltos en el hombro!*

## POEMAS

*Perdida, sí, perdida y sin encuentro.  
Sólo de desazón las manos llenas.  
Todo el frío creciéndote por dentro  
como un sudario te envolvió las venas.*

*Suenan cuernos de caza. ¡Corre, corre!  
Flechas enloquecidas ya te alcanzan.  
Nadie te salva, nadie te socorre.  
Distintos fríos por tu cuerpo avanzan.*

*Tu mirar neblinoso a mí se asoma.  
Quisiera darte un tierno nombre hallado  
adentro de mí misma. Toma, toma  
el que te guste más, de mi costado.*

*Había en tu rubor, triste Carina,  
una cereza verde, otra madura.  
Te lastimó la rosa y no la espina,  
criatura de pasión y de dulzura.*

*Yo arrullo tu dolor, tan verdadero,  
tan inmenso, sin tiempo y sin orillas.  
Me reconozco en ti, contigo muero:  
tu llanto es el que moja mis mejillas.*

## EL ENCUENTRO

*Al fin de las edades,  
entre seres en número de estrellas,  
sobre ruinas de tierras y ciudades,  
oirás mis pasos, y veré tus huellas.  
Nos reconoceremos  
en el amor guardado todavía.  
Recién salidos de la muerte iremos  
como girando alrededor del día.*

*Ya no tendré mirada de secano  
ni flores en las sienas agolpadas.  
Ya no tendrás hermética la mano  
reconociendo manos soterradas.*

SEXTO CONTINENTE

*El mismo día y a la misma hora  
del suelo nos habremos levantado,  
ignorando la prisa y la demora,  
en un tiempo que pasa sin pasado.*

*Mutua contemplación, descubrimiento  
del sueño acaso largo, acaso exiguo,  
en tanto toma lento  
el ojo nuevo su mirar antiguo.  
Recién entonces volverá mi paso  
a sumarse a la tierra que le toca.  
Todo trecho hacia ti me será escaso,  
y toda muerte me será ya poca.*

*Yo habré llegado desde la llanura  
con pie de árbol pero andar de río.  
Tú vendrás caminando por la altura,  
en las cuatro estaciones del estío.*

*No tendremos memoria  
del taciturno yeso y el estaño,  
y empezará de nuevo nuestra historia  
como el día inicial del primer año.*

*La luz de nuestros cuerpos moradora  
se reconocerá dichosamente,  
y a la vez, en señal reveladora,  
la sombra que nos cae de la frente.  
¡Ah, qué unidad del canto  
el encuentro por siempre repetido!  
Tendré bajo mi párpado tu llanto,  
y mi amor te será ya conocido.*

# POR UNA HISTORIA LEAL

por José Gabriel

LA MODERNIDAD significa sustancialmente el reconocimiento del individuo frente a la clase, y por ende la afirmación de la nacionalidad frente al imperio unificador. Lo que en ella perdura de clásico y de unitario es resabio.

Dos tipos cardinales de nacionalismo se configuran con el tiempo: el primero, el español; el segundo el francés. El español es estético, el francés es jurídico; el español es comprensivo, el francés excluyente. A España, antes de volverse crudamente unitaria con los Austrias, se le debe en la época moderna, en efecto, la idea de que una nacionalidad no excluye a ninguna otra, al contrario, las completa a todas; Francia es en cambio, bajo Richelieu, la consagradora de la nacionalidad repelente (la Nación-Estado), disfraz moderno del imperialismo.

El nacionalismo a la francesa ha hecho de cada pueblo un enemigo de todos los otros, no por xenofobia sino por interés localista y a veces cortesano o castizo o corporativo. El odio al extraño es efecto; la causa es la necesidad de exaltar la propia parroquia en detrimento de las demás.

Ante esta desdicha, se ha proclamado más de una vez la conveniencia del retorno a la unidad, sobre todo en el orbe latino y en el hispanoamericano. Sería un renunciamiento, no un remedio. El remedio está en la recuperación y realización del nacionalismo a la española, desplazado hace trescientos años por el nacionalismo jurídico. La existencia de un pueblo sólo halla su justificación plena en la existencia de los demás, lo que supone una mutua tolerancia y aun un mutuo estímulo. En otras palabras: la federación de naciones, regional primeramente, continental luego, mundial acaso por fin.

Inglaterra, la nación que más ha necesitado de sagacidad política en la modernidad, hace cuatro siglos que viene ensayando la convivencia de la nacionalidad con la unidad; pero, aunque ha obtenido

en la tentativa estimables resultados, como pretendía conciliar términos incompatibles, siempre que tuvo que decidirse por uno de ellos sacrificó a la nación.

Son los Estados Unidos de Norteamérica los que en su región han aplicado más amplia y fielmente el ideal federativo, no sin violencias ni faltas, por supuesto. En el otro extremo continental aparecemos nosotros, los sudamericanos de origen ibérico, sometidos en el Brasil al signo imperial (apenas atenuado desde la proclamación de la república) y en el resto desvinculados y hasta enemigos.

Ningún conjunto de pueblos ofrece un espectáculo de desunión y de mutuo desconocimiento tan lamentable como el del conjunto hispanoamericano íntegro. Naciones de origen común, de un mismo idioma y de desarrollo paralelo, se ignoran entre sí y se desdeñan, por lo menos en ciertos estratos sociales que al fin son los que los especuladores usan como masas de choque en los encuentros.

Diferentes factores crearon en estos pueblos, ya durante el dominio español ecuménico, poderosos gérmenes de disidencia. En el curso de la lucha por la emancipación y durante la organización nacional inmediata, otras potencias a las que les convenía el juego se inmiscuyeron para fomentar la fragmentación que les ahorraría esfuerzos y gastos en la obtención de una tutoría usuraria. Las nacionalidades en ciernes se definieron, surgieron otras ficticias, y todas se exacerbaron, distanciándose mutuamente hasta desconocerse o despreciarse.

La historiografía de cada nación sirvió de vehículo principal. Toda la historiografía es un galimatías como consecuencia de los localismos excluyentes. La hispanoamericana, en un siglo y pico de existencia, ha logrado emular en contradicción íntima a las más viejas; basta en ella un leve cambio de ángulo para que se transformen los panoramas y choquen los juicios.

En la historiografía rioplatense, no más, el enfoque de los hombres y de los acontecimientos varía generalmente según la oposición geográfica de las riberas. Artigas es para los historiadores de la Banda Oriental un precursor republicano, un héroe, un mártir, el árbitro de la emancipación sudamericana; los de la banda occidental lo han descargado ya de maldades que lo agobiaron a lo largo de un siglo, pero aún lo tienen por un caudillo díscolo, prepotente y de exigua capacidad política y militar. San Martín, excelso para nosotros, no tiene eco en el Uruguay. Buenos Aires se enorgullece con su guerra popular victoriosa contra el invasor inglés; Montevideo reclama el galardón. Se siente la capital occidental iniciadora de la liberación rioplatense con su Cabildo abierto y su Junta de 1810; la capital oriental alega la prioridad de su Junta de 1808, "cuna de las libertades rioplatenses". Para los argentinos, Montevideo constituyó durante la emancipación el mayor obstáculo; para los uruguayos, Buenos Aires fué siempre su dominador.

Por lo general, la estimación diferente u opuesta se cifra en la

ignorancia, en el escamoteo o en la falsificación de los hechos y de los actores; pero también suele apoyarse en la simple deformación de la verdad. En cualquier caso el resultado es una enconada oposición mutua que sorprende a los más avisados de las pasiones humanas y que los diplomáticos, congresistas y aun turistas no rozan en su esfera convencional.

El ejemplo podría extenderse, con atenuaciones unas veces, con acentuaciones otras, a la historiografía paraguaya, boliviana, chilena en sus relaciones entre sí o con la uruguaya y con la argentina, principalmente con esta última. Los argentinos creen haberle enviado al Paraguay, en 1810, una fraternal expedición libertadora que los paraguayos repelieron; pero el Paraguay habla de una invasión extraña y celebra la victoria nacional obtenida contra ella. La Argentina supone haber actuado en defensa de su totalidad y de América con su enérgica lucha de 1810 en el Alto Perú; pero los alto-peruanos, segregados de la Argentina y convertidos en bolivianos independientes, se quejan de los delegados bonaerenses, por duros y por forasteros. ¿Quién dudaría en la Argentina de que el ejército argentino de los Andes liberó a Chile?; pero Chile menciona un ejército de chilenos organizado en Mendoza por San Martín. En cuanto a los peruanos, algunos hablan de su liberación por un ejército de peruanos y chilenos.

De las relaciones históricas uruguayo-brasileñas y sobre todo brasileño-argentinas, no digamos nada, porque hay gente torpe en el Uruguay y en la Argentina que siempre ha considerado rival en potencia al Brasil, y viceversa.

Quizás con la historiografía argentina (quizás, o es que la conozco mejor) hubiese que hacer alguna salvedad. Se inició bastante comprensiva, aunque no perfecta, con el Deán Gregorio Funes; Vicente López, meritísimo en otros aspectos, la volvió apasionada y parcial; Mitre fué más sereno y más acogedor, principalmente en el capítulo rioplatense, pues por Venezuela se reprueba con dureza su opinión sobre Bolívar; la Nueva Escuela (impulsada, es cierto, por el uruguayo Clemente L. Fregeiro) se propuso una intachable objetividad, y casi la ha logrado en más de una expresión, por ejemplo en Ricardo Levene. Por otra parte, la temprana y constante disparidad de opinión de sus redactores, manifestada hasta en polémicas resonantes, ha impedido que señoreasen entre ellos afirmaciones incontroladas y flagrantes injusticias sin reparación, en todo caso al tratar de los pueblos españoles, ya que ante los portugueses del Brasil siempre se consideraron menos obligados; los propios acontecimientos y las propias personalidades les han merecido la mayor exaltación y la mayor execración, en particular cuando resultó comprendida la cuestión unitario-federal o la del caudillismo, cuestiones ausentes o menos arduas en los otros pueblos hermanos; y si a veces aparecen injuriados o desmerecidos los hechos y los hombres de enfrente, casi nunca se quedan por otro lado sin la comprensión o

la alabanza compensadoras; en las últimas promociones de historiadores, es notable un anhelo de imparcialidad y de concordia hispanoamericanas; más aún: la historiografía argentina actual (hablo de la responsable, ni que decirlo) muestra con acontecimientos y con figuras de la vecindad una indulgencia que continúa reservándose en casos nacionales parecidos; nada equivalente al rigor de Don Eduardo Acevedo frente al pasado argentino se halla acerca del pasado uruguayo en ningún historiador argentino actual de igual categoría. Con todo, la historiografía argentina está lejos aún de ser justa con los demás pueblos americanos; si bien se esfuerza visiblemente por exonerarse de afectos turbios, la traban todavía el insuperado enfoque localista (con todas sus consecuencias limitadoras), la frecuente ignorancia, cierta rutina inconsciente y hasta, al contrario, su misma rectificación última, fruto de la cordialidad más bien que de la convicción y, por lo tanto, incierta servidora de la verdad.

Y como la historiografía es en estos pueblos monitora de la educación común, las generaciones de cada uno vienen sucediéndose en un sostenido desdén o ignorancia para con los demás. El argentino medio, digamos el porteño, subestima la historia uruguaya, paraguaya y boliviana, acólitos de la propia, conoce a medias la chilena, ignora en su mayor parte la restante hispanoamericana, y tiene por adversa a la brasileña, sin conocerla demasiado; el uruguayo y el paraguayo, acosados por la historia brasileña y la argentina, sólo se preocupan por repelerlas o emularlas; el boliviano es ajeno al Río de la Plata, cuando no enemigo, y carece de curiosidad continental; el chileno, aun con una historia menos antiargentina que otras, tal vez sea menos argentino que muchos, y sólo en su sector ilustrado experimenta un interés intelectual por América. Si avanzamos hacia el Norte, únicamente hallamos desconocimientos y celos internacionales, acaso con la excepción de Cuba, la isleña, y de Méjico, el noble, aun cuando también el más absorto. En cuanto al Brasil, se juzga a sí mismo, en determinadas esferas, un Continente con roces uruguayo-argentinos y una universal suficiencia. Claro que en este panorama, algo abultado para destacarlo, actúan también resentimientos por mutuos despojos o agresiones, o el veneno de la ambición. Pero la historiografía ignorante, necia o insidiosa, modeladora de la nacionalidad, aviva la llama.

Advertido antes de ahora el defecto, se resolvió en uno de los más recientes congresos americanos de historia aconsejar la eliminación de asperezas en la historiografía de cada pueblo continental. No tuvo resultado el consejo ni podía tenerlo. No es cuestión de escamotear colisiones ni de atemperar adjetivos, sino de buscar y encarar limpiamente la verdad; una especie de historia dirigida, como la proponía hace poco, para todo el mundo contemporáneo, el periodista Norman Cousins, habría sido peor que el actual desconcierto; libertad significa creación, por más que no deje de amenazar destrozo. Ni siquiera es cuestión de sofocar las pasiones, siempre

fecundas si son sanas; aun el matiz local de los juicios puede suplir a la posible insuficiencia de la justicia, como el amor llena los inevitables vacíos de la razón. Se trata, ante todo, de superar la limitación parroquiana, y luego, afirmados los pies en el solar, pero tendida la vista a todos los horizontes, querer ver y querer reconocer.

No debemos engañarnos creyendo que vamos a prescindir así no más de intereses parciales; mientras no constituyamos, por lo menos, los Estados Unidos del Sur, no eliminaremos la principal causa de nuestras actuales discrepancias. En el fondo, la mayoría de estas nacionalidades son el resultado de la rivalidad económica de grupos sociales convertidos en pueblos soberanos a fuerza de agrandar hazañas bélicas, doctrinas e instituciones políticas o héroes vernáculos, y de ostentar símbolos. Inscripto cada historiador en la órbita del grupo respectivo, ninguno podría disminuir sin riesgo de excomunicación los signos del propio grupo. No hay pueblo donde sea más peligrosa que en los iberoamericanos la posición individual frente al pasado y a los símbolos locales; el Voltaire de LA POUCELLE o el Shakespeare de la serie real de los Enriques y los Ricardos son inconcebibles entre nosotros, ni aun con el antecedente uruguayo de Juan Carlos Gómez; nadie osaría por aquí discutir al personaje de los antiguos documentos oficiales, ni desmerecer la batalla consagrada en la nomenclatura urbana, ni encontrarle al himno casero reminiscencias operísticas; hemos llegado al culto del culto, estamos en la adoración de las insignias, celebramos los himnos, que ya son celebraciones, elevamos monumentos a las banderas, que ya son monumentos. . . . Los intereses bastardos exigen esta celosa celebración, para erigir cada día la parroquia donde hay poco más que un feudo o una factoría. Y debo hacer excepción de la Nueva Argentina —la de Perón—, donde el sentido patriótico es popular.

Sin embargo, la educación tiene en sí misma un cometido. Hay que creer en la obra del espíritu, sin ponderarla a estilo del idealismo burgués, pero afirmándola ante la negación materialista. El hecho evidente de que las ideas integren el orbe intelectual de una época y de una latitud denuncia su interdependencia: pero la integración se produce tanto por la afirmativa como por la negativa. Dios y el Diablo son contradictorios, pero son coexistentes y complementarios. Quiere decirse, que aun bajo signos comunes se puede responder obedeciendo o desobedeciendo. Desobedecer no es excluirse, es actuar a la inversa; es pertenecer, de todos modos. La libertad no es pues absoluta según el idealismo de la burguesía, pero existe contra la negación terminante del materialismo. Esta libertad hace posible en cierta medida la educación independiente. El resto lo cumplirá la reforma económica. Interin, debemos educar a los pueblos americanos en el mutuo conocimiento y en la mutua comprensión. Una historiografía conocedora y comprensiva será el instrumento adecuado.

Bien entendido que no se trata de iniciar un torneo de alabanzas.

En la Argentina hay una historiografía nacional y una historiografía regional o provinciana; chocan a menudo entre sí sin mengua de su común argentinidad. ¿Por qué no podrían discrepar unas de otras las historiografías hispanoamericanas y aun iberoamericanas (es decir, el Brasil incluso) sin sufrimiento de su americanidad común? Por mi parte, aunque cada día me siento más atraído por la bondad y la belleza (dondequiera que estén) que por la geografía y por la historia, no pienso renunciar a estas últimas, mucho menos siendo de las más buenas y bellas las que me tocaron en suerte. Pero al leer a historiadores forasteros, en particular a los uruguayos, por lo que me tocan —un Eduardo Acevedo o un Francisco Bauzá, para citar dos valores consagrados— creo mirarme en un espejo y me siento alarmado, pues de seguro alguna vez dije o pensé cosas semejantes, llevado también por un estrecho localismo. Es posible ser a la vez patriota y justo; y en gentes españolas, es una obligación.



Vamos a poner un ejemplo elocuente de incomprensión entre las historiografías uruguaya y argentina, precisamente las dos que mejor deberían entenderse en América.

A los escolares argentinos se les enseña, en general, que la reconquista de Buenos Aires en 1806, durante la primera invasión inglesa, fué obra del pueblo porteño, con el auxilio importante de los paisanos bonaerenses reunidos por Pueyrredón y de unos mil soldados traídos de Montevideo por Liniers. La exposición del hecho por Ricardo Levene (el más voluminoso historiador argentino del momento) es la siguiente:

*“El 25 de Junio de 1806, las tropas inglesas desembarcaron en la costa de Quilmes. El día 27, una columna de 1.560 hombres entraba en las calles de Buenos Aires, tomando posesión de una ciudad de 55.000 almas.*

*“A las tres de la tarde del 27 de Junio, Beresford tomaba posesión del Fuerte, y al día siguiente se enarbolaba el pabellón británico. Inmediatamente suscribió una proclama en la que garantía al pueblo del Virreinato las siguientes libertades: 1º la administración de justicia; 2º la propiedad privada; 3º la religión católica; 4º el comercio libre, a semejanza de las otras colonias inglesas.*

*“El pueblo de Buenos Aires se dió cuenta de la gravedad de la situación, y varios proyectos se propusieron para reconquistar la ciudad. Algunos pretendían hacer explotar minas debajo de la fortaleza, donde residía Beresford. Pero este plan no prosperó. El criollo Juan Martín de Pueyrredón levantó el paisanaje de Buenos Aires, en número de 1.000, pero en la chacra de Perdriel, a cuatro leguas de Buenos Aires, fué dispersado. Era un ejército de paisanos que nunca habían combatido y poco podían hacer pues contra los soldados de Beresford, que eran aguerridos y disciplinados. Pero este mo-*

vimiento tuvo el significado de poner en evidencia que la voluntad del pueblo era rechazar la dominación inglesa.

*“A Santiago Liniers, francés de nacimiento, pero leal servidor de España, le correspondió el honor de realizar con éxito la reconquista de Buenos Aires.*

*“Liniers era capitán del puerto de la Ensenada; con el propósito de observar de cerca el poder del ejército invasor, solicitó y obtuvo licencia para entrar en la ciudad, que le fué concedida en virtud de su condición de extranjero. En seguida se trasladó a Montevideo, donde el Gobernador Ruiz Huidobro puso 1.000 hombres bajo sus órdenes. Aprovechando la niebla de la noche, para burlar la vigilancia de los ingleses, Liniers desembarcó con su ejército en el Tigre. En San Fernando recibió el valioso contingente de los paisanos de Pueyrredón dispersos en Perdriel, y marchó sobre Buenos Aires. El pueblo entero lo aclamaba a su paso y la juventud se incorporaba engrosando sus filas. El 10 de Agosto, Liniers llegó a los Corrales de Miserere (Plaza Once de Setiembre). Después ocupó la Plaza de Toros (Retiro). El 12 se operó el ataque. Liniers dividió su ejército en dos columnas: una entró por la calle San Martín y otra por Reconquista (este nombre recuerda el episodio). El triunfo de Liniers fué completo, y Beresford quedó preso en Luján. Durante la acción, los ingleses habían perdido cerca de 300 hombres entre muertos y heridos; se rindieron 1.200 soldados que quedaron prisioneros de guerra, dejando sus banderas y estandartes, 35 cañones y 1.600 fusiles. El ejército de Liniers había perdido 200 hombres entre muertos y heridos.”*

El argentino que ha aprendido esta lección toma una historia uruguaya y se encuentra con que la victoria porteña contra los ingleses es montevideana, con la ayuda o sin la ayuda de Buenos Aires. La inversión de perspectiva es brusca y total. Puede ocurrir hasta un choque violento con la afirmación de que Buenos Aires “dormía su siesta colonial” y Montevideo lo sacó de la inercia. Es, poco más o menos, la versión que ya en 1807 daba el ingenuo drama alegórico del sacerdote oriental Juan Francisco Martínez LA LEALTAD MÁS ACENDRADA O BUENOS AIRES VENGADA. Pero debe citarse una exposición más juiciosa, la de Eduardo Acevedo, historiador uruguayo de consideración local equivalente a la de Levene en esta banda:

*“A mediados de 1806 desembarcó en Quilmes, cerca de Buenos Aires, una expedición militar inglesa compuesta de 1.600 hombres, bajo el mando del Almirante Popham y del General Beresford.*

*“La ciudad de Buenos Aires tenía entonces alrededor de 50.000 habitantes.*

*“Una división de 1.000 hombres, que salió a su encuentro, se dispersó a la simple aproximación del invasor, sin haber sufrido una sola baja por concepto de muertos o heridos.*

*“Dos días después el ejército inglés entraba a Buenos Aires, pre-*

via rendición de las fuerzas militares que guarnecían la plaza, y el Cabildo prestaba juramento de obediencia al monarca inglés.

*“Había pasado pues la población de Buenos Aires del dominio español al dominio inglés sin derramamiento de una sola gota de sangre.*

*“La población de Montevideo, que era mucho más pequeña, resolvió reconquistar a Buenos Aires y expulsar a los ingleses.*

*“En breves días organizó un ejército de 1.600 hombres, y ese ejército, que fué puesto bajo el mando de Don Santiago Liniers, capitán francés al servicio de Buenos Aires, siguió por tierra hasta la Colonia, cruzó el río y después de varios combates avanzó hasta el centro de Buenos Aires y obtuvo la rendición del ejército inglés.”*

Sin tener en cuenta su pésima literatura (no mucho peor que la de Levene, así y todo) ni la notable malicia del relato, esta presentación del hecho sorprende desagradablemente a los argentinos, como sin duda sorprenderá a los orientales la presentación argentina. Y ¿quiénes son los defraudados, en realidad, aparte el buen gusto literario?

La opinión de España parece dirimir el pleito en favor del punto de vista uruguayo. En efecto, España congratuló oficialmente a Buenos Aires por el éxito, pero a Montevideo le otorgó el mote de “muy leal y reconquistadora” y la máxima honra de tales casos: el uso de banderas enemigas abatidas en su escudo. Pero vamos a ver que este premio excepcional nos pone en la pista de otra conclusión.

La publicación de los archivos del precursor de la independencia hispanoamericana, el General Francisco Miranda, no permite dudar ya acerca del género de relaciones que en el tránsito del siglo XVIII al XIX mantuvieron con la Inglaterra oficial muchos criollos que perseguían la emancipación de las “colonias” españolas de América. Seguramente no podría acusarse a ninguno de haber tramitado el dominio inglés; pero es cierto que muchos aceptaron el apoyo material británico, con las consecuencias de la ocupación territorial, para lograr finalmente la independencia; y el hecho está atisbado en la historiografía española del siglo XIX, por ejemplo en Masdeu.

Uno de aquellos criollos, en el Plata, fué el porteño Saturnino Rodríguez Peña, adherido a los planes de Miranda y que, en contacto con el Almirante inglés Popham, obtuvo que la expedición naval de este marino, enderezada al Cabo de Buena Esperanza, derivase hacia Buenos Aires, al mando del General Beresford, y no del mismo Popham, como dice Acevedo. Los criollos conspicuos de Buenos Aires, entendidos por su parte, tácita o expresamente, con Rodríguez Peña, esperaban pues la invasión y la favorecieron o la consintieron. De aquí la relativamente fácil toma de la capital del Virreinato.

Montevideo, no lo olvidemos, “era ante todo una plaza de armas” (Acevedo) como posición estratégica contra las pretensiones

rioplatenses portuguesas. Por esta razón, aunque ciudad de menor jerarquía demográfica y política que Buenos Aires, venía adquiriendo mayor importancia militar. Además, el gobierno español, advertido del espíritu levantisco de los criollos porteños, manifestado casi desde la repoblación de Garay, procuraba mermar sus fuerzas militares, para acrecentar las de Montevideo, siempre más adicto a la Metrópoli. ¿Acaso Buenos Aires, en victoriosas luchas de tres siglos contra los portugueses de la Colonia y de otros reductos de la Banda Oriental, no había demostrado suficientemente su aptitud bélica? “Buenos Aires —dirá luego uno de los oficiales ingleses invasores, relatando el propio fracaso— no conocía la palabra enemigo”. Era verdad, en el sentido de que la capital virreinal prefería la vida pacífica y laboriosa, como hoy mismo, por lo cual motejaban de “pastores enriquecidos” a sus pobladores los nobles y belicosos salteños, al pie del Alto Perú; pero debe saberse, contra lo que dicen o dan a entender las historias, que, desde el descubrimiento de América hasta la guerra emancipadora, las más importantes acciones bélicas iberoamericanas (no hispanoamericanas solamente) se desarrollaron en el Río de la Plata, sobre todo a cargo de Buenos Aires. Para superar a la expedición de cien navíos y 9.000 hombres armados que Pedro de Cevallos trajo al Plata en 1777, a la reconquista de la Colonia, tendrían que transcurrir los cuarenta años que median hasta la expedición de Morillo, también destinada, al parecer, a estas latitudes, aunque desviada luego hacia el Caribe. De aquí que pudiese decir Mariano Moreno:

“Pocos pueblos han sufrido tantos ataques, ni los han resistido con tanta gloria. Las continuas derrotas de los querandíes, la del corsario inglés Eduardo Fontano, la del pirata Tomás Cavendish, y la de los holandeses en 1628, acreditaron la fideidad y constancia de este pueblo recién formado. Los posteriores ataques que sufrió, no sirvieron sino para aumentar su gloria. La escuadra de Luis el Grande, bajo el General Osmat, la venida de los mismos franceses en 1698, la de los dinamarqueses en el año siguiente, y el establecimiento francés en 1717 a las inmediaciones del Cabo Santa María, presentaron nuevas ocasiones a los triunfos heroicos de la patria; ella no se contentó con defenderse: aspiró a ser conquistadora, y las repetidas tomas de la Colonia del Sacramento coronaron nuestra bravura e hicieron respetar nuestro nombre entre los portugueses.”

Debe hacerse la salvedad de que los afanes conquistadores a que alude Moreno eran en realidad reconquistadores, pues se dirigían a una posesión española usurpada por el extranjero; y hay que añadir a las hazañas bélicas enumeradas la de la recuperación de las Islas Malvinas invadidas por Inglaterra en 1766.

Claro está que, para el que escribe, no se trata de ensalzar la tradición guerrera bonaerense, sino de consignar una verdad puesta en duda o desconocida, con la secuela de un desmerecimiento total-

mente injustificado. Por lo demás, a pocos meses de la primera invasión inglesa se produjo la segunda, mucho más poderosa y ya resuelta francamente a quedarse con la presa, y Buenos Aires, recién vencido, resistió con éxito en la más significativa epopeya popular del mundo después de las remotas de Sagunto y de Numancia, mientras que Montevideo, recién vencedor, sucumbió, a pesar de haberse defendido bravamente también. Es que la primera invasión, repitamos, fué hecha con entendimiento tácito o expreso entre ingleses y criollos, en tanto que la segunda era una especie de furioso desquite inglés, repudiado en el Plata por españoles y criollos; y así se explica, no sólo la fácil toma de la ciudad la primera vez (en la segunda venían los soldados que habían vencido al imbatible Napoleón), sino la entrada de los invasores por la calle principal, bajo los balcones de las viviendas señoriales desde donde aplaudían damas y caballeros. El oficial inglés encargado de los "prisioneros" de guerra habla en sus memorias del libro que también tuvo a su cargo y en el que estamparon su firma de adhesión al transitorio poder inglés algunos de los criollos más notables de la ciudad; y Beresford afirmó siempre que Liniers le falló al juramento.

No todos los criollos porteños de nota estaban en la trama: Mariano Moreno lloraba de impotencia al ver al extraño dueño de su ciudad. Esos, los que se dieron cuenta muy pronto de que, por sacudirse un yugo se uncían a otro, y los que empezaban a chocar con los invasores engraidos por las calles y en los cafés de la ciudad, se unieron a los españoles de Buenos Aires y de Montevideo para arrojar al que ya consideraban intruso; pero, digámoslo una vez más, la invasión fué sorpresiva apenas para el Virrey Sobremonte, que huyó con familia y tesoro público al sentirse atacado por fuera y sin sostén dentro.

Montevideo, en cambio, permanecía ajeno a las gestiones hispanoamericanas de emancipación. Aparte de ser más plaza fuerte que ciudad, era mucho más español que Buenos Aires, como residencia de funcionarios civiles y militares borbónicos, es decir, en el fondo, menos español que la capital de doctores educados con Solórzano en Chuquisaca, pero más fiel a la Metrópoli, ya muy afrancesada. Dice Eduardo Acevedo que, "como consecuencia de los antagonismos existentes, el pueblo de Montevideo se negó en los primeros momentos a entrar en el movimiento que encabezaba el de Buenos Aires" en Mayo de 1810. Lo real es que Montevideo era más español y menos americano, y lo fué hasta que los patriotas de Artigas consiguieron imponerse, como lo confirman el Cabildo abierto y la Junta del 21 de Setiembre de 1808, que deplorablemente se siguen presentando en el Uruguay como un episodio precursor de la independencia rioplatense y americana, habiendo sido una enérgica resistencia goda al criollismo porteño americanista y emancipador.

Por más adicto a España, Montevideo, apenas vió a Buenos Aires

en poder de los ingleses y sin el virrey que debió defenderlo y andaba fugitivo, "invistió a su Gobernador Ruiz Huidobro de facultades extraordinarias, para que pudiera llevar a cabo la reconquista de Buenos Aires, prescindiendo del virrey y hasta desacatando sus órdenes. Era como independizarse de España", subraya Acevedo. Al contrario: era remacharse a España, y de ahí la preferencia que la Metrópoli le concedió en el discernimiento de premios.

¿Qué debió hacer, entonces, Montevideo? ¿Entregarse también a los ingleses? No interesa. Lo concreto es que Buenos Aires sucumbía aparentemente por anhelo de emancipación, y Montevideo se aprontaba para la reconquista por fidelidad a la Metrópoli (dejando de lado ahora la posibilidad de hacer méritos para sustituir a Buenos Aires, pero siempre bajo España). Alistó un ejército, que puso a las órdenes de Liniers, y en esta forma nucleó la reconquista, completada por el paisanaje de Pueyrredón, por los habitantes de la campaña suburbana que se plegaron desde el desembarco por Las Conchas, y por el pueblo de Buenos Aires que amuralló a las tropas, sin todo lo cual 1.000 soldados bisoños, según los historiadores argentinos, 1.400 ó 1.600 según los historiadores uruguayos, difícilmente habrían podido rendir en unas horas a 1.600 veteranos británicos apostados en la Plaza Mayor con las bocacalles protegidas por artillería y la retirada garantizada por el Fuerte. El historiador anglo-argentino Antonio Zinny, que lamenta la derrota inglesa, injuria al pueblo porteño por su ensañamiento en el ataque a piedras, garrotes y cuchillos, contra los cañones, lo que encarece por contraste el papel popular en la acción.

Estos son los hechos. ¿A qué conclusión nos llevan? ¿Tiene razón la historiografía uruguaya o la argentina? Ni una ni otra... y las dos. Justamente tomamos este ejemplo porque no implica una parcialidad unilateral, cosa que sería de menor significación, sino una parcialidad mutua, en que, sin mentir resueltamente unos ni otros, todos deforman la verdad por prurito localista.

Efectivamente: la historiografía uruguaya ignora las relaciones angloporteñas y desconoce o disminuye la intervención del pueblo de Buenos Aires en la lucha armada. Lo primero presenta a la capital virreinal dormida e incapaz, y lo segundo a Montevideo despierto, poderoso y autor exclusivo de la reconquista. Pero la historiografía argentina, que, sin ignorarlo, reduce bastante el papel de la expedición montevideana (verdadero núcleo militar de la acción, preparado por iniciativa propia, antes de que Liniers lo pidiese), omite también, por desconocimiento o por ocultación, las gestiones de Rodríguez Peña, y entonces no puede explicar muy satisfactoriamente su caída súbita ni la preferencia de España por Montevideo en la distribución de galardones.

El historiador argentino o uruguayo, patriota y aun nacionalista, pero leal a los demás pueblos, especialmente a un pueblo hermano, y sobre todo a la verdad, dirá pues: Buenos Aires, en su afán de

emancipación, aceptó el auxilio extraño; cuando advirtió que era un expediente peligroso, era presa de él, y recurrió a Montevideo, que aun no había experimentado anhelos de independencia y que lo ayudó eficazmente a salir del trance, quedando a su vez contaminado de americanismo cuando creyó haber actuado con la máxima españolidad, porque, si Buenos Aires empezó entonces a pensar que podía prescindir de ayudas extranjeras onerosas, Montevideo se sintió jerarquizado y capaz, aunque en 1808 y en 1810 ensavase todavía contra Buenos Aires, y no contra España, su jerarquización.

No es necesario ocultar nada, ni subestimar nada, ni tampoco derrochar cortesías; basta encarar lealmente la verdad. Y este será el camino de la hermandad americana futura, que una nueva organización económica y política debe consolidar.

# EL EPIGRAFISTA FUNEREO

por Arturo Cancela

—PUES MIRE UD. —dijo el médico de a bordo—, aunque yo tengo un ojo clínico para ca'ar a los pasajeros, sólo al final del viaje llegué a descubrir el secreto de aquel hombre solitario y afable que descendía en todos los puertos, cogía un "taxi" y no regresaba hasta minutos antes de la salida del barco. Bajaba a tierra solo; tornaba a bordo sin acompañantes, y durante toda la estadía, fuese ésta breve o prolongada, se perdía de vista. Era como si la tierra se lo hubiese tragado. Ud. sabe que en esas rápidas excursiones por las ciudades de tránsito es muy difícil no encontrarse con los compañeros de viaje, por la sencilla razón de que todos recorren los mismos lugares bajo la dirección de cicerones que no se distinguen precisamente a causa de la originalidad de sus iniciativas. Aunque al bajar del barco los pasajeros se dispersen en una docena de grupos y echen a andar en distintas direcciones, al cabo del día y por grande que sea la ciudad, acaban por encontrarse casi tantas veces como si estuvieran paseando por cubierta. Pero al caballero en cuestión, una vez alejado treinta metros de la planchada, nadie había podido echarle el ojo. No se le veía ni en los restaurantes, ni en los iglesias, ni en los museos, ni en los jardines, ni ante los monumentos públicos, ni frente a los mercados, ni en los negocios de curiosidades, ni en los teatros, ni mezclado al turbión de la gente en las calles principales. Era como si al descender del barco se hubiese envuelto y embozado en la capa prodigiosa del cuento infantil, que tenía la virtud de tornar invisible al usufructuador.

El doctor Oliag de Cáceres se detuvo tras el largo párrafo para dejar respirar a sus oyentes (él no lo necesitaba) y, aprovechando la pausa, llevó a sus labios el jarro de cerveza. En tanto trasegaba el líquido, quedóse mirando fijamente a la persona frontera como si ésta tuviese la clave del misterio que acababa de exponer. La víctima del implacable escrutinio se encogió en el asiento y musitó una

frase sin sentido. Al verle mover los labios, el mérito de a bordo depositó con energía el floreado jarro de barro sobre la mesa y, tras un chistido imperioso, retomó la palabra.

—Pero lo más intrigante del asunto es que volvía siempre lleno de misteriosas informaciones y de rollos de películas secretamente impresionadas. Apenas salíamos de un puerto se encerraba en el camarote a poner en limpio sus apuntes y a revelar las fotografías, pues llevaba consigo toda la parafernalia necesaria. Debía de hallar un placer inextinguible en su trabajo porque, aunque de ordinario grave y mesurado, sonreía continuamente al transcribir sus notas. Y hasta, en más de una ocasión, soltaba la carcajada, a solas, en su encierro. Por todo ello comenzamos a creerlo un poco trastornado, y el comandante me recomendó no quitarle ojo de encima. Un loco suelto a bordo no es el mejor reclamo para una línea de pasajeros. De la noche a la mañana puede alterar el itinerario de cualquier compañero de viaje mandándolo al otro mundo, o arrojarse él mismo por la borda en un momento de depresión. El caso es poco frecuente ahora, pero en los tiempos de la navegación a vela y en las travesías largas la locura era una temible contingencia. A veces tomaba una forma epidémica y muchos de esos enigmas históricos de la vida marítima —barcos desaparecidos misteriosamente en plena bonanza o hallados intactos sin alma alguna en ellos— quizá pudieran explicarse por un fenómeno de alienación colectiva...

El médico del “Cabo San Antonio” se concedió un fugaz asueto y un corto trago, pero en ese ínterin mantuvo la vista clavada en el auditor que tenía a su frente. Bajo la sugestión de aquella mirada, a la vez bondadosa y severa, el contertulio comenzó a sentirse como si él fuera el protagonista de la historia y estuviese al borde de la demencia. Pronto, sin embargo, cesó el influjo hipnótico, pues, retirándole la mirada, el doctor Oliag prosiguió su verídico relato.

—Más por curiosidad que por deber profesional, seguí la indicación del comandante y me convertí en la sombra del sospechoso viajero. Como éste no tenía nada de insociable —salvo en los momentos que seguían a la salida de algún puerto— la tarea me fué cómoda. Yo le daba conversación cada vez que se presentaba la oportunidad, variando los temas a fin de descubrir de qué pie cojeaba. Agoté mi anecdotario, que como Uds. saben es inmenso; hice el periplo de las cuestiones internacionales; le hablé de negocios, de inventos, de medicina, de aventuras amorosas, sin que sus respuestas dejaran de ser medidas y juiciosas. En suma, un hombre normal, de una ilustración nada común y de una refinada cortesía. A su lado llegaba pronto a olvidar el aspecto misterioso de su conducta, sus invisibles andanzas por las ciudades del trayecto, el archivo de apuntaciones y fotos que con tanto celo guardaba en el camarote, y me dejaba llevar por la palabra.

Como esas ondas circulares que la caída de una piedra origina

en las aguas tranquilas, se dilató una sonrisa por el corro silencioso. Todos sabíamos, en efecto, que el narrador no necesitaba mucho para dejarse arrastrar por la palabra; el doctor Oliag de Cáceres es un prisionero de su propia facundia.

—Pero una vez apartado del viajero, volvíanme las sospechas. La conducta sigilosa de Mr. Croy —pues con ese nombre figuraba en la lista del pasaje— asediaba mi pensamiento, y de mis rápidas excursiones por la psiquiatría recordaba el inexpugnable disimulo de que son capaces los dementes más peligrosos. Como a la semana de esta azarosa investigación, yo estaba a un paso de la neurastenia mientras que el presunto paciente mantenía su magnífica inalterabilidad de ánimo. Por fin, la víspera de la llegada a uno de los últimos puertos del trayecto, resolví forzar su confianza y le rogué que al día siguiente me permitiese acompañarle. Mr. Croy sonrió entonces con alguna malicia, y me dijo: “¡Imposible! Los sitios que visito no son los más apropiados para las personas de su profesión”. Y con esta enigmática respuesta me dejó plantado. Yo me quedé sobre cubierta, pensando en cuáles podrían ser los lugares vedados a los médicos, pero no pude resolver el acertijo.

La jeroglífica repulsa de Mr. Croy sirvió, sin embargo, para acrecentar la curiosidad, ya nada profesional, que me poseía a su respecto. Decidí seguirlo, como un sabueso cualquiera, en cuanto desembarcase. Lo hizo solo, como siempre, y a poca distancia del puerto cogió un taxímetro. Yo, por supuesto, monté en otro dándole orden al chófer de que lo siguiese. Comenzamos así una excursión a través de la ciudad que sólo tuvo término cuando mi chófer, absorto en no perder la pista se llevó por delante a un guardián de la porra, de esos que Uds. llaman aquí “varitas” o agentes de tráfico. No tuve más remedio que abandonar mi vocación de pesquisa y retornar a mi profesión de médico. Presté al accidentado guardián los auxilios profesionales y éste, en cuanto volvió en sí, me los retribuyó conduciéndome a la comisaría. Nunca un paciente me ha saldado la cuenta con mayor rapidez. Yo, por mi parte, tuve que saldar la del chófer, que alcanzaba a todo lo que llevaba conmigo. La comisaría estaba en las afueras de la ciudad y, prestada mi declaración —era lo único que estaba en condiciones de prestar porque ni cigarrillos me quedaban— tuve que volverme a pie hasta el barco. En el camino de regreso, con el humor que Uds. supondrán, pasé por delante de un cementerio abandonado: verjas derruidas, cipreses inmensos, senderos cubiertos de hierbas salvajes, cruces truncadas y lápidas amarillentas. . . El cuadro apropiado para una meditación romántica.

Pese a mi mal talante, me detuve a admirar la belleza melancólica del lugar. El cementerio desciende hasta el mar y su confín indeciso, visto desde la altura, se confunde con el del horizonte; es como si el término de la vida fuese también el último jalón del mundo.

Hallábame sumido en esa impresión desolada cuando al cabo de uno de los desiertos senderos me pareció ver una silueta conocida. Agucé la vista y descubrí a Mr. Homer Croy inclinado sobre una tumba y como absorto en una dolorosa meditación. A la vuelta de pocos minutos dió unos pasos y se detuvo ante otra lápida y así, poco a poco, fué recorriendo la solitaria calle, volviéndose ora a la derecha ora a la izquierda, como si buscase un nombre inolvidable entre los borrosos epitafios. A todo esto, habíase ido acercando al lugar donde yo me hallaba y, no queriendo que me sorprendiese espiándolo, tomé lentamente el camino del puerto. Volví conmovido pero satisfecho de mi excursión: había descubierto, por fin, uno de los secretos que me habían intrigado.

—¿Cuál de los dos?

—El de por qué Mr. Croy no quiso llevarme consigo: los cementerios no son sitios apropiados para los de mi oficio. Corremos el peligro de encontrarnos allí con nuestros primeros clientes. En cuanto al otro secreto sólo tuve la revelación aquella noche. Al principio creí que el evasivo viajero andaba en busca de algún difunto extraviado, pero las risotadas que volvieron a resonar en su camarote desbarataron aquella ingenua tesis. La explicación del misterio surgió naturalmente cuando en la mesa, sin propósito alguno y movido quizá por mi inconsciente, me puse a contar que Bernat y Baldovi, un humorista valenciano, había convertido el jardín de su casa en un cementerio burlesco, lleno de tumbas estrafalarias sobre las cuales esculpía los más grotescos epitafios. Mr. Croy tomó la palabra y con tono sentencioso dijo: “Ningún humorista puede igualar la fantasía y el absurdo de los epitafios verdaderos. No hay como el dolor sincero o la presencia real de la muerte para inspirar a los humanos las frases más risueñas o las referencias más absurdas. En Godalming, un lugar de Surrey, en Inglaterra, yo he visto inscripto en una lápida:

*Consagrado a la memoria de  
Nataniel Godbold, Esq.,  
Inventor y Propietario de la  
excelente medicina  
EL BALSAMO VEGETAL  
famosa para la cura de la Tisis  
y el Asma.  
Falleció el 17 de diciembre de 1799  
de Tisis y Asma.*

“En el cementerio del Asilo para Ancianos de Norwich, también en Inglaterra, hay este estadístico epitafio:

*En memoria de la Sra. Febe Crewe,  
fallecida el 28 de mayo de 1817*

*a los 77 años de edad.  
Por espacio de cuarenta años  
ejerció de partera en esta ciudad  
y trajo al mundo 9.730 niños.*

“Otro epitafio del mismo género se halla en el camposanto de Lichfield, Connecticut, U. S.

*Aquí yace el cuerpo de Mrs. Mary,  
esposa del diácono John Buel, Esq.  
Falleció el 4 de noviembre de 1768 a la  
edad de 90 años, habiendo tenido  
15 hijos, 101 nietos, 147 biznietos  
y 49 tataranietos; total: 410.  
Descanse en paz.*

“En Pewsey, Wilts (Inglaterra), hallé este modelo de epitafio biográfico:

*Yace aquí el cuerpo de  
Lady O'Looney,  
sobrina nieta de Eurke,  
generalmente llamado el Sublime.  
Era  
Rubia, Apasionada y Profundamente Religiosa,  
además pintaba a la acuarela.*

“He aquí un ejemplo de epitafio vengativo; es de una tumba de Girard, en Pensilvania, U. S.:

*A la memoria de Elena Shannon,  
edad 26 años.  
Murió abrasada  
en 1870  
por la explosión de una lámpara  
cargada con el flúido  
antiexplosivo de Danforth.*

“Pero el más práctico de todos los epígrafes funerarios es el de una sepultura de Stoke Newington, en Inglaterra:

*A la memoria de Isabel Picket, soltera,  
que falleció el 11 de diciembre de 1781  
a la edad de 23 años.  
Esta infortunada joven expiró por haberse  
incendiado sus ropas la noche anterior.  
Lector, si alguna vez presencias una escena*

*de esa naturaleza, recuerda esto: el único medio para apagar las llamas es cubrir a la víctima con una manta' . . .*

Y Mr. Croy siguió recitándonos epitafios reales por espacio de dos horas seguidas, porque el misterioso viajero era un coleccionista de epígrafes funéreos que andaba dando la vuelta al mundo y juntando material para su libro "Diez mil epígrafes mortuorios auténticos y burlescos". Ya llevaba anotados 7864.

# LOS PROBLEMAS DE LA HORA VEINTICINCO

por Vintila Horia

“EL DRAMA HUMANO es en todas partes igual a sí mismo” escribe Gabriel Marcel en el prefacio de “La hora veinticinco”. La importancia de esta frase me parece transcendental, no solamente porque limpia el concepto literario de las últimas impurezas románticas y romántico-naturalistas, sino, sobre todo, porque pone en su verdadera luz a los héroes de este trágico libro. La novela que estamos acostumbrados a leer hoy es una creación de la era romántica y lleva en sí misma todos los mensajes y con ellos todos los errores de esta era sobre la cual está construída la nuestra. El hombre romántico, tan claramente reflejado en las novelas de la época, era *un hombre específico*, síntesis psicofísica del ambiente nacional y social en el cual había nacido. Y era también un hombre *contemporáneo*, estrechamente vinculado a los problemas característicos de su tiempo, es decir, del momento preciso y típico que lo había engendrado. Antípoda ideal del hombre clásico, pues, cuyas pasiones y cuyos rasgos temperamentales pertenecían más a la humanidad que a una nación o a un marco social bien determinado, a la eternidad más que a un fragmento de ella. Es por esto, quizás, que un héroe clásico nos habla directamente, a través del tiempo, sin ninguna necesidad de comentarios críticos y de glosarios aburridos, mientras que a los héroes románticos o anticlásicos en general hay que interpretarlos siempre a través del tiempo, del espacio, de la problemática específica en la cual fueron creados. Basta con enfrentar a Don Quijote con René, a Andrómaca con Werther para aferrar este matiz caracterológico, esta diferencia específica entre clásico y romántico, entre perenne humanidad y hombre mortal, entre absoluto y relativo.

Es evidente que la segunda guerra mundial ha derrumbado las últimas posiciones del romanticismo, destruyendo en nosotros mismos los falsos castillos de los mitos y de los prejuicios que el siglo XIX

había construído sobre el fondo móvil del alma humana. El mito del progreso indefinido, por ejemplo, el prejuicio de la lucha de clases, la manera de encarar el transcurso de la historia bajo el terror perpetuo del tiempo y de su carrera trágica hacia el infinito, la "superstición de la economía", la organización burocrática de la vida y, en fin, la religión de la máquina, cuyo culto absurdo ha transformado a la humanidad en una colectividad de esclavos técnicos.

Me parece absurdo pensar con cariño o con melancolía en el crepúsculo de estos mitos, considerarlos bajo otra luz que la de una triste y absurda experiencia cuyas raíces se pierden en el relativismo y en el deísmo inglés, en el sensorialismo y en el iluminismo francés, en el idealismo alemán. Hay que mirar bien de frente esta época apenas pasada, cuyos anhelos de libertad crearon el comunismo y los campos de trabajos forzados, cuya sed de igualdad engendró la opresión política, el imperialismo económico, la tiranía de las castas y de los partidos, cuyos deseos de fraternidad desencadenaron las guerras más fratricidas de la historia. Porque el tipo humano que nació de estas ideas es un monstruo, es "el ciudadano", como lo llama Gheorghiu en su "Hora veinticinco". Mirémoslo de cerca: "Los ciudadanos no viven ni en los bosques ni en la selva virgen, sino en los despachos. Sin embargo, son más crueles que las bestias salvajes de la selva virgen. Nacieron del cruzamiento del hombre con la máquina. Es una especie bastarda; la raza actualmente más poderosa en toda la superficie de la tierra... Ciudadano es el ser humano que no vive sino la dimensión social de la vida. Como el émbolo de una máquina, no efectúa más que un solo movimiento y lo repite hasta lo infinito. Pero contrariamente al émbolo, el ciudadano tiene la pretensión de erigir su actividad en símbolo, de dársela como ejemplo al universo entero... El ciudadano es el animal más peligroso que ha aparecido en la superficie del globo desde el cruce del hombre con el esclavo técnico. Posee la crueldad del hombre y del animal y la fría indiferencia de la máquina. Los rusos han logrado crear el tipo más perfecto de toda la especie: *el comisario*."

Desde el Gulliver de Swift hasta el superhombre de Nietzsche, desde el principio hasta el fin de la experiencia romántica, los hombres hicieron todos los esfuerzos posibles e imaginables para crear este tipo perfecto: el ciudadano o el comisario. Bajo su reinado todos los horrores fueron posibles. Los hechos relatados en "La hora veinticinco" no son sino la historia de la época de los *ciudadanos*. "La Historia, como el drama y como la novela, escribe Arnold Toynbee, es hija de la mitología... Desde este punto de vista, todos los libros de historia se parecen a la Iliada, ya que ninguno de ellos puede eliminar enteramente la ficción. Ya que el simple hecho de escoger y presentar los hechos constituye una técnica que pertenece al dominio de ésta." El libro de Constantin Virgil Gheorghiu

es entonces, más que una novela, un libro de historia. Las aventuras de sus dos héroes, el escritor y el campesino, son las de la humanidad moderna, de toda esta parte de la humanidad que padece, sin poder más sonreír, bajo la dictadura del ciudadano y del comisario. Existe, pues, de nuevo, después de casi dos siglos de profundo sueño histórico o de muda esclavitud, *una humanidad*, a pesar de los esfuerzos romántico-idealistas para destruirla. Podemos hablar de nuevo del *hombre* y también de *su alma*, como lo hacían los clásicos en sus tragedias y en sus poesías, tan injustamente olvidadas.

Me parece que aquí está, en este toque de campana anunciando a los hombres la muerte del romanticismo y de sus pecados, el mensaje de "La hora veinticinco".

\*

Un problema de técnica literaria marca, igual que el contenido mismo del libro este fin del período romántico en la vida y en el arte europeo. La primera impresión del lector, una vez terminada la lectura y recibido el mensaje que el libro le había dirigido, es que los héroes de Gheorghiu viven, sí, en medio del tiempo, pero casi fuera del espacio. Del espacio, claro está, en el sentido romántico de la palabra. Lo que quiero decir es que el paisaje no existe en "La hora veinticinco". La acción del libro no se desarrolla entre formas espaciales que coordinan e influyen la acción y el destino de los hombres, como en todas las obras del siglo XIX y en las del nuestro, sino *entre hombres*. Los personajes se mueven sobre un fondo de escena vacío, tal como en algunos dramas modernos en los cuales los decorados han desaparecido completamente no sólo para dejar en libertad a nuestra imaginación, sino también para que el conflicto se destaque mejor, desencadenado de cualquier prejuicio espacial. En "La hora veinticinco" sucede lo mismo. El decorado no existe porque no hace falta. No se trata de un "ambiente", tal como el naturalismo romántico lo había creado, sino de un problema humano universalmente valedero en la medida en la que el hombre moderno es un hombre universal, tal como lo era en el mundo de la literatura clásica. Los lectores habrán notado, sin embargo, que la acción cambia de escenario y que casi cada capítulo nos traslada a un sitio diferente: una aldea, un campo de concentración, una cárcel, una fábrica, un bosque. Pero todas estas cosas existen solamente porque los héroes se mueven entre ellas y no porque las acciones de los héroes tengan algo que ver con las cosas que los circundan. Ni una sola vez el autor hace parar el curso del drama para describir los colores o los contornos del paisaje en el cual viven sus personajes. "Se hallaban de pie, al lado de la tapia. Hacía fresco. Era más de medianoche. . . ." o "Amanecía cuando se detuvo ante la fuente del pueblo". Dos frases, en dos capítulos diferentes, bosquejando el lugar donde sus héroes empiezan sus diálogos y sus

gestas. Pero todo lo que estaba en acecho detrás de la tapia o de la fuente del pueblo, no tiene para el autor la mínima importancia. El espacio es para él, como para todo autor clásico, este mundo "ancho y ajeno" perfectamente objetivo, cuya forma puede ser cambiada por la voluntad del hombre o influenciada por él, y que nunca puede intervenir, como lo hacían intervenir los románticos, en los enredos simplemente humanos de la vida.

\*

Pero hay otra cosa en esta "hora" que es "una hora demasiado tarde", en la cual, pues, ninguna solución es eficaz, ninguna palabra salvadora, porque los esclavos técnicos ya han conquistado la tierra. "La hora veinticinco", se me podría contestar, es un libro pesimista en cuyas páginas ningún remedio se vislumbra, ya que cualquier acción y cualquier mensaje parecen inútiles y tardíos. La campana no toca para el romanticismo, que es una época, una hora en el tiempo de la humanidad, sino para los hombres.

Así parece, así lo cree también Gabriel Marcel en su prefacio. Pero no es así. Hay que destacar sobre el fondo sombrío y pesimista del libro la figura de su protagonista, que no es ni el escritor Traian Coruga, víctima consciente de los esclavos técnicos, vaticinando con clarivisión el fin del hombre —del hombre romántico, claro está—, ni su esposa, ni los otros símbolos de una época en plena derrota. El héroe es Johann Moritz, *el campesino*. La época romántica y las creaciones técnicas engendradas en su espíritu han dejado en la sombra y en el olvido a la vida rural y al hombre que la anima y que es, en el fondo, la base misma de la humanidad, la humanidad misma, sobre la cual como un parásito tiránico se ha desarrollado la vida industrial, la vida urbana, el proletariado, la burguesía, la cultura urbana, las revoluciones. Vivimos, no hay que olvidarlo, porque existe una clase de campesinos que nos hace vivir. Y desde cierto punto de vista todo lo que producimos, fuera del campo, es la realización de una fantasía, llamada progreso, evolución, perfección o cumplimiento del destino humano. La fuente de la vida no está ni en la fábrica ni en el despacho, sino en el campo. "Tout le reste est littérature" y ambición resuelta en afán de destrucción y de muerte. Algunos escritores han tratado de restaurar la vida del campo. Pero sus obras son meras construcciones literarias, puros caprichos estéticos. El hombre de la ciudad, rico o pobre, aristócrata o proletario, burgués o intelectual, ha sido, durante dos siglos consecutivos, el modelo del arte y de la vida. Sus hazañas constituyen la armazón de nuestra civilización. Su ideología también. La cultura rural ha pasado, sin ruido y sin resistencia, a los museos y a los estudios de folklore.

El drama de Johann Moritz, *campesino rumano* enredado sin querer en las complicadas y artificiales experiencias de la civilización,

es, para mí, mucho más significativo que la muerte de Traian Coruga y de los otros héroes de "La hora veinticinco". Mientras que los otros perecen o sufren hasta sus entrañas bajo los golpes de la guerra, esa invención siempre más perfeccionada de los esclavos técnicos y de los ciudadanos, Johann Moritz resiste. Las cosas más absurdas y crueles, como la pérdida de su libertad, de su mujer, de su patria y de su aldea, su pasaje por los campos de concentración en los cuales las ideologías modernas experimentan "sur le vif" todos los temas del romanticismo liberal y marxista, no alteran su personalidad, porque Johann Moritz pertenece a la realidad y no a la imagen que los hombres se hicieron de ella. Es, pues, una entidad indestructible, representa un fragmento puro de la vida y no una falsificación o un compromiso. Basta con mirarlo; después de años de un sufrimiento para él incomprensible, el aspecto de Johann Moritz, campesino que resiste, como todas las culturas tradicionalistas y rurales del mundo, a las incitaciones de la civilización, tiene este aspecto: *"Era un hombre de pelo negro y sienes encanecidas, con las mejillas un poco demacradas y grandes ojos negros, en los que se reflejaba una intensa tristeza."*

Nora miró aquellos ojos. *"Hay en ellos una melancolía que refleja grandeza de espíritu"*, se dijo para sus adentros.

*El hombre que estaba ante ella era un obrero. Pero el espíritu se asomaba a su mirada. Y espíritu significaba grandeza. Su tristeza no era una sencilla tristeza de la carne, sino una melancolía espiritual."*

Los rasgos son los de cualquier campesino rumano. Pero Gheorghiu no habla de una raza en su libro sino de una fracción de la humanidad esclavizada por otra fracción. Johann Moritz es el símbolo de aquella reserva humana que no aceptó nunca la filosofía del romanticismo, que nunca creyó en el progreso y en la historia, que siguió viviendo apartada, como un manantial invisible, pero *sine qua non*, de la humanidad entera. Aun en su traje de obrero, con el cual la civilización de los campos de concentración lo había vestido, el campesino no había perdido su grandeza ni su valor. Esperaba, frente al teniente americano que lo quería fotografiar, otro período terrible de su vida, pero no pensaba ni un instante, como lo había hecho el escritor Traian Coruga, su amigo y compatriota, en la muerte. El no podía sonreír más, porque tenía demasiados recuerdos penosos en su carne y en su espíritu, pero nunca había dejado de vivir y el destino, como un maestro de ceremonias, lo había guiado hasta hacerlo encontrar con su mujer y con sus niños, hasta realizar este milagro que es salvar su familia y vivir con ella en medio de las atrocidades de la guerra y de sus consecuencias. Johann Moritz es un tipo clásico, frente al romántico Coruga. Es una realidad sin fin y sin variaciones sentimentales. Sintetiza tal vez el tronco de la humanidad, sano y robusto, aunque sus ramas

pueden envejecer o podrirse bajo la lluvia y la tempestad de los iluminismos, de los romanticismos, de los existencialismos, variaciones perecederas de esta enfermedad de la vida que se llama la muerte individual.

Claro está, hay otros problemas más visibles en "La hora veinticinco", problemas políticos y sociales, temas filosóficos de una asombrosa actualidad, cuyo planteamiento contribuyó al éxito mundial del libro, el mejor libro sin duda de esta trágica e interminable postguerra. Problemas y temas que cada lector puede aprovechar en favor de una tesis personal. Cada obra maestra puede ser interpretada de mil maneras distintas. Pero interpretado desde un punto de vista político, como algunos lo hicieron, transformando esta novela en un panfleto antinazi, o antiamericano, el libro de Gheorghiu pierde su verdadero sentido y su belleza. "Este libro, escribe Gabriel Marcel, no puede ser explotado por ninguno de los partidos que se enfrentan actualmente, y es esto precisamente lo que considero más valioso en él." Es un libro triste, más triste quizás que "La nouvelle Eloïse" y que "Los sufrimientos del joven Werther", que "Adolphe" y que "René", más triste que "Le grand Meaulnes", porque "La hora veinticinco" no es la historia de un amor desesperado ni de un idilio trágicamente interrumpida por la muerte de sus protagonistas o por la incomprensión del ambiente. Es, más que esto, la novela de nuestro destino de hombres condenados a atormentarnos unos a otros, a veces sin quererlo, excitados por el miedo de vivir juntos en una sociedad cuyas leyes absurdas y artificiales extraen sus linfas de las ideas y de las ambiciones de los siglos pasados. Hay en "La hora veinticinco" otro héroe, el cura de Fantana, la aldea de Johann Moritz, el padre Coruga. Su serenidad lo acompaña como una aureola durante sus últimos años, que no fueron sino un cortejo fantástico de torturas y de martirios. Tal como Johann Moritz, el padre Coruga brotó de una aldea. Su alma es pues indestructible. La doctrina cristiana le dió el último toque de perfección, transformándolo en un hombre verdadero, a quien los esclavos técnicos y los ciudadanos no pueden esclavizar. Sus palabras invitan a pensar y a esperar: "Al fin Dios tendrá piedad del hombre como lo ha hecho ya muchas veces; tal el arca de Noé sobre las olas. Los pocos hombres que permanezcan verdaderamente hombres flotarán sobre los remolinos de este gran desastre colectivo."

La civilización puesta a prueba dejará vivir sólo a los que supieron resistirle. En el fondo éste es el problema esencial de la hora veinticinco, en la cual desgraciadamente vivimos.

# DEFENSA DEL CAUDAL AMERICANO

por Ezequiel Ortiz Ponce

DESCONTADO queda que debe corresponder a la República Argentina, como un designio de Dios, iniciar la revolución en los métodos pedagógicos americanos, ya que ha sido el país que ha demostrado más capacidad para absorber nuevas concepciones en materia social y política, cuando ellas inciden directamente en beneficio del pueblo. Y América está reclamando a gritos una nueva forma universitaria y escolar, que permita la formación de nuevas generaciones con un real sentido del valor continental.

Vivimos aún atados a las prácticas anacrónicas de hace tres siglos. Nada, en América, es aceptable. Tiene que tener el sello de "importado" para que sea admitido incondicionalmente. Lo local, lo auténticamente regional, carece de atractivos para los americanos, especialmente para los que nacen y viven en el sector inmenso que ubica al sur de la línea del Ecuador.

\*

Pocas cosas hay tan apasionantes como el pasado sudamericano. Y, para armonizar, muy pocos son los hombres que han dedicado su vida a estudiarlo. (Una acotación al margen: lo aprendimos de los del norte, que fueron los primeros, después de algunos europeos, en hurgar en la entraña telúrica.) A fuer de sincero voy a confesar que me asomé a ese mundo ignorado por curiosidad, y quedé prendido en las redes de su fascinante laberinto. Mis primeros pasos por el dédalo de senderos infinitos fueron como los balbuceos del más tierno infante y hoy, después de una vida dedicada al buceo intenso, no he avanzado en la medida que mi vanidad hubiera deseado. Las vetas son riquísimas y variadas, pero el cuarzo se ha mezclado, penetrando profundamente en las raíces. Agreguemos a ello los malos "mineros", los

que fueron en busca del oro para comerciar, y tendremos un panorama de lo que es enterrarse en el abismo alucinante del pasado.

•

Mi vida de estudiante se caracteriza por varios detalles: mi odio a las diferencias de clase, mi curiosidad, mi imaginación y mis brillantes clasificaciones en mitología. El Olimpo era mi campo de juegos; Venus el norte de mis ambiciones juveniles; Marte el rival al que deseaba vencer y así sucesivamente. No hubiera creído que en el mundo hubiera otros mitos tan importantes ni algo que tuviera una pálida relación con aquello. ¡Cuánta fué mi sorpresa, entonces, al descubrir el otro universo, el americano, el mío, el que se relaciona con la tierra que me había visto nacer! Lamenté haber vivido enamorado de Venus, cuando tenía aquí a Mama Quilla —la Luna—; haber admirado y temido a Marte, cuando estaba en la tierra que dominaba Tata Inti —el Sol—; haber monologado frente a la inmensidad del mar, esperando ver a Neptuno, teniendo al Viracocha y Mama Ocllo. Y busqué afanosamente un tratado, un libro de texto, donde los estudiantes americanos aprendieran a saber, paralelamente, lo que fué el Olimpo y cualquiera de los campos en que se dividió el predio mitológico continental, sin encontrarlo. De la comprobación surge la pregunta: ¿por qué los estudiantes americanos deben estudiar la mitología de los europeos y no conocer, ni remotamente, la de su tierra? Misterio que se devela con la comprobación de que lo nuestro no sirve, carece de valor, porque no fué importado de allende los mares.

•

El tema más apasionante, sin lugar a dudas, en materia de folklore, es la medicina empírica. Todos los gobiernos americanos están empeñados en una cruzada digna de elogio: la persecución del curanderismo. Involucra ello el desenmascarar el engaño y la burla, al explotador de la buena fe, y desterrar supersticiones que hablan de ignorancia y desconocimiento de las conquistas logradas por la ciencia. Pero esa campaña, en nuestro país, no ha contemplado un aspecto importante de la cuestión: la recolección de lo utilizable. Y lo hay. Lo hay en cantidades increíbles, en todos los meridianos. Faltó una ley como las de otros países vecinos, que protegen al núcleo aborigen.

•

¿Qué es el curanderismo? Es una degeneración innoble de

lo que fué una necesidad impuesta por las condiciones geográficas. En principio, el nativo debía valerse de sus propias fuerzas para subsistir. Y así aprendió a conocer hierbas, base de la medicina empírica. Tisanas, emplastos y una cirugía primitiva y bárbara fueron sus elementos terapéuticos. Llegaron los blancos y comenzaron la conquista de la dilatada extensión. Al radicarse en lugares apartados, lejos de los centros urbanos, prevaleció aquel núcleo elemental de la medicina por el desamparo en que se hallaban los hombres. Posteriormente aparece el curanderismo innoble, el "comercial", aquel que busca traducir a pesos la buena fe y la simplicidad del campesino. Pero no por ello deja de existir, realmente, lo bueno, lo puro, lo que es utilizable.

\*

Mucha documentación se encuentra en el buceo incesante de lo primitivo. Cuando se ahonda en la investigación necesariamente se llega a los orígenes de la medicina. No hay, o son muy pocas, las "recetas" auténticamente criollas, vale decir, aquellas cuyos rastros no se encuentran en los tiempos que precedieron a Hipócrates y Galeno. Tiene que haberlas por la diversidad de hierbas propias de los distintos meridianos continentales y por la producción originaria, tales como el tabaco, la quinina, la papa, el tomate y muchas variedades de cactus. Hay algunas que parecieran auténticamente argentinas o bolivianas o peruanas y resultan asiáticas o africanas. ¿Cómo vinieron? Otro misterio que será imposible develar. ¿Llegaron con el conquistador o proceden del oscuro origen del habitante de este continente? Nadie lo sabrá.

•

Hace algunos años el gobierno de la provincia de Mendoza ordenó un estudio sobre regadío. El informe fué escueto y terminante: era necesario impermeabilizar los canales matrices para evitar la pérdida de agua por infiltración en su cruce por tierras arenosas. La obra se realizó, ganando la provincia un caudal enorme que antes se perdía. Pues bien: hay viejos canales donde la filtración es mínima. Son las obras ejecutadas por los antiguos pobladores del estado cuyano, que realizaron la impermeabilización por medios primitivos. Pero ello revela una cuestión importante: ya el estudio había sido efectuado, ya el problema había sido encarado. El aborígen no tenía, por cierto, cemento portland para neutralizar los efectos de las tierras porosas, pero encontró algo que disminuyó la fuga de agua: las raíces de

ciertos arbustos, los que plantó profusamente en los bordes de esas preciosas venas mendocinas.

•

Lo mismo ocurre con la medicina empírica. Hay cosas que ya se sabían cuando fueron “descubiertas” por la terapéutica, diríamos, oriental, puesto que viene de Europa. Voy a citar un caso concreto: entre una documentación hallada en Salta figura la carta de un jesuíta remitida a su superior en el continente europeo. Le da cuenta de sus trabajos y sacrificios en un medio casi hostil, y abona sus aseveraciones con ejemplos que no dejan lugar a dudas. Explica que “estos bárbaros suministran hígado de zorrino a los niños raquíuticos y mal alimentados”, calificando la costumbre de “ridícula”. La carta data del siglo XVIII. Pues bien, en pleno siglo XX la terapéutica establece que el hígado contiene todas las virtudes necesarias para curar la anemia y aminorar los estragos causados por la desnutrición. Es decir, no hay nada nuevo, como no sea lo del hígado de zorrino. Pero hay un detalle que no debemos olvidar: también el “kallaguaya” sabía algo, si bien rudimentario, de esa ciencia que se llama psicología. Porque si hubiera recetado hígado de llama o de alpaca, o de vaca o caballo, que ya los había en Salta, el enfermo, por el hábito del manipuleo, no le habría asignado el valor que debía tener el de un animal, al que todos le huyen por su ofensivo olor.

•

A mayor abundamiento de pruebas menor argumentación. Al principio de la cuarta década de este siglo, uno de los países que fué actor preponderante de la última guerra hizo una gran campaña con respecto a una indiscutible conquista de laboratorio: la deshidratación de los alimentos. Muchas ventajas se obtenían del procedimiento: menor peso para los convoyes de abastecimiento, se aseguraba una proporción alimenticia ideal, se reforzaba la fortaleza física de los soldados. Bien, esa conquista, según las noticias ampliamente difundidas, constituía un triunfo reciente del laboratorio. Pero en las zonas productoras de papa de Bolivia, según han probado los estudiosos, se cultiva el tubérculo desde hace varias centurias, y no es un secreto que los nativos, hoy, y los quichuas, ayer, obtienen y obtuvieron la “mandioca” con el procedimiento más simple del mundo: la deshidratación de la papa por medio del sol y del frío. Y voy más allá: en Cuyo, en La Pampa y en el norte es común la “chichoca” —zapallo deshidratado—, el charqui de tomate, las pasas de uvas e higos, en cuanto a verduras y frutas, y el charqui de gua-

naco, de león americano, de potro y otros animales, que no son otra cosa que productos deshidratados, por un procedimiento primitivo y elemental, pero completo. Y tanto, que no requiere el auxilio de otros elementos que el calor y el frío naturales. Otra cosa, "nueva" que no es tal.

•

Se puede ahondar mucho más en el tema. Dije al principio que una cirugía primitiva y bárbara constituía el complemento de la terapéutica americana. En efecto, hay documentos terminantes. El escritor Paul Guinard, en un libro donde relata su propio cautiverio en manos de los indígenas del sur argentino, describe el procedimiento seguido por los curanderos de las tribus en ciertos casos. Cuando un hombre caía, por lo general del caballo, y se producía una fractura grave, dos individuos lo sujetaban contra el suelo y un tercero manipulaba en el miembro afectado hasta hacer volver el hueso a su lugar. Luego tomaba un objeto filoso —en ese tiempo ya un cuchillo— y efectuaba varios profundos cortes en la carne. Finalmente el herido era vendado fuertemente y "quince días después volvía a montar a caballo y participaba del malón". El mismo autor se encarga de explicar la razón de tan bárbaro procedimiento. Los cortes efectuados en la carne producían una fuerte hemorragia, la indispensable para arrastrar todas las esquirlas del hueso roto, cuando había astillamiento. Hoy, en pleno siglo XX, ¿qué procedimiento se sigue? El mismo, con la diferencia de que las esquirlas se extraen con cuidado operando en el lugar exacto en que se hallan, después de haber sido ubicadas mediante la aplicación de los rayos X. Pero nadie puede negar la eficacia del primitivo sí que doloroso procedimiento.

•

Todo esto con relación a la "vejez" de algunos "descubrimientos" efectuados por la ciencia. Mucho más complejo es el problema de la utilización de las yerbas. Los herboristeros —permítaseme el galicismo— son verdaderos maestros en el arte de combinar yuyos y administrarlos en dosis. Sus comprobaciones dejan estupefacto al curioso. Su familiaridad con la naturaleza es admirable y de allí extraen la práctica para aplicar su ciencia. He visto y he sido actor de casos extraordinarios. En enero de 1949 me hallaba en La Paz, Bolivia, adonde había llegado respondiendo a una invitación que me formulara, honrándome, el Ministerio de Educación y Asuntos Indígenas del país vecino. La altura —La Paz está a 3.700 metros sobre el nivel del mar— produce un permanente dolor de cabeza, que causa molestias sin

cuento. Una tarde pronunciaba una conferencia ante un calificado grupo de estudiosos de Bolivia y Perú y en un momento dado hube de interrumpir la disertación para colocarme un caramelo en la boca, única forma de contrarrestar los efectos del dolor de cabeza. Ya la ciencia ha explicado la causa y sus consecuencias, así que no me detendré en ello. Por la noche, en una comida con que fuí obsequiado, se me acercó un señor que comenzó por darse a conocer: un médico establecido en La Paz desde hace muchos años. Me preguntó, con cierta extrañeza, si no tenía el "remedio americano" para ese malestar. Le respondí que no y fuí creído a medias (había hablado, justamente, de medicina empírica). Pidiéndome absoluta reserva, me ofreció llevarme a un lugar donde me curarían. Al día siguiente nos reunimos y fuimos a la calle Sagárnaga, típico lugar de la capital boliviana, donde está instalado el mercado de las "cholas". Llegó a una humilde vivienda y habló, en quichua, con una mujer. Me hizo pasar y luego tomó de una cesta una culebra, la ató de la cabeza y la cola y con un cuchillo le cortó una "lonja" del vientre. Palpitante la carne, me la colocó en la frente y la sostuvo un tiempo prudencial, retirándola luego. Salí de allí y al llegar al Club Social el dolor de cabeza había desaparecido.

\*

¿Qué misterio encierra el procedimiento? No lo sé, y sólo un paciente trabajo de laboratorio lo develaría. Pero veamos los hechos colaterales. El dolor de cabeza se produce, según la ciencia, por la congestión de algunas glándulas que se irritan e hinchan. En el sur de Mendoza, norte de Neuquén y algunas regiones de Chile los nativos utilizan un procedimiento muy curioso para curar el bocio, mal endémico producido por la falta de yodo. En Malargüe, Mendoza (Mal-halué), un criollo toma un trozo de caña, cortado de manera tal que tenga dos anillas propias de esa gramínea. Abre un orificio en el anillo e introduce allí una lagartija pequeña, taponando luego la entrada con papel o tierra. La caña la cuelga luego del cuello del niño enfermo... ¡y éste sana! En San Juan y La Rioja los paisanos "curan" las berrugas con un sapo. En San Luis es popular un remedio contra la gordura: se toma una "pelecha" de víbora—la piel dejada por el reptil en cierta época del año—, se envuelve cuidadosamente y se lleva un determinado número de días. La persona adelgaza. Ahora bien, todo esto provoca, primero, una sonrisa de incredulidad y luego un instintivo rechazo de lo que se califica de supersticiones. No voy a discutir la bondad o inoperancia de tales remedios, pero voy a hacer una pregunta: ¿se ha notado que en todos los casos en que se usan reptiles o batracios la enfermedad está constituida por un "agrandamiento" de glándulas? Resulta muy curioso comprobar

este paralelo con el remedio que me fué aplicado en el Altiplano. ¿Qué hay de cierto y qué hay de mentira en ello? Ya lo dije: sólo un paciente y costoso trabajo de laboratorio puede dejar aclarado el punto, pero vale la pena estudiarlo y contribuir con ello al enriquecimiento de la terapéutica moderna.

\*

Hay mucha tela para cortar en este apasionante tema. América es un cofre inmenso donde se guardan riquísimas tradiciones, muchas de las cuales tienen elementos que pueden resultar insustituibles para el beneficio común. ¿Algún estudioso ha incursionado en el terreno del coqueluche, para averiguar por qué razón el café es un excelente remedio para la tos? No se tiene noticias. Algunos hombres de ciencia se enterraron en las selvas, ya brasileñas, ya peruanas, ya chaqueñas, realizando ponderables esfuerzos que no contaron con el calor de un apoyo eficiente.

América tiene la obligación de salvar lo que queda de sus tradiciones, especialmente lo que se denomina folklore práctico, porque sus elementos pueden servir para el beneficio común. Y crear su escuela, la escuela americana, que enseñe todo lo que es y ha sido el continente, para que nuestros jóvenes no sean extraños en el mundo maravilloso de un caudal telúrico que nos honra y debe constituir nuestro mayor orgullo.

BOLIVIA

# REENCUENTRO CON JAIMES FREYRE

por Augusto Céspedes

## *Contraluz del modernismo*

EL MODERNISMO sería la más audaz tentativa de emancipación latinoamericana si su potencial anímico le hubiera permitido traspasar las fronteras de la retórica. Dicho movimiento, limitado al área poética, tuvo que dejar campo al vanguardismo en la poesía y quedó superado por el indoamericanismo, menos definido pero de naturaleza tan robusta como la requerida para abarcar itinerarios de mayor alcance en la novela, la sociología y la política. Por lo mismo, este último ha demandado una cuantiosa mano de obra, entretanto que para la insurgencia modernista bastaron unos cuantos artífices selectos.

De entre ellos, Ruben Darío, Leopoldo Lugones y Ricardo Jaimes Freyre, vistos a contraluz del novecientos, destacan sus perfiles cual los tres mosqueteros de la aventura modernista. Aparte la calidad de su obra individual, tejida sobre una común concepción literaria, cabe admitir que la amistad que unió a los tres acomoda el ojo a una perspectiva crítica que les presenta inseparables en la historia de la cultura latinoamericana.

Al margen de las rutas actuales, el modernismo se divisa como un abandonado jardín botánico, en el que se hicieron raros cultivos aprovechando del cálido humus americano para que la siembra de "ismos" decadentes rindiese ramajes y florescencias de esplendor tropical. La sangre de Darío fué por cierto el más poderoso fertilizante. La refinada, hipersensible y hemofílica poesía de parnasianos, simbolistas y satanistas en cuyas venas la sangre se sustituía con esencias de opio y morfina, esa poesía cobró salud y juventud al ser trasplantada a la zona tórrida. El verso decadente traído de París ascendió a lo alto de la vegetación tropical, manifestando a la luz lo implícito de la forma y el color que hay en nuestra tierra virgen. A este fenómeno parecía referirse el propio

Lugones cuando dijo que en las estrofas de Jaimes Freyre, debajo de los atuendos femeniles y los afeites, corría la sangre varonil de Aquiles de Peleo.

### *Dimensiones*

El ímpetu dió para una sola primavera. Todo había sido nada más que floración de vocablos, descubrimiento de tesoros del idioma castellano, un gran ritmo externo sobre el inmenso tambor hueco del frustramiento indígena. El trasvase de las formas preciosistas, en la copa salvaje de los sacrificios, no alcanzó a provocar la embriaguez bárbara en quienes no querían ser sino cultores de la forma.

No sería exacto, sin embargo, reducir la tarea modernista a la orquestación de un acento antes nunca oído en el lenguaje. Nos dió también título de mayoría y aun de superioridad sobre la metrópoli. Algo de esto fué definido en la prosa de Rodó al decir que Darío era el nuevo conquistador "que invirtiendo la ruta de los descubridores, salió de playas de América para ganar, en la España maravillada, tierras y vasallos con qué extender su imperio de poesía".

Algo más: Darío, Lugones, Jaimes Freyre, dedicados a la cacería de la fauna parnasiana de princesas y pastoras, centauros o amadriadas de mitos ajenos a nuestra tradición, realizaron una poesía más sinceramente americana que los vates que, en el siglo pasado, ensayaron directamente en los temas del indio, la selva o la libertad, un método positivista de autenticar lo nativo. Las grandes calidades del sexto continente —la exuberancia, la pureza y el color— nutrieron típicamente el arte modernista en el que, a través de imágenes exóticas, se percibe la influencia de los genes indígenas.

En la búsqueda de mundos raros se polarizó cierta competencia entre los modernistas. Ya que las ninfas y marquesas habían sido totalmente explotadas por Darío, Jaimes Freyre se aventuró en las soledades nórdicas, en los bosques de una Escandinavia metafísica de donde extrajo los materiales de "Castalia Bárbara". Semejante ansia de establecerse en parajes ideales ¿no revela también que los jefes de la subversión contra el romanticismo eran románticos, es decir, que adolecían de un mal que ha resultado típico de Latinoamérica?

### *Ubicación de Jaimes*

Entre los tres jerarcas del movimiento, Jaimes Freyre está clasificado como el menor y es también el menos recordado. No inviste la categoría con que figuran en el calendario modernista sus dos camaradas de aquel pronunciamiento prosódico. Explicables razones y sinrazones asisten a tal subvaloración. Jaimes no fué un reali-

mano acompasando su paso solemne con tranquila arrogancia. Para nuestra imaginación serrana aquello era poético y al mismo tiempo señorial. Nos objetivaba lo que pensábamos de la postura del conde Matías Augusto Villiers de l'Isle Adam.

Jaimes habría querido ser "villano, trovador, fraile o guerrero", pero el Destino le reservaba una credencial de diputado... El gran señor caía a esa feria de plebeyismo denominada Convención Nacional en que se había reclutado, a consecuencia de la revolución de Saavedra, una de las porciones más antiestéticas de la cholocra-cia boliviana. (Observación al margen: los rapidísimos fermentos que estimula el capitalismo en la composición social de América presentan casos como éste: aquellos cholos de entonces, puestos al servicio de las empresas internacionales, resultan "caballeros" a la vuelta de unos años y forman luego el gobierno oligárquico de Bolivia.)

Una vez puesto en el baile, el señor Jaimes Freyre trató siempre de mantener la dignidad de su alta estirpe, aunque en ocasiones le fuera imposible guardar la línea en medio de las costumbres de nuestra política criolla. Se recuerda aún el encuentro a golpes de puño que tuvo, en el recinto parlamentario, con un notable político famoso por su procacidad, don Abel Iturralde, a causa de una alusión a la cabellera del vate.

### *Polémica Jaimes Freyre-Tamayo*

Poco después el presidente Saavedra le nombró ministro de Relaciones Exteriores. Se proponía entonces que Chile devolviese a Bolivia un puerto de los que le había quitado mediante la guerra de conquista. Poco antes, Franz Tamayo, como delegado de Bolivia ante la Liga de las Naciones, planteó el caso y Jaimes, como diputado, criticó su actuación.

Característicamente boliviano era —y es— Franz Tamayo, aunque la incomprensión ambiente le reputaba griego porque había escrito "La Prometheida", tragedia lírica. (Nota marginal: el potencial autóctono de Tamayo desborda, con mayor caudal que en los modernistas con quienes guarda ciertas semejanzas, de las formas antiguas que utiliza. Tamayo es como un gigantesco boa constrictor, que tiene que deformar con sus anillos patéticos las presas clásicas para asimilarlas por sus terribles fauces.)

Tamayo era también diputado y, además de poeta, escritor, polemista y orador. No había concluido Jaimes de jurar el cargo de ministro cuando Tamayo le llamó a acto parlamentario de interpelación "por sus opiniones contrarias al buen derecho de Bolivia en la cuestión del Pacífico". La opinión pública que totalmente giraba alrededor del eje del Parlamento se estremeció de satisfacción ante el encuentro polémico de los dos grandes. Tamayo planteaba

una original innovación del Derecho constitucional boliviano, por la cual sería lícito censurar a un ministro por meras opiniones, vertidas antes de ser ministro. Quería ensayar en Jaimes el voto previo de confianza de ciertos parlamentos europeos, fundado en un aparente sofisma que, en el discurso, destapó su verdad ante el público atónito: la responsabilidad política del hombre, sea ministro o simple ciudadano, es una sola, como su ser, del que forman parte sus opiniones que constituyen un todo sin excepción de tiempo. Las temerarias y brillantes interpretaciones de Tamayo chocaban con la lógica, un poco gramatical y escolástica del interpelado. De haber conocido entonces a Spengler yo habría visto en Jaimes lo apolíneo y en Tamayo lo dionisiaco. Lo cierto es que se enfrentaban dos seres de especie superior, familiarizados con los dioses. A un diputado vulgar y silvestre —David Alvéstegui— que pretendió terciar en la polémica, Tamayo le atajó diciéndole que era “un falderillo en una pelea de leones”.

Más que de leones parecía de caballeros la pelea, llevada entre dorados niveles de cultura, con las armas de citas filosóficas e históricas. Al iniciar el encuentro, ante numerosísimo público, el poeta interpelante invitó a emplear en el debate, más que el reglamento, la táctica caballeresca de la batalla de Fontenoy. “Tirad primero, señor ministro”, profirió y gentilmente esperó de pie la primera andanada. Ninguna alusión personal, nada de insultos, sólo debate de ideas. Sin embargo, poco a poco, los gentilhombres olieron la pólvora. Tamayo, que hacía sutiles desarrollos de mago, lanzaba también interrupciones vivaces y pérfidas. En cierto momento empleó una reticencia, referente a la incapacidad emocional para defender los derechos nacionales cuando el amor patrio se ha esfumado... posiblemente... en la larga ausencia de la patria nativa... Jaimes sintió el flechazo y desde la testera que ocupaba extendió la mano, con elegante ademán de sereno esgrimista y dijo: “Señor diputado, cuán pronto habéis olvidado que estamos en la batalla de Fontenoy...” Fulminante, Tamayo replicó: “Batalla de la que prometo que no ha de salir vivo el señor ministro”.

Con algunos rasguños, salió vivo, sin embargo, porque la gran mayoría parlamentaria rechazó los fundamentos de la interpelación. Se dedicó a la diplomacia. Paseó su prestigio y su apostura por Santiago de Chile, por Wáshington, Río de Janeiro, como ministro de Bolivia, hasta que en 1928, a causa de una discordia con el presidente Siles, envió a éste un arrogante e injurioso cablegrama, haciendo abandono del cargo.

### *Invierno en Tucumán*

Muy pocos años había vivido en su patria boliviana. De regreso al terruño tucumano reanudó su vida de catedrático. Todo en él

ya era pasado, la misma historia de Tucumán que escribía. El remoto suceso del modernismo se disipaba como las deidades que desaparecen en los sueños de la vida concluidos. Sobre Tucumán, sobre la Argentina, sobre Bolivia soplaban otras ráfagas, con olor a petróleo.

Personaje de una etapa de nuestra América, arquetipo humano de un ciclo agotado, cuando Jaimes Freyre murió en 1933 ya estaba olvidado por las hadas de sus bosques hiperbóreos. Pero no hay duda de que, como gran poeta americano, tuvo el homenaje de los dioses agrícolas del naranjo y de la caña entre un rumor lejano de viento de ventisqueros andinos.

BRASIL

# LA MODERNA POESIA BRASILEÑA

por Stefan Baciú

NO ES POR SIMPLE casualidad que la poesía moderna del Brasil surgió de las llamas de la primera guerra mundial y adquirió su partida de nacimiento conjuntamente con un nuevo mundo. Más o menos al mismo tiempo se fundó en Alemania el expresionismo en sus formas definitivas, y no se debe olvidar que el dadaísmo, en Suiza, salió a luz en la misma época. El futurismo de Marinetti ya llamaba, con su superficial estruendo, la atención de los artistas y de los burgueses y el surrealismo flotaba en el aire como un fenómeno aún no esclarecido.

Eran estas las corrientes literarias de la época en momentos en que se pensaba y vivía una nueva poesía en el Brasil, que surgía como una protesta contra el parnaso y el simbolismo, en primer lugar, y sobre todo contra la humanidad con su orden y sus hábitos satisfechos. (Es extraordinariamente importante subrayar las diferencias que hay en poesía entre el modernismo brasileño y el castellano. El poeta Manuel Bandeira la explica del siguiente modo en su excelente libro "Apresentação da Poesia brasileira": "El modernismo nada tiene que ver con lo que en el mundo de habla castellana se designa con el mismo nombre. La poesía de Darío y de sus epígonos corresponde aproximadamente en el Brasil a los poetas que, habiendo aparecido en el intervalo entre los dos movimientos, deben tanto al parnaso como al simbolismo".)

El modernismo brasileño se aproxima más al de Europa que al de América Latina, del cual está separado por distancias astronómicas. El modernismo poético designa, pues, en el Brasil, a una lírica y también a una ideología modernas, puesto que es el producto de un hombre moderno en un mundo moderno. Lo que nos parece esencial es el hecho de que esta poesía nunca dejó de ser brasileña, sin salir, empero, del ámbito del gran concierto mundial.

Tasso da Silveira escribió en 1927, en un manifiesto ya histórico publicado en la revista "Festa": "*Brasilidad*: hacer vivir, a

través de la más luminosa de las artes, la realidad brasileña, no como cosa que comienza (error del primitivismo *pau-brasil*) sino como cosa integrada en la realidad universal, coparticipando de ese perenne intercambio de fuerzas interiores entre los pueblos". Podemos afirmar que las influencias europeas, en cuanto existieron, se fundieron tan maravillosamente en el alma del poeta brasileño que su lírica es profundamente brasileña en la substancia, aunque universal en el valor.

La nueva poesía brasileña es de las más ricas y más personales de América Latina, de este continente que puede designarse, hoy en día, como el reservorio poético del mundo. Tal vez haya semejante abundancia sólo en México, Chile y Argentina (excede al espacio de este artículo hablar de algunas repúblicas de América Central en las que florece la poesía, como por ejemplo Costa Rica, Guatemala y Panamá).



A pesar de que los primeros movimientos de la nueva poesía del Brasil datan de 1916, cuando los jóvenes poetas Mário de Andrade y Oswald de Andrade descubrieron los cuadros de la artista Anita Malfatti e "hicieron barullo" para hacer salir a luz una cosa nueva que hasta entonces no se estaba acostumbrado a ver, la corriente comenzó más tarde. Oswald de Andrade fundó en 1920, en San Pablo, la revista "Papel e Tinta". Mário de Andrade publicó, en 1922, el libro de versos "Paulicéia desvairada" y en el mismo año —que es un año histórico para la poesía brasileña— se realizó en el teatro municipal de San Pablo la célebre "Semana de Arte moderno", llevaba a escena por los Andrade, ya mencionados, y también por Paulo Prado, Guilherme de Almeida, Ribeiro Couto, Ronald de Carvalho y el pintor Di Cavacanti, del cual surgió la idea de la "Semana". El célebre poeta, académico y diplomático Graça Aranha colocóse a la vanguardia de los jóvenes y las ideas de la "Semana" atravesaron el país entero.

La poesía moderna alcanzó la jerarquía de hecho victorioso en el Brasil y encontró un profundo eco en el público, recompensando el penoso trabajo de los iniciadores. Es de manifiesta esterilidad hablar de influencias, pues la nueva lírica brasileña es —conforme ya mencionamos— profundamente personal e independiente y ello desde el instante mismo en que comenzó a existir como tal. Manuel Bandeira, el más grande poeta del Brasil y uno de los más profundos conocedores de la poesía contemporánea del país, escribe en su obra ya citada: "Es difícil decir cuál de las corrientes europeas influyó más en los modernistas brasileños". Bandeira agrega, a propósito de esta poesía: "Los modernistas osaron ensanchar el campo poético, extendiéndolo a los aspectos más prosaicos de la vida... Movimiento al principio destructivo y bien caracterizado por las novedades de forma, asumió más tarde color acentuadamente

nacional, buscando interpretar artísticamente el presente y el pasado brasileños, sin olvidar el elemento negro entrado en nuestra formación”.

Mário de Andrade (1893) y Oswald de Andrade (1890) fueron los primeros poetas de la era moderna y pueden ser calificados de pioneros. Los libros de poemas de Mário: “O losango caqui” (1924), “Clá de Jabotí” (1927), “Remate de Males” y “Poesías”, pertenecen al grupo de obras más importantes de la nueva lírica de Oswald es agresiva y defiende lo que es bárbaro y nuestro” imágenes, de colores y de pensamientos, y es una de las piedras fundamentales de la nueva poesía de su tierra. “Sólo siendo brasileños, esto es, adquiriendo una personalidad racial y patriótica (sentido físico) brasileña, es que nos universalizaremos”, escribe Mário en una de sus cartas y este pensamiento caracteriza su estupenda poesía, a la que la muerte puso repentino fin en 1944.

Oswald de Andrade, cuya obra poética está representada por pocos libros, que son, sin embargo, tanto más interesantes, fundó el “Primitivismo”, que nos habló a través de los libros “Pau-Brasil” y “Primeiro Caderno do Aluno de Poesia Oswald de Andrade”. La lírica de Oswald es agresiva y defiende lo que es bárbaro y nuestro” —experiencia de un Christian Morgenstern meridional, con el cual no tiene sin embargo ningún parentesco—.

Figuras igualmente interesantes de la nueva lírica brasileña son Sérgio Milliet (1898), cuya poesía refleja la vida de un espíritu inquieto y crítico (su obra más importante es “Oh valsa latejante”, que agrupa sus trabajos de 1922 a 1943), y Raúl Bopp (1898), que escribe una poesía extremadamente fuerte, en contacto con la tierra, cuya exaltación se procura y se encuentra en “Cobra Norato”. La tierra de la Amazonia está tan viva en Bopp que él dice: “Uê, aqui estão mesmo fabricando terra”.



Es indispensable aquí un paréntesis para desarrollar un pensamiento que prueba cuán fuerte es, desde el principio, la tendencia moderna en la lírica del Brasil. No se puede contemplar aisladamente la nueva época de la poesía, y como no puede ser separada abruptamente de la vida para quedar como suspendida en el aire, es instructivo examinar cuántos poetas “formados” dijeron sí al modernismo. Vale decir, que abandonaron sus modos antiguos (y muchas veces anticuados) para comenzar una nueva era. El modernismo los despertó, los arrastró, los llevó literalmente consigo, y ellos se transformaron en otros poetas. ¡Se miraba la vida a través de lentes nuevos, se veía de un modo diferente el mundo, se realizaba una verdadera cura de rejuvenecimiento!

Es éste el caso de Ronaldo de Carvalho (1893-1935), que se perdió en el parnaso después de un auspicioso comienzo, como en

un callejón sin salida y que encontró aire y horizonte solamente en el modernismo. Su libro "Tôda America" (1926) lo caracteriza como uno de los representantes más americanos de la nueva lírica brasileña, y muchos de sus bellos poemas figuran al lado de los de Whitman.

Aconteció lo mismo con Guilherme de Almeida (1890), que cuando la "declaración" del modernismo ya era autor de cinco libros tributarios del parnaso-simbolismo. De Almeida es uno de los artistas del idioma en el Brasil y sus obras modernas, principalmente "Raça" (1925), revelan a un poeta completamente diferente. Cassiano Ricardo (1895) afirmó igualmente la nueva poesía, y sus libros "Vamos caçar papagaios", "Deixa estar jacaré" y "Sangue das horas" lo colocan entre los dos o tres poetas más importantes del Brasil contemporáneo. Sus versos contienen una multitud de imágenes, una luz tropical que brilla sin deslumbrar.

Mencionemos además el nombre de Ribeiro Couto (1898), que comenzó como poeta intimista, con versos que recuerdan no solamente a Jammes sino aun a Samain y Géraldy, para adherir más tarde a los modernistas (sin desistir de una cierta tonalidad apagada en su poesía). Está, ahora, cerrado el círculo de los poetas que, por el modernismo, renovaron la literatura de su país. Algunos, como Guilherme de Almeida y aun Ribeiro Couto en el "Cancioneiro do Ausente", aun cuando retornan a la antigua musa, siguen, sin embargo, el paso de la verdadera poesía.

Manuel Bandeira (1886) es el más grande poeta moderno del Brasil, y algo debió en sus primeras obras (aun antes de la aparición del modernismo) al simbolismo francés. Tornóse, sin embargo, más tarde, en una personalidad poética de primer orden, siendo hoy en día uno de los poetas más importantes de América Latina. En el verso libre lo mismo que en la forma clásica Manuel Bandeira creó una poesía universal-brasileña cuyos sonidos tienen un encanto especial. Aquí vemos a un gran maestro, y quien lee sus "Poesías completas" tiene la certeza de que una cosa como ésta sólo puede ser dicha de este modo una única vez.

A pesar de que, cronológicamente, el modernismo brasileño fué iniciado por otros, la verdad es que Manuel Bandeira modeló y perfeccionó este modernismo. No conozco ningún otro poeta a través del cual la "brasilidad" fluya mejor y más definitivamente para la "universalidad", y si la poetisa Gabriela Mistral ganó el premio Nobel como voz latinoamericana, éste debería coronar también la frente de Manuel Bandeira.

Cecilia Meireles es una noble figura, y el crítico portugués João Gaspar Simões la calificó como "tal vez la mayor poetisa de lengua portuguesa". Una curiosa música caracteriza sus poemas, que son vivificados por imágenes de cuentos de hadas. Sus libros "Vaga

música" y "Mar absoluto" (1945) la colocan entre los *poetas del Brasil*.

Cuando el modernismo, saliendo de Río y de San Pablo, recorrió el país, encendiéronse fuegos líricos en todas partes. En Bello Horizonte, capital del Estado de Minas-Geraes, apareció la "Revista" (1925), que hizo conocer al gran poeta de la nueva generación Carlos Drummond de Andrade (1902) y al muy interesante Emílio Moura. Carlos Drummond introdujo una nota en la poesía brasileña que corresponde quizás al "humour" inglés, pero que no tiene nada que ver con él, pues es típicamente brasileña. Sus poesías son acontecimientos profundamente humanos, que se originan no en un espectador sino en un coparticipante. Así como Manuel Bandeira debe ser considerado como *definitivo*, Carlos Drummond representa la poesía en marcha, que está reunida espléndidamente en su colección "Poesia até agora". Cabe mencionar, además, que Carlos Drummond es el primer poeta social (no político) del Brasil.

Jorge de Lima (1898) ocupa un lugar particular como "poeta del Nordeste", que en los últimos años pasó a una poesía cristiana que se sitúa bajo el lema "Restauramos a poesia em Cristo". Jorge de Lima es el poeta de un Brasil poco conocido, cuyas costumbres y palabras sabe dominar como nadie. Su poesía "Essa negra Fulô" no solamente tiene fama mundial sino también mucha originalidad.

El poeta de la tierra sureña, de los *gaúchos* y de las pampas es Augusto Meyer (1902), cuya bella y fresca poesía se encuentra en los libros "Coração verde" y "Poemas de Bilú". Augusto Meyer está entre los jóvenes más fuertemente ligados al terruño, y Río Grande do Sul brilla en sus versos ricos de colorido.

Excepcionalmente interesante nos parece la figura de los poetas que intentaron una reacción contra el modernismo dentro del cuadro del propio movimiento, creando un "modernismo clásico", si se me permite la paradoja. Es Murilo Mendes (1902), poeta multilateral y muy capaz, autor de numerosas obras, también en colaboración con Jorge de Lima. Murilo Mendes admite un catolicismo adaptado a la época, en el cual la poesía es "un fenómeno diario, constante, permanente, eterno y universal".

El mayor poeta de esta corriente es, sin embargo, Augusto Frederico Schmidt (1906), cuya última obra, "Fonte invisível", lo coloca entre los poetas de los cuales escribió Stephan George que están rodeados de "un gran halo solemne". Si no recelara yo de las comparaciones, podría afirmar que la poesía religiosa tiene en el mundo moderno solamente dos representantes: Claudel y Augusto Frederico Schmidt. Después de Paul Claudel, o mejor, junto a él, Schmidt es aquel cuya lírica recibe su contenido directamente de las Sagradas Escrituras, y con tanta fuerza que nos sentimos como ante un fenómeno de la naturaleza. Nunca la humildad fué pronunciada tan perfecta y poéticamente como Schmidt lo ha hecho en "Escravo em Babilônia, espero a morte" y solamente poquísi-

mos poetas hablan a Dios con tan "tranquila dignidad" como Schmidt (son palabras de Bandeira). Su gran canción es el órgano, entre los variados instrumentos de los líricos del Brasil.

En este ligero vistazo nos restan solamente pocas palabras para concluir el cuadro de la nueva lírica brasileña y para decir alguna cosa sobre los poetas más recientes. Parece que Vinicius de Moraes (1913) es entre ellos el más perfecto, pues ya encontró su propio camino, lo mismo que João Cabral de Melo Neto, poeta de gran valor. Su lírica profundamente reflexiva coloca bajo una estrella favorable el futuro del Brasil.

Mencionemos junto a estos dos jóvenes maestros a Bueno de Rivera, injustamente poco conocido, y que es el poeta de lo cotidiano y de las pequeñas alegrías de la vida. Los más nuevos son Lêdo Ivo (1924) y Domingos Carvalho da Silva, dos talentos que dejaron de "prometer mucho" pues ya alcanzaron el peldaño de la creación propia, lo que los coloca con todo derecho entre los poetas.

Todo este continente lírico es alma del alma del Brasil. "El canto enorme del Brasil", como escribió excelentemente Ronald de Carvalho, es uno de los encuentros inolvidables en el mapa espiritual del mundo.

COLOMBIA

# LA NOVELA DE LA GRAN COLOMBIA

por J. A. Osorio Lizarazo

LA MANERA como se han polarizado las doctrinas, las ideologías y los principios que han dividido al mundo en dos fuerzas supremas, el Comunismo y el Capitalismo, y la certidumbre de que en día impreciso se producirá entre ellas el más tremendo y monstruoso conflicto que registra la historia, debería inclinar a los estudiosos de la América Latina a discutir las bases de una organización entre sus distintos pueblos, no sólo para buscar y encontrar una posición definida en frente de ese conflicto, sino para ocupar la categoría internacional que les corresponda cuando el mundo pretenda reponeerse del cataclismo. Es indudable que los países latinoamericanos tienen puntos de contacto indisolubles, desfigurados o debilitados por los intereses imperialistas, y que obstáculos artificiales se han levantado para impedir la unificación de su conciencia, de sus esfuerzos y de su destino. Empero, en una forma fatal, por el poderoso motor del instinto colectivo, la unidad latinoamericana habrá de tender a la conformación de bloques económicos delimitados por la geografía, por las riquezas naturales y por la distribución demográfica. Durante el tiempo transcurrido desde su breve historia las barreras políticas que se han alzado entre los diversos países se han hecho infranqueables y no es posible pensar aún, sino acaso por el impulso de una situación desesperada, en la formación de una Federación Latinoamericana, con una administración coordinada y uniforme bajo una Carta Constitucional común. Pero no ha ocurrido lo mismo con los intereses económicos, que establecen una relación vital y que conducen inexorablemente a la transacción, al convenio, al acuerdo, a la unificación de fuerzas, para el desarrollo de la riqueza en frente de la desolación en que se verá sumergido el mundo después del inminente conflicto.

Y uno de estos bloques económicos tendrá forzosamente que ser la reintegración de la Gran Colombia, concebida y formada por la previsión genial del Libertador Bolívar y destruída por las pasiones

que inmediatamente encendieron la ambición, la intransigencia y la pequeñez mental: porque los hombres geniales son muy raros y su clarividencia no suele ser comprendida por sus contemporáneos ni adquiere su volumen universal sino cuando el tiempo ha verificado los acontecimientos.

\*

Aplastada la revolución de la independencia en los territorios que hoy constituyen Colombia y Venezuela a fines de 1816 por el ejército "Pacificador" que comandaba el veterano de las guerras napoleónicas Pablo Morillo, y exterminados, al parecer, los ideales de la libertad en los patíbulos que en esta breve restauración se alzaron en todas las ciudades y en todas las aldeas, sólo un grupo de patriotas mantuvo la antorcha sobre las ilimitadas praderas que se extienden desde la base de los Andes hasta las selvas milenarias que se pierden más allá del Orinoco y del Amazonas. Este grupo fué el centro que atrajo a todos los rebeldes, prófugos de la crueldad represiva de los "pacificadores" y en breve se convirtió en un descamisado ejército, sin armas ni vituallas, pero ardido de coraje. Bolívar, que al iniciarse el terror había logrado escapar a Jamaica, pudo regresar hasta los Llanos, como se denominan aquellas planicies insalubres y selváticas, y ponerse al frente de ese ejército, que ascendió hasta las cumbres nevadas, dejando regueros de cadáveres y sobreviviendo difícilmente a su miseria, hasta caer a los altiplanos, a los valles y a las laderas en donde los veteranos españoles, bien equipados y bien nutridos, habían restablecido su dominio. Los generales realistas congregaron la parte más brillante de sus fuerzas para resistir a los descamisados que llegaban hambrientos y desnudos, y que el 7 de agosto de 1819 lograron en Boyacá una victoria tan formidable que el pánico se extendió a todos los corazones y una fuga desalada fué la consecuencia. El 19 del mismo mes Bolívar y sus oficiales, entre quienes se contaba como el primero, pues que fué el organizador del ejército, Francisco de Paula Santander, penetró triunfalmente en Bogotá, que entonces se llamaba Santafé, y con este hecho la independencia de Colombia quedó establecida. Los derrotados españoles trataron de rehacerse resistiendo en diversas comarcas de Venezuela y del norte de la Nueva Granada, como se denominaba entonces lo que hoy es Colombia, al ardor de los patriotas que, estimulados por la victoria de Boyacá y por la presencia del Libertador en la capital, realizaron desesperados actos de valor contra sus opresores, y la guerra continuó todavía durante algún tiempo.

La proclama en que Bolívar anunciaba a los granadinos la victoria de los patriotas, el pánico español y la triunfal independencia, contenía estas palabras: "la reunión de la Nueva Granada y Venezuela en una República es el ardiente voto de todos los ciuda-

danos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protejen la causa americana". Este pensamiento tuvo su concreción entusiasmada antes de que terminara definitivamente la guerra, en el Congreso reunido en una ciudad casi perdida en el fondo de las selvas guayanesas, sobre las márgenes del Orinoco, que entonces se llamaba Angostura y después tomó el nombre de Ciudad Bolívar. Concurrieron a esta asamblea delegados de todas las provincias que constituían aquellos territorios y el mismo Bolívar, que confió la organización civil del país recién nacido al general Santander, emprendió una marcha triunfal a través de las supremas asechanzas españolas hasta presentarse en Angostura el 14 de diciembre del mismo año de 1819, a rendir cuenta de sus victorias y a explicar los grandes proyectos que había concebido para la grandeza de las naciones que estaban dando sus primeros pasos titubeantes en la historia. En aquel recinto, augusto por la trascendencia de las circunstancias, enclavado en medio de la salvaje grandiosidad americana, en donde se habían congregado los más ilustres representantes de la idea libertadora, planteó Bolívar su ambición unificadora con las siguientes palabras: "La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países y la garantía de la libertad de la América del Sur".

El presidente del Congreso, Francisco Antonio Zea, granadino, tuvo grandes elogios para la obra militar del Libertador y para su pensamiento de unión, y en medio de aplausos delirantes declaró: "Si Quito, Santafé y Venezuela se reúnen en una sola República, ¿quién podrá calcular el poder y la prosperidad correspondientes a tan inmensa masa? ¡Quiera el cielo bendecir esta unión!"

Bolívar insistió en sus proyectos, que encontraban extraordinaria acogida, y se entusiasmaba ante la dilatada perspectiva de prosperidad y de magnificencia que implicaba la creación de aquella gran nacionalidad que partía desde las Guayanas y penetrando hasta lo profundo de las selvas Amazónicas buscaba a lo largo de una línea inmensa el océano Pacífico e incorporaba en su seno el istmo para regresar a la extensa costa atlántica, y decía: "El plan en sí mismo es grande y magnífico; pero, además de su utilidad deseo verle realizado porque nos da la oportunidad de remediar, en parte, la injusticia que se ha hecho a un grande hombre, a quien de ese modo erigiremos un monumento que justifique nuestra gratitud. Llamando nuestra República "Colombia", denominando a su capital "Las Casas", probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres, sino a ser considerados bastantemente justos para saber honrar a los amigos y a los bienhechores de la humanidad: Colón y Las Casas pertenecen a la América. Honrémonos perpetuando sus glorias".

El acuerdo era unánime y los oradores que intervenían en el

debate emulaban en el fervoroso apoyo a la grandiosa idea. Y así, el 17 de diciembre, tres días después, se expidió la ley que creaba la Gran Colombia. “El presidente Zea —refiere un historiador— se puso de pie y dijo en alta voz: ‘La República de Colombia queda constituida. ¡Viva la República de Colombia!’ Esta aclamación fué repetida por los diputados y por el concurso que presenció tan solemne acto”. El mismo día el Libertador sancionó la ley, que disponía expresamente la unión de Venezuela y la Nueva Granada con el título de República de Colombia y formaba su territorio con el de la antigua Capitanía General de Venezuela y el del Nuevo Reino de Granada. Tan extensa superficie se dividía en tres grandes departamentos, para efectos administrativos, llamados Venezuela, Cundinamarca y Quito, cuyas capitales respectivas serían Caracas, Bogotá y Quito, quedando suprimida para siempre la denominación de Santafé que hasta entonces había llevado la ciudad de Bogotá. El poder ejecutivo se ejercería por un presidente y en su defecto por un vicepresidente, ambos elegidos por el Congreso; y habría además un funcionario supremo en cada uno de los tres departamentos, el cual llevaría también el nombre de vicepresidente. Y como aún existían fuerzas españolas en distintos lugares del territorio colombiano, todos los esfuerzos inmediatos se encaminarían a lograr su eliminación total. Por lo tanto, el gran Congreso que debería expedir la Constitución de la República se reuniría cuando esta campaña hubiera terminado, y al efecto se señaló la fecha del 1º de enero de 1821, y se fijó la Villa del Rosario de Cúcuta, alzada en un punto que hoy es fronterizo entre Colombia y Venezuela, para la celebración de la trascendental asamblea. Finalmente, el Congreso eligió a Bolívar presidente de la nación que acababa de fundar; vicepresidente al ciudadano que dirigía el congreso, Francisco Antonio Zea, y vicepresidente para Venezuela y para Cundinamarca a Juan Germán Roscio y al general Santander, respectivamente. Para Quito no se hizo elección porque una extensa región, de lo que es hoy el sur de Colombia, se hallaba todavía en poder de los españoles y urgía emprender su liberación. Estas fueron las primeras autoridades supremas de la Gran Colombia.

\*

Libráronse tremendas batallas entre los patriotas y los españoles. Morillo fué depuesto de su mandato como consecuencia de la revolución de Riego en España, que le impuso a Fernando VII una transitoria conducta de conciliación hacia la América, actitud que el despótico monarca habría de violentar en breve plazo. Celebróse un armisticio entre Bolívar y Morillo, que culminó en un histórico abrazo en la ciudad de Santa Ana, donde cada uno de los dos reconoció el denuedo y la firmeza de su contrario. Y el tiempo trajo consigo la fecha señalada por el Congreso de Angos-

tura para que el de la Villa del Rosario de Cúcuta expidiera la Constitución de la Gran Colombia. La dificultad de los transportes, la intensidad de las acciones militares, la compleja ubicación topográfica de la Villa del Rosario entre ásperas montañas y a gran distancia de los centros poblados impidieron la reunión del Congreso en la fecha fijada y sólo el 6 de mayo pudo efectuarse, aun cuando no había llegado el personal completo. De los 95 diputados sólo se hallaron presentes 57. Bolívar había querido inaugurar por sí mismo el Congreso y se halló en Cúcuta para la fecha fijada. Pero la muerte del vicepresidente de Venezuela, Roscio, y la necesidad de adelantar su campaña contra las tropas españolas que a pesar del armisticio continuaban resistiendo a todo lo largo del litoral venezolano, impusieron su inmediata ausencia. Por medio de un decreto nombró para reemplazar a Roscio al prócer bogotano Antonio Nariño, acaso el hombre que más persecuciones, cárceles, vejaciones y atropellos hubiera sufrido por la causa de la independencia desde que, en agosto de 1794, tradujo e imprimió "Los Derechos del Hombre". Y como Nariño acababa de llegar de Europa, prófugo de la cárcel de Cádiz, y se encontraba en un punto próximo llamado Achaguas, fué él quien, en virtud de la autoridad que le confirió el decreto, instaló el Congreso.

Bajo un criterio de absoluta unanimidad acerca de lo dispuesto en Angostura, el 12 de julio del mismo año de 1821 se expidió la primera Constitución que le daba fuerza y existencia jurídica a la nacionalidad. Establecióse en aquella carta que el territorio de la República de Colombia, nombre ratificado para la Unión, no podría ser el patrimonio de ninguna familia ni persona; que la delimitación definitiva se fijaría cuando terminara la campaña por la libertad absoluta; que se dividiría en tantos departamentos cuantos fueran necesarios para la mejor administración; que habría tres poderes independientes entre sí: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. El ejecutivo se ejercería por un presidente; un vicepresidente, que debía sustituir al primero en determinados casos, y un consejo de gobierno formado por los cinco secretarios del despacho y por un miembro de la Suprema Corte de Justicia. El período del presidente sería de cuatro años y no podría ser reelegido sino una sola vez.

El Congreso proveyó a todo lo necesario para el funcionamiento orgánico de la nacionalidad. Decretó la división política y territorial, dispuso que el escudo de armas consistiría en dos cornucopias llenas de flores y de frutos, alzadas a los lados de un fascio con la segur atravesada y con flechas y arcos cruzados, y anotó otras determinaciones similares. Finalmente, eligió presidente y vicepresidente, respectivamente, a Bolívar y a Santander.

Culminaron las campañas contra los españoles de Venezuela en la batalla de Carabobo, que fué la decisiva, el 24 de junio de 1821.

El más valiente y leal de los amigos de Bolívar, el general venezolano Antonio José de Sucre, libró a Quito del poder español en la batalla de Pichincha, y Guayaquil, que había proclamado su independencia a pesar de la vecindad de los españoles antes de la victoria de Sucre y funcionaba casi como una diminuta nacionalidad autónoma, se incorporó también. Y con la expulsión total de los españoles, la Gran Colombia quedó definitivamente integrada.

Bolívar partió al Perú, y Santander, en su condición de vicepresidente, quedó encargado de organizar la vida de la nueva nacionalidad. No hace falta para el objetivo de este compendio enumerar la capacidad extrahumana del prócer, que creaba la hacienda pública, atendía a la administración, fundaba los sistemas de enseñanza, fortalecía y definía la conciencia de la nacionalidad y realizaba una obra que parece superior a la capacidad de un solo ser. Entre tanto Bolívar guerreaba y se cubría de gloria en el sur.

La primera grieta que se abrió en la estructura de la Unión provino, acaso, del carácter eminentemente civil de Santander, en quien dominaba un temperamento legalista a pesar de sus grandes merecimientos militares. Determinados caudillos de la independencia, que habían llevado a cabo proezas insignes, aspiraban a ejercer su influencia en la administración pública y Santander se resistía a esta aspiración, declarando enfáticamente la absoluta autonomía del poder civil en frente del ejercicio militar. De éstos fué el venezolano José Antonio Páez, acaso el más valeroso y el más implacable de todos los caudillos, el cual se alzó en rebelión cuando el Congreso de Bogotá, a principios de 1826, le ordenó presentarse a responder de acusaciones formuladas por determinados atropellos cometidos en su condición de Supremo Comandante militar en Venezuela. Muchas poblaciones tomaron el partido de Páez, y Santander trató de atenuar el conflicto por medio de cartas y de invitaciones cordiales, enumerando los inmensos peligros que para el futuro del país encerraba la conducta del rebelde. Páez no vino a Bogotá, y con ello la autoridad central de la Gran Colombia sufrió un golpe tremendo.

Este acontecimiento apresuró el regreso de Bolívar, que a su llegada a Bogotá tomó el poder en su calidad de presidente y reemplazó a Santander. Es muy posible que los grandes éxitos y las lisonjas de que había sido objeto en el Perú hubieran exasperado la justa vanidad del Libertador, que regresaba con ideas diferentes a las que habían inspirado su actitud ante el Congreso de Angostura. En efecto, traía la intención de desconocer el espíritu esencialmente republicano de la Constitución de Cúcuta, uno de cuyos artículos había previsto que sus disposiciones no podrían ser modificadas antes de 1830. Pensaba, contra el criterio de Santander, que sólo una actitud fuerte y autocrática podría mantener la unidad Gran-Colombiana y que los esfuerzos transaccionales de Santander y su

excesivo civilismo habían estimulado la rebelión de Páez. Encaminóse a Venezuela al poco tiempo de haber regresado a Bogotá, y lejos de respaldar lo actuado por el gobierno central, que representaba la juridicidad, restauró a Páez en su condición de Comandante Supremo, justificó su resistencia ante el Congreso y prácticamente legitimó su rebelión. Durante su permanencia en Venezuela, y principalmente en Caracas, su determinación de establecer un gobierno fuerte se ratificó por el ambiente esencialmente militarista que emanaba del inmenso prestigio de Páez, y cuando regresó a Bogotá dictó en febrero de 1828 un decreto en el cual se declaró en uso de facultades extraordinarias, estableciendo el estado de sitio en determinados sectores del país, que hizo extensivo poco después a todo el territorio nacional. Esta actitud implicaba la dictadura, el desconocimiento y la ruptura del orden civil que había establecido Santander. Un ambiente de descontento se levantó por todas partes, y el país se dividió fundamentalmente entre los que apoyaban la dictadura y elogiaban al prócer hasta la deificación, y los que defendían la vigencia intocable de la Constitución y de la ley, rechazando toda violencia que pudiera respaldarse en la fuerza militar. El descontento fué tomando rápidamente las características de una revolución. Gloriosos combatientes de la independencia, que consagraron su vida a la creación de una nacionalidad esencialmente jurídica y civil, como José Hilario López y José María Obando, se alzaron en armas y encendieron la primera guerra civil. Bolívar trató de legalizar su situación convocando a una Convención que se reunió en una ciudad nombrada Ocaña, perdida entre las montañas del territorio granadino, y cuyo acceso era difícil y penoso. Pero los amigos del orden, que pedían "menos dioses en nuestro Olimpo y más hombres en nuestra historia", se movilizaron con gran presteza y lograron, contra las esperanzas de Bolívar, llevar una mayoría de delegados a esta asamblea, que se disolvió sin tomar determinación alguna cuando la minoría bolivariana abandonó el recinto y dejó al Congreso sin número suficiente para deliberar. Simultáneamente los más enfebrecidos dictatoriales de Venezuela, con Páez a la cabeza, no sólo apoyaban el despotismo sino que concibieron el proyecto de una monarquía y enviaron a Bogotá agentes para que instigaran una opinión favorable. Incluso el Consejo de Gobierno llegó a cruzar notas con Francia y con Inglaterra para solicitar su protección anunciándole a la primera la posibilidad de que fuera uno de los príncipes de Borbón el futuro monarca de la Gran Colombia, siempre que el Libertador gobernase omnímodamente hasta su muerte. El proyecto de monarquía encendió más los ánimos. Sobre Bolívar cayeron los denuestos y las injurias. La insurrección estallaba por todas partes. La unidad nacional se disgregaba. Todos los esfuerzos de Bolívar, su dictadura, su tolerancia ante los absurdos proyectos de la monarquía, su actividad, se encaminaban hacia un fin supremo que

para él era esencial: salvar la Gran Colombia. Pero ya se había definido en Venezuela un espíritu militarista y en la Nueva Granada otro diametralmente opuesto, civilista; y estos dos principios antagónicos representaban prácticamente un rompimiento jurídico.

\*

Sobrevino una serie de episodios trascendentales: la guerra con el Perú, ganada por Bolívar, que se movió hacia el sur al frente de los ejércitos colombianos; el atentado contra la vida del Libertador cumplido el 25 de setiembre de 1828; la sentencia de muerte contra Santander, el más injusto suceso de aquellos tiempos, conmutada por el destierro perpetuo, con el cual los partidarios del régimen dictatorial pretendían librarse para siempre de su más formidable adversario, y dentro de tanta agitación la Gran Colombia se obstinaba en mantener su denominación, socavada como estaba por los errores y las intransigencias. Bolívar se sintió impotente para prolongar la lucha. Su sueño de unión se hundía. Las actitudes extremas, lejos de fortalecer su ideal, lo destruían. Imperaban el caos y la anarquía. En Caracas estalló una revolución y los notables se reunieron en una junta que proclamó la separación de Venezuela y el desconocimiento total de la autoridad del Libertador, designando presidente a Páez. Bolívar trató en un supremo esfuerzo de salvar su idea convocando a un nuevo Congreso que dictase medidas tendientes a dirimir las diferencias, y presentó ante la corporación su renuncia total y su determinación de ausentarse del país. En realidad, el Congreso trató por todos los medios de proteger el ideal bolivariano y rechazó la propuesta formulada de apelar a la fuerza para someter a los rebeldes venezolanos. Al cabo se aceptó la renuncia de Bolívar, designando en su lugar presidente de la Gran Colombia, que ya no era sino una expresión verbal, a Joaquín Mosquera. Pero tres días después de su receso, que fué el 10 de mayo de 1830, cuando los congresistas pensaban que habían dejado, si no la certidumbre de la unión, por lo menos algunas bases para restaurarla, se reunió en la ciudad venezolana de Valencia otro Congreso Constituyente venezolano, que desconoció al de Bogotá, rechazó la autoridad del Libertador, declaró disuelto el pacto de unión y dispuso que se buscaran acuerdos para transar con Quito y con Cundinamarca los compromisos comunes. Acordados tales principios se decidió dirigir al Congreso de Bogotá, que ya se había disuelto sin que el de Valencia lo supiera por la dificultad de las comunicaciones, una extensa nota de rompimiento. A esa nota pertenece el siguiente párrafo, que puede calificarse de monstruoso: "Venezuela, a la que una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en el general Simón Bolívar el origen de ellos y que tiemb'la todavía al considerar el riesgo que corrió de haber sido para siempre su patrimonio, protesta de que

mientras éste permanezca en el territorio de Colombia, no tendrán lugar aquellas transacciones". Estas palabras implicaban la declaración de que Bolívar no podría regresar jamás a Venezuela y las dictaba el sentimiento promovido por Páez de que la Gran Colombia no había sido concebida por Bolívar sino para entregarle el territorio de Venezuela a la Nueva Granada.

La ruptura fué irremediable. La Nueva Granada no pudo oponer ni razón ni fuerza. Bolívar sintió la pesadumbre del fracaso, y enfermo, desolado, agobiado por todas las ingratitudes, salió tristemente de Bogotá, circundado de enemigos, y fué a morir pocos meses más tarde, abandonado de cuantos le glorificaron, en el refugio que le ofreció un español cerca de la ciudad portuaria de Santa Marta. Por el mismo tiempo, otro de los militares de la guerra de la Independencia, el general Juan José Flores, declaró la separación de Quito proclamándose su presidente, y le anexó territorios granadinos de Pasto y del Cauca. La Nueva Granada, despedazada por las disensiones que habían establecido las aspiraciones encontradas de los dictatoriales y de los civilistas, no dispuso en aquel momento de medios ni de voluntad para someter a Flores y sólo algún tiempo después pudo reintegrar a su territorio los departamentos transitoriamente usurpados.

El ensueño de la Gran Colombia había terminado. Pero el pensamiento de unidad, al cabo de las luchas y de las experiencias, que quedó como un símbolo en la identidad de la bandera, subsiste en el corazón del pueblo, y en frente de los acontecimientos por venir habrá de hacer poderosas manifestaciones, si no en la organización de un conjunto político, a lo menos en la adopción de medidas económicas que constituyan una defensa común, ya presentada en la reciente creación y funcionamiento de la Flota Mercante Gran-Colombiana y en la Carta de acuerdos económicos discutida en Quito en 1948. Porque es en vano que los pueblos pretendan sustraerse a sus destinos, y el ensueño de Bolívar, al cual sacrificó su gloria, por cuya vigencia aceptó los más horribles padecimientos y las más crueles persecuciones, habrá de florecer en frente de las tremendas realidades que no pudieron ser previstas por las mediocres personalidades que dominaron aquel ambiente, pero que estuvieron palpitantes en la augusta clarividencia del Libertador.

URUGUAY

# LA CIUDAD Y EL CAMPO A LO LARGO DE LA EVOLUCION NACIONAL

por Daniel D. Vidart

ESTE ES UN TEMA cautivante y oportuno a la vez. Cautivante por su complejidad, por los múltiples aspectos históricos y sociales que entraña. Y oportuno porque el conflicto de estas dos categorías ecológicas, demográficas y culturales han hecho crisis —crisis positiva, crisis de integración y no de disociación— en el ambiente nacional.

La característica dominante de la antítesis campo-ciudad en nuestro medio es la siguiente: aquí no se opera el choque múltiple del urbanismo constelado en ciudades con el territorio interciudadino. Una sola ciudad, por lo contrario, la ciudad de Montevideo —centro político, económico y comercial del país—, se reserva el papel protagónico y dialoga a lo largo de la evolución histórica con los contrafuertes rurales.

Las ciudades no nacen súbitamente. Un villorrio estratégicamente colocado puede ser la cuna de una metrópolis. Las grandes ciudades contemporáneas han crecido como los aludes, rodando por las laderas del tiempo y engrosadas por los contingentes de sucesivas generaciones, alrededor de un pequeño foco primitivo.

Ese núcleo puede ser originado por un centro de confluencia económica o por un bastión militar.

El sedentarismo agrícola genera el mercado y alrededor de éste prospera la ciudad. A su vez la fortaleza, punto de avanzada o base defensiva, se convierte muchas veces en centro urbano.

Montevideo comenzó su vida como fortaleza. Fortaleza, no ciudad fortificada. La ciudad fortificada, como ejemplifican numerosas ciudades medioevales, engloba, dentro de sus muros, parcelas arables y hasta microscópicas dehesas para el ganado.

Montevideo, fundada en el año 1726 por don Bruno Mauricio

de Zabala para controlar desde esta Banda las correrías de los portugueses y para poner coto al faenamamiento desmedido de los corambreros y piratas, es una plaza militar. Pequeña, hosca, ceñida hasta la asfixia por el pétreo dogal de los muros.

Su signo nativo es rígido y paupérrimo. No tiene industrias. Se le veda la facultad de comerciar. Sólo resplandecen en ella el morrión y el mosquete; sus ruidos habituales son el toque de diana, el resopido de la fragua, el grito de los centinelas, el trote de las patrullas ecuestres que entran o salen de su ciudadela. Las primitivas construcciones son de palo a pique y cuero. Después, las chatas casonas coloniales comienzan a levantar azoteas con baldosas anaranjadas y los miradores atalayan uno tras otro las colinas cercanas y el río como mar.

Pero se vive estrechamente, malamente. Los habitantes se sienten oprimidos y llaman a la plaza fuerte el presidio.

Fuera de sus muros, más allá del horizonte gris y dentado de las almenas, está el campo abierto, suavemente ondulado, lleno de ganados errantes y poblado por ínsulas humanas de contextura clánica. La ciudad es el calabozo, el campo es la libertad total. Quien pueda eludir el abrazo berroqueño de Montevideo, ya sea por el beneficio de un título de tierra, ya sea merced al centinela descuidado, vive fácilmente en la opulenta comarca.

Un arroyo de los innumerables que serpentean en el fondo de las abiertas y soleadas ondulaciones le da sus aguas; la paja del bañado y el terrón que la gramilla cohesiona proporcionan techo y paredes al rústico rancho; un caballo de los diez o veinte que se pueden poseer sin dispendio facilita el desplazamiento veloz y barato; caminos no hay, porque la penillanura es un inmenso ruedo transitable; las boleadoras, el lazo y el cuchillo se encargan del diario sustento; el sombrero panzaburro y las botas de potro defienden del sol y de las espinas... ¡Qué más pedir!

Para Platón una república perfecta era la que podía proporcionar a sus habitantes comida, ropa y vivienda. La república de las cuchillas <sup>1</sup> daba todo eso a sus hijos, que apenas trabajaban para comer, que levantaban gratuitamente su casa y que vestían con elementos proporcionados en su mayoría por el medio.

Se entrecruzan los reseros de las estancias cimarronas, manejan los boyeros las pesadas carretas en el mar de hierbas y los grandes y largos patios se llenan de amor, de canto y de riña.

El matraz telúrico, incansable, recoge el bullente material de tres razas que se amasan y se funden en las soledades ásperas, sobre el fresco tálamo del trébol, cuando la siesta se enciende de cigarras y el horizonte tiembla.

<sup>1</sup> En el Uruguay se llama "cuchillas" a las colinas típicas de la penillanura.

Se precisan los oasis humanos y se definen los caracteres antropológicos y espirituales. Aparece el gaucho en todas sus variedades —las buenas y las malas— y junto a él, la china: mujer fuerte, varona montaraz, madre sin reticencias.

Frente al cuadro de una sociedad de poderoso hálito primitivo pero ya organizada y disfrutando de todas las delicias de la libertad, Montevideo erige sus murallas tras las cuales vocifera el gobernador despótico y languidece el cabildo anémico.

El campo de la Banda Oriental antes del grito de Asencio ya es criollo y americano; Montevideo será por mucho tiempo hispánica y siempre europeizante.

La emancipación se estructura sobre este dualismo económico y social.

Artigas, Guarda General de la Campaña (hasta el título es significativo), apoyado por los estancieros rebeldes y caudillo máximo de un ejército de gauchos que lo admira y obedece, levanta ante la ciudad colonial el pendón autóctono. Campo y ciudad se definen. Montevideo, ciudad satélite cuando la colonia, ahora es reducto de la causa peninsular. Buenos Aires, ciudad capital del virreinato, está en poder de la gente de Mayo. En Buenos Aires residen el patriado aristocrático y enemigo del gaucho Artigas; en Montevideo las fuerzas españolas enemigas de Artigas y de sus gauchos.

Cuando Artigas abandona el primer sitio de Montevideo, constreñido por las maniobras del centralismo porteño que veía crecer con alarma su prestigio en las provincias, lo sigue espontáneamente todo el pueblo campesino de la Banda Oriental. Pueblo y caudillo, carne y uña, planta y fruto se desarraigan del solar querido, de la comarca rica y abandonan ranchos, caseríos y haciendas. El éxodo del pueblo oriental es el éxodo del campo oriental.

Y cuando brilla en el firmamento de 1815 la estrella artiguista, el héroe, desde Purificación, en medio de los campos, dominando las llanuras de Entre Ríos desde la meseta éponima, gobierna, recibe delegaciones y cumple su ideario federalista, y por ende campesino, lejos de la ciudad.

Federalismo es campo, es provincia, es pago con necesidades autónomas y soluciones regionales.

Contra el federalismo artiguista están los primates unitarios bonaerenses.

Unitarismo es ciudad. Levita que menosprecia al poncho, gente que procura trasplantar el progreso europeo sin vivir la ruda realidad de América.

El federalismo antihegemónico, antijerárquico y antibonaerense es el santo y seña de los caudillos. El unitarismo es el vellocino dorado de los doctores. Si Rosas no hubiera poseído un espíritu sanguiinario se le celebraría con unanimidad continental.

Artigas, federalista, anticontralista, desconfiado de la ciudad donde nada hay que hacer, asienta su capital ideológica en los ranchos del Hervidero. Montevideo cuenta con un delegado del caudillo y con un cabildo mascullante.

Pero la fuerza orgánica y organizada, la masa humana y el sentido regional de una auténtica dimensión americana se personifican en un campesino que está lejos de la ciudad y la gobierna, en José G. Artigas, Protector de los Pueblos Libres.

Vencido militarmente Artigas por el aluvión lusitano, junto con él cae, momentáneamente, la potencialidad de la grey criolla.

Recomienza, aunque en otras manos, el imperio de la ciudad sobre el campo.

Mientras que al sol y al viento, en el silencio de las taperas y los cubiles montaraces, los cuadros campesinos se reponen lentamente de los estragos causados por una lucha despareja y terrible, la ciudad se aporuguesa y celebra —claro que bajo la presión de las circunstancias— a los imperiales primero y a los brasileños después.

Así transcurren algunos años aciagos. Partidas de patriotas refugiados en las sierras y en las fragosidades de los ríos hostilizan al invasor.

Leonardo Alvarez de Olivera se levanta en el este. Es un movimiento sin consecuencias pero advierte con su sordo rumor que fermentan las fuerzas libertarias.

Acevedo Díaz nos ha dejado una admirable descripción de una columna insurgente de esa abortada tentativa, descripción que bien puede aplicarse a cualquiera de los ejércitos gauchos desde los de Artigas hasta los de la Guerra Grande.

“Casi todos aquellos hombres iban vestidos con andrajos, fuera de los ponchos o de las pieles: chiripás deshilachados sobre piernas desnudas. Botas de potro, rotas y enlodadas. Espuelas de hierro viejo atadas con tientos, recados pobres de simple lomillo y carona algunos, un solo estribo de madera y riendas con bocados de lonja; muy contados eran los que lucían prendas de valor, y entre estos mismos varios carecían de sombrero, más interesados tal vez en aderezar mejor a sus pingos que a sus personas. En cambio cubrían sus cabezas y sujetaban sus largas cabelleras con pañuelos de colores atados por detrás, de modo que colgasen las puntas. No faltaban quienes llevasen el poncho o la piel de carnero sobre las carnes, las piernas al aire, las luengas barbas hasta el pecho y los rulos del cabello por abajo de los hombros.

“En cuanto a las armas, las hojas de tijera de esquila y los clavos cuadrangulares constituían la moharra de la mayor parte de las lanzas de aquellos caballeros errantes. Algunas las llevaban de acero bruñido en forma acanalada o serpentina, con media luna doble o cuádruple según la importancia del rejón y la bazarria de sus dueños.

“La pistola, el trabuco, la tercerola, la piedra de chispa, la daga o el facón y el sable complementaban el arreo ofensivo.”

“... en medio de aquellas filas las razas, variedades o subgéneros estaban todas bien representadas por caracteres típicos desde el charrúa de color bronce oxidado y el blanco de puro origen y el negro de tez rayada, hasta el zambo fornido y el cambujo color de tabaco, de mucho vientre, mejillas mofletudas y manos cortas de dorso negrozco y palmas de roedor.

“Y a poco que él fué examinando los detalles, caras pálidas, ojos hermosos u ojillos de coatí, cabelleras negras y doradas junto a greñas bastas y racimillos de saúco, narices perfiladas y trompas con hornallas en vez de fosas, bocas cubiertas con bigotes finos y otras muy anchas con tres pelos por adorno y dentadura de niño, cuerpos delgados y flexibles cuanto eran de macizos y redondos los que a su lado se agitaban, no pudo menos de preguntarse en medio de su mismo aturdimiento ¿qué obra extraña saldrá de este montón de instintos?”

Y la obra que surgió de ese montón de instintos encauzado por los jefes fué la independencia nacional.

En efecto, pese a los sucesos diplomáticos de 1828, la libertad uruguaya fué obtenida por el empuje de los rurales que a partir de 1811 dejaron su vida por una causa quizá oscura mediatamente, pero que tenía una inmediatez de trágica grandeza, de ejercicio desmesurado y eclosión activa de los fermentos guardados en los trasfondos de la raza.

Dice Alfredo Lepro, enjuiciando a la horda montonera:

“Multitud de seres humanos, de bestias, de cosas. Tripa de la patria arrastrada y sufriente, sucia, hedionda, pero prendida vitalmente a la entraña del pueblo en armas.”

El hombre de campo, del campo cimarrón de ese entonces, era el único capaz de sostener el peso de la guerra. Soldado nato por su épica tarea; táctico intuitivo de los montes y los cerros por sus combates contra la hacienda chúcará; baqueano prodigioso por sus constantes correrías diurnas y nocturnas tras el rodeo rugiente o la tropa indisciplinada; valeroso, sufrido, sobrio y tenaz por conformación étnica, psicológica y laboral, es el gaucho el artífice humilde y poderoso a la vez de la patria recién amanecida.

La respuesta de la ciudad a tanto heroico trajinar fué un documento de carácter teórico con el cual se creyó contemplar íntegramente la realidad nacional. Montevideo, separada primero de la campaña por las alabardas hispanas; centro luego de la oligarquía bonaerense; desestimada después como sede política por el Protector que desde el Hervidero regía sus provincias, aislada finalmente por el grillete luso-brasileño y siempre dissociada del turbulento escenario nativo por el espíritu europeo en ella imperante, redacta en la muelle placidez de las poltronas la Constitución de 1830.

No consideramos a esta Constitución —como hacen otros autores harto severamente— causante única de los males sobrevenidos durante su imperio. Tiene, eso sí, el valor de un síntoma. Del bifrontismo regional sólo contempla una faz: la ciudadanía. Centralista, abstracta, plasmada en moldes transatlánticos, la Constitución de 1830 no incorpora la dinámica del militar-caudillo y la estática de la estructura patriarcalista-pastoril al concierto patrio.

Es de rígida normatividad, de ciego apriorismo: en vez de inducir sus principios de los planteos autóctonos, en vez de tener su base más firme en las características sociales, económicas y mentales del país incipiente, aspira a disciplinar en rígidos cuadros foráneos un mundo convulso, de factura reciente, de aristas semibárbaras, sin otra cultura que el rezumo folklórico y sin otro movimiento que el ademán épico.

Iniciada la era de los presidentes constitucionales, el conflicto ciudad-campo no tarda en manifestarse. Puede decirse que todas las luchas civiles, pese a sus caracteres circunstanciales de hombres, intereses o divisas, se perfilan y definen teniendo como "basso continuo" el agrio encono entre lo telúrico y lo arquitectónico, entre lo biológico y lo legal, entre la tradición y el progreso, entre la autonomía y la jerarquía, entre la ciudad y el territorio.

Frente al Presidente de la República aparecen las recias figuras de los caudillos o los comandantes generales de la campaña. Y frente a la ciudad, la anticidad: la estancia del general rebelde o el campamento en marcha.

Oribe, presidente constitucional, en Montevideo; Rivera, comandante general de la campaña, en el Durazno. Resultado: revolución de Rivera. Los motivos, que no faltan, quedan aparte: el hecho objetivo está ahí, corroborando el antagonismo.

Durante la Guerra Grande, donde se invierten los papeles y es Oribe quien invade, se acentúan de manera inverosímil las diferencias entre ciudad y campo.

Se dan tres núcleos englobados respectivamente: el sitiado, el sitiador y el campesino.

Montevideo, cercada por Oribe, es un reducto cosmopolita. Quince mil europeos predominan cultural y etológicamente sobre once mil orientales. Los tres mil porteños emigrados, aristocráticos unitarios y sus familias, imprimen a las tertulias ciudadanas el aire lánguido del romanticismo europeo.

Rivera, el defensor terrígeno, el caudillo nato, es aislado primero y proscripto después por los políticos urbanos que lo disocian así de sus núcleos de gauchos y capitanes de patria adentro.

Ideológicamente, pese a la separación de la divisa, coinciden los sitiadores oribistas y los campesinos riveristas. La ciudad, por loables motivos sin duda, resiste a las fuerzas de Rosas y Oribe pero

proscribe a Rivera y así, indirectamente, menosprecia la colaboración de los caudillos interiores.

Y la tradición, el recelo por lo extranjero, la similitud mental y emocional y el cuño vernáculo homologan a los que rodean, en el primer círculo oribista, o en el segundo riverista, a la ciudad.

Luego de la Guerra Grande la familia oriental sigue desangrándose en tremendas querellas intestinas que epilogan siempre sangrientamente.

Y salvo contadas excepciones es el campo también el escenario de la lucha. La penillanura, el caballo y el alma insurgente del guerrillero criollo son los tres factores que encuentran en las cuchillas doloroso proscenio. Campo y ciudad continúan lidiando torvamente. Cuando Flores avanza sobre Montevideo, para detenerlo se le ofrece la Comandancia General de la Campaña, que es la presidencia rural y caudillesca del país.

En el año 1875 se produce un curioso fenómeno. La élite ciudadana de los dos partidos tradicionales coincide; las partes populares y por ende suburbanas y rurales de ambos partidos también coinciden... y se produce la hecatombe. Dice un diario de la época: "De un lado estaba cuanto Montevideo tiene de honorable y decente sin excepción de edad ni de orígenes políticos. Del otro, estaba una turba de gauchos asesinos y mal entrazados, venidos de todos los ámbitos de la República..." En desquite brevemente gozado la marea campesina arrasa con la ciudad. Pero aparecen Latorre y el cuartel, que se imponen sobre ambas.

La revolución de Aparicio Saravia en 1897 desemboca en una verdadera diarquía: Cuestas, presidente ciudadano en Montevideo; Saravia, jefe rural del partido blanco, en El Cordobés.

La misma situación se repite con el próximo presidente, Batlle y Ordóñez, pero la guerra civil de 1904 epiloga con la muerte del gran caudillo campesino en Masoller.

De 1904 en adelante el conflicto ciudad-campo deja de ser político y armado para continuar con sus facetas económicas, culturales y demográficas enfrentando a los dos ambientes.

A. Zum Felde, en su hermoso libro "Proceso Histórico del Uruguay", juzga con acierto la oposición armada entre ciudad y campo. "Esta es —dice— una oposición de intereses y de tendencias. El gaucho sabe por instinto que la ciudad es su enemiga: tiende a dominarlo y a suprimirlo. Todo lo que existe quiere subsistir; el instinto de conservación hace al gaucho hostil a los puebleros. La ciudad es europea por su cultura universitaria, por sus modas, costumbres y aspiraciones; en ella vive el comercio extranjero y está en contacto con Europa por el viajante, por el intercambio, por la imprenta. La ciudad es la civilización europea, establecida en América, dominando un punto del territorio y avanzando hacia el in-

terior por el comercio, por las vías férreas, por los alambrados, por los gringos, por las leyes. La campaña es la realidad americana, el señorío de las fuerzas, la raza autóctona, los elementos vírgenes y rudos del territorio, los factores de adaptación interna, la vida nacional en su primitividad imperiosa . . . ”

Actualmente, la ciudad de Montevideo es única en el mundo. Concentra en sus casco urbano y alrededores casi la mitad de los habitantes del país. Es, como casi todas las ciudades americanas, una ciudad tentacular. Imanada por Europa, tal cual Buenos Aires y Río de Janeiro, vuelca sobre la mansa escotadura del Plata, que dulcifica el rigor de las aguas atlánticas, su caudal de hombres, industrias y mercados. Centro político, sede del gobierno, asiento de la cultura superior, meollo de las líneas férreas y pistas carreteras, favorecida por una geografía propicia y por un sistema de rígido centralismo político hasta 1919, Montevideo es la meta soñada a la vez por el estanciero que se retira de su hacienda y por el humilde peón rural que ansía altos salarios. Hoy empero la ciudad comienza a contemplar al campo. Se remunera al productor y se aspira fijar el hombre a la tierra.

Fenómeno antiguo y fenómeno mundial a la vez. El campo y la ciudad, como dos polos magnéticos, imanando los vaivenes del alma colectiva, aparecen alternativamente requiriendo los afanes humanos: ya son las épocas de la ciudad que crece, del delirio por las luces, del óxodo rural, de la metropolarquía, de la megápolis; ya son las épocas de la ciudad congestionada, que siente pulsar en sus sienes el ritmo de la plétora y añora las verdes comarcas campesinas.

El ciclo centrífugo se ha cumplido. El ciclo que se inicia, el centrípeto, el del centro a la periferia, el de la forma a las esencias, es el que vivimos en estos días. No podemos enjuiciarlo porque la proximidad de los grandes y pequeños hechos impide la selección acertada de los mismos.

Sin embargo la antinomia nacional campo-ciudad, inmediata, viva y sustantiva, espera todavía el lente analítico del sociólogo y el ademán integral del historiador para entregar sus caracteres propios e intransferibles.

# ECONOMIA

---

## LOS TERRITORIOS NACIONALES

CADA VEZ QUE me preguntan acerca del programa económico para la Argentina tengo una respuesta inmediata: aumentar y diversificar la producción nacional. ¿Cómo? Aquí, naturalmente, la sencillez debe ceder su lugar a la complejidad, y la formulación de los procedimientos concretos para alcanzar una mayor producción agropecuaria sin perjuicio de nuestro desarrollo industrial ni de nuestra evolución minera requeriría una larga enunciación. La capitalización y el crédito necesarios, los equipos mecánicos, los planteles de técnicos y operarios especializados, el fomento de nuestro intercambio, el régimen impositivo, las obras públicas complementarias (agua, caminos, transportes, energía), son capítulos de la tenaz política económica que exige el cumplimiento de un plan de mayor producción. En ello está empeñado nuestro gobierno y cuenta con el concurso de todos los sectores responsables de nuestro país, de todos aquellos para quienes el interés nacional es superior a toda otra preocupación.

Si queremos que los propósitos de ordenamiento social que animan a nuestra Nación se consoliden en una justa fórmula económica, necesitamos que los límites de nuestra producción se eleven considerablemente. Esa elevación es también necesaria para el cumplimiento de nuestros deberes en el Sexto Continente y para la eficacia de nuestro esfuerzo solidario con las fuerzas de Occidente.

En el examen de los medios con que cuenta nuestro país para alcanzar dichos objetivos se ha pensado muchas veces en las posibilidades de un mejor aprovechamiento del territorio nacional, ya que es evidente que tanto la distribución de la población argentina cuanto las actividades económicas a que está dedicada no han sido la consecuencia de una adecuada política de población ni de una elección meditada, sino el resultado de una improvisación motivada por deficiencias de información y de medios.

Y en el curso de esas reflexiones se han dado muchas vueltas, naturalmente, en torno al tema de los territorios nacionales. Ahora el asunto es de actualidad.

Una reciente iniciativa del Poder Ejecutivo, tendiente a modificar el régimen institucional de los mismos, ha obligado al examen de la realidad social, política y económica de las enormes extensiones que aquéllos constituyen, que sin dejar de ser una inmensa reserva de nuestro futuro, for-

man un vigoroso presente, cuya contribución es de suma importancia en el esfuerzo nacional para consolidar nuestro progreso económico mediante la prosperidad y la independencia.

La sola mención de que nuestros territorios nacionales cubren el cuarenta y tres por ciento de la superficie de la patria nos da una idea de su significación, pero cuando añadimos que sobre ellos vive solamente el nueve por ciento de la población argentina, apreciamos cabalmente su desarrollo posible en cuanto sus magníficas virtualidades cuenten con el esfuerzo irremplazable del hombre. Bastará con que volvamos nuestra mirada a la dilatada Patagonia o que la elevemos a los territorios del norte para apreciar el aporte que ya hoy realizan a la vida argentina y para imaginar, sin el concurso de ninguna fantasía, todo lo que podemos esperar de sus innumerables fuentes de trabajo y de riqueza.

El Gobierno de la Confederación Argentina, celoso defensor de nuestra soberanía y vigilante guardián del desierto, creó las bases de la incorporación definitiva de las regiones territorianas a la vida argentina. Los gobiernos posteriores a la organización constitucional de la República consolidaron la conquista del desierto —magna obra civilizadora del Ejército Argentino— y con los nuevos elementos de la inmigración, la agricultura y los ferrocarriles organizaron las comunidades territorianas y crearon sus primeras instituciones. En 1895 vivían en los territorios nacionales 103.369 pobladores y el censo de 1947 consignó una población de 1.324.095 habitantes.

En los últimos años, y al ritmo de la creciente grandeza nacional, dieron los territorios un fuerte sacudón, y tanto las condiciones de sus modernas ciudades cuanto la explotación de sus áreas ganaderas, agrícolas, forestales y mineras tomaron un vigoroso impulso que la estadística registra. Los números son muy grandes pero las perspectivas son inmensamente mayores.

Los territorios nacionales son una extraordinaria invitación al esfuerzo argentino. Tierras de fronteras y de litoral, reclaman también, por razones nacionales, una presencia argentina más vigorosa.

Es muy difícil, en el espacio de una nota, reflejar todo cuanto son y pueden ser las extensas jurisdicciones federales de Formosa, Chaco, Misiones, La Pampa, Río Negro, Neuquén, Chubut y Santa Cruz, así como las gobernaciones Militar y Marítima de Comodoro Rivadavia y Tierra del Fuego.

En rápida síntesis diremos que la riqueza forestal que ha hecho legendario al Chaco, el petróleo que ha dado nacimiento a Comodoro Rivadavia, la yerba mate cuya sola mención evoca a Misiones, las lanas multiplicadas de Santa Cruz y Tierra del Fuego, la fuerte concentración agrícola del valle del Río Negro, el oro blanco del algodón chaqueño y también formoseño, la cuenca del Río Turbio, el litoral pesquero del Chubut, el área ganadera de La Pampa y el turismo de los lagos sureños, con tener una significación tan notoria en la economía argentina en la medida que algunas de dichas fuentes de riqueza cubren prácticamente el rubro correspon-

diente del conjunto nacional, casi no son ya en el presente y lo serán cada vez menos en el futuro, los aspectos más importantes de la actividad de los respectivos territorios.

Ello ocurre porque junto con la producción primaria se han ido desarrollando las manufacturas que, por exigencia de su difusión, concentran hombres, suscitan nuevas explotaciones, aceleran el desarrollo de las fuentes energéticas y, como resultado de todo ello, promoverán una multiforme actividad económica en tierras en las cuales, hace cincuenta años, la empresa era siempre una aventura.

Las siguientes cifras nos darán una idea de cómo se han multiplicado las unidades fabriles: Chaco: 1.626 establecimientos industriales; Misiones: 1.309; Río Negro: 1.142; La Pampa: 1.494; Neuquén: 288; Formosa: 268; Chubut: 265; Comodoro Rivadavia: 260; Santa Cruz: 222; Tierra del Fuego: 37.

Al mismo tiempo los nuevos cultivos en el norte, por ejemplo el té y el tung en Misiones, como las exploraciones mineras en el sur, no son sino la expresión de la amplitud que pueden tener los programas económicos a cumplirse en los límites territorianos.

No podemos dejar de decir que un obstáculo queda todavía en pie: el régimen de la tierra pública, la inmensa riqueza inmobiliaria de los argentinos todavía no incorporada en plenitud jurídica y económica al trabajo nacional. No es culpa de los funcionarios, celosos de sus funciones y de su responsabilidad. Se trata de un complicado expediente que ha heredado infinito número de vacilaciones, de reformas, de errores y también de obscuras maniobras. Hace falta un acto de voluntad, de férrea voluntad que asegure un procedimiento eficaz de colonización. Hay que dar la tierra en propiedad a quienes tengan aptitud para trabajarla. El ordenamiento de la tierra pública debe realizarse sobre el terreno, con la intervención de las autoridades locales, y claramente, con conocimiento de todos los pobladores y de todos los que quieran serlo.

Para facilitar el desarrollo económico de los territorios nacionales se cumple en ellos un vasto plan de obras públicas, se incrementa la actividad de los organismos públicos de fomento y de crédito y se estudia un paulatino perfeccionamiento administrativo e institucional. Es mucho el esfuerzo oficial y es de esperar que alcance todos sus propósitos. Las poblaciones requieren naturalmente el mejoramiento de los caminos, la realización de importantes obras hidráulicas, el perfeccionamiento de servicios portuarios, etc. El estado cumplirá su deber. El lunar de la tierra pública esperamos que pronto deje de ser un problema.

Es importante requerir, en cambio, que los argentinos cumplan con el deber de trabajar cada día más. Abierta está la larga y ancha extensión territorial. Es necesario conquistarla ahora con el trabajo, como en el siglo pasado fué conquistada por nuestros abuelos con las armas.

BASILIO SERRANO

## TECNICA Y ECONOMIA

LA DIRECCIÓN de las cuestiones económicas de nuestro país destaca, en los últimos tiempos, aspectos que estimamos conveniente señalar a la consideración de los estudiosos, porque de ellos podría surgir la necesidad de un nuevo enfoque sobre los problemas de fondo que tienen relación con aquéllas.

La ley de creación del Instituto Ganadero, la de administración de la tierra pública, la de reforestación y la resolución por la cual se delimitaron las zonas marginales para cultivos agrícolas, nos demuestran que el manejo de la economía argentina ha pasado del período de los empíricos al de los técnicos.

Mientras nuestro país aceptaba, no sin cierto orgullo, el título de "granero del mundo" nadie se había preocupado por determinar qué cosas se podían sembrar en cada zona. ¿Para qué? ¡Allá el agricultor que fuera tan torpe —o tan tonto— como para derramar su sudor donde la tierra no fuera apta!

Otro tanto podría decirse con respecto a las explotaciones forestales, en particular la industria del tanino, que es producto de exportación y, por ende, fuente de divisas, acerca de la cual se acaba de decir en el extranjero que a no mediar la reciente ley de reforestación, el quebracho era una especie destinada a desaparecer de nuestros bosques.

¿Y qué decir de la ganadería? Circunscripta su producción a un

determinado mercado y tipo de calidad, "la mejor carne del mundo", que, salvo para un solo país, era cosa de leyenda en los demás, había llegado a constituirse en un arma de exacción para el nuestro, ya que el comprador —por concedernos el insigne honor de comer los "jugosos bifés de las pampas"— cada año, antes de firmar el contrato de adquisición arrancaba jirones al honor nacional.

Todas estas medidas que comentamos sucintamente tienen un firme y preciso sentido técnico. Pero cabría preguntarse: ¿Qué es la técnica en materia económica? Hay una sola respuesta que, tal vez, no sea lo correctamente científica que sería de desear, y es: prever.

Las últimas medidas de ordenamiento en materia de producción agropecuaria, emanadas de las actuales autoridades del Ministerio de Economía de la Nación, encuadran dentro de la premisa que dejamos sentada. Surge de ellas un sano y marcado propósito de poner orden en la explotación de las riquezas primarias de la Nación y también de que las tareas de producción se realicen en forma orgánica e intensiva.

Como ensayo, a todas luces ponderable, realizado en un país que creía tener una producción asentada sobre bases sólidas, entendemos que debe merecer el interés de los estudiosos.

# REVISIONISMO

## RICARDO ROJAS Y EL SABLE DE SAN MARTÍN

LO ESENCIAL de los dos extensos artículos acerca del legado del sable de San Martín a Rosas publicados en "La Nación" y "La Prensa" del 13 de agosto último por Ricardo Rojas, puede reducirse a lo siguiente<sup>1</sup>: "Creo haber traído al antiguo debate un criterio nuevo, con unos documentos mediante los cuales se prueba que Rosas, para salvarse en 1851, pidió la intervención del gobierno británico, meses después de haber fallecido San Martín. No es aventurado pensar hoy que si San Martín hubiera podido saber eso que ahora sabemos nosotros, habría debido redactar nuevamente la cláusula tercera de su testamento, puesto que fundó su legado en la resistencia que Rosas opuso a las intervenciones extranjeras" ("La Nación", 13/VIII/50).

¿Cuáles son esos documentos, cuya importancia es tan grande que hubieran hecho variar de criterio a San Martín? En última instancia se reducen a uno solo: un informe confidencial de Herrera y Obes a Garzón, según el cual la circular de Urquiza, comunicando su pronunciamiento, se publicó en el "Times" el mismo día en que Lord Palmerston se ocupaba "de una nota de Mr. Southern en que a nombre de Rosas pedía la intervención inglesa para impedir la invasión del Ejército Imperial".

¿Dónde está la prueba? ¿Dónde la nota de Southern? No aparece por

<sup>1</sup> Nos referimos aquí a lo que puede calificarse de *novedad* en los artículos mencionados. Lo demás lo constituye un conjunto de errores cien veces rebatidos por el revisionismo. Un caso para muestra:

Afirma Ricardo Rojas que "San Martín guardó silencio sobre la política interior" de Rosas. Hay por lo menos cinco cartas del Libertador, repetidas veces publicadas, en que se expresan conceptos favorables a la política interior de Rosas; y otras tantas en que se habla desfavorablemente de sus enemigos.

Afirma que los actuales revisionistas "entreveran la política interna con la política internacional", cuando quienes la entreveraron fueron los unitarios al unirse a los extranjeros, sin la más mínima culpa de los actuales revisionistas.

Afirma que "a favor de esa confusión se pretende solidarizar a ambos personajes" y añade que se trata de una "convergencia absurda, porque la tradición nacional llama a uno el Libertador y a otro el Tirano". Olvida que el propio San Martín, en carta al general Guido (1-II-1834), expresa que "no será el hijo de mi madre el que vaya a gozar de los beneficios que ella proporciona (la libertad), hasta que no vea establecido un gobierno que los *demagogos* llamen *tirano* y me proteja contra los bienes que me brinda la actual libertad... y concluyo diciendo que el hombre que establezca el orden en nuestra patria, sean cuales sean los medios que para ello emplee, es el solo que merecerá el noble título de su *libertador*". He aquí cómo el propio San Martín, previendo ya el segundo gobierno de Rosas, lo incluyó entre los *libertadores*. ¿No habría incluido a don Ricardo Rojas entre los *demagogos*? Al menos, entre los demagogos de la Historia, porque no otra cosa es ensartar una serie de inexactitudes y sofismas en dos periódicos de gran circulación que no admiten en sus páginas la polémica en lo que a Rosas respecta. Así se formó la "tradición nacional" antirrosista y así se pretende ahora apuntalarla, para que no se derrumbe del todo.

ninguna parte. Sólo tenemos que atenernos a *lo que dice* Herrera y Obes. Pero lo que dice es mucho menos que lo que *no dice* Ricardo Rojas.

No dice, por ejemplo, que la intervención inglesa se produjo en 1851, no a solicitud de Rosas, sino por iniciativa de la propia Inglaterra, quien invocó el tratado de paz argentino-brasileño de 1828, del que fué mediadora y por el cual las partes contratantes se habían comprometido (con anterioridad a Rosas) a no recomenzar las hostilidades sin dar cuenta con seis meses de anticipación a la otra parte y a la potencia mediadora. Como en 1851 las relaciones entre Argentina y Brasil fuesen muy tensas, Inglaterra les recordó esa cláusula y ofreció su mediación. Rosas la aceptó y dió por comenzado el plazo de seis meses, pero reservando al gobierno argentino, "en honra del Estado que preside, indicar al gobierno de Su Majestad la época en que la mediación pueda empezar sus buenos oficios, que será aquella en que la República Argentina y su aliada (la República Oriental) demuestren al Gobierno Brasileño que no es dable ofender impunemente a dos Naciones amantes de su Independencia, de su integridad y de su gloria"<sup>2</sup>. Brasil, en cambio, "había rehusado la interposición amistosa de Gran Bretaña, que todavía en noviembre ofreció el ministro Southern por orden de Lord Palmerston para evitar la guerra entre el Imperio y la Confederación"<sup>3</sup>.

Ante esa negativa de Brasil, nada tendría de extraño que Southern se hubiera dirigido a Palmerston reclamando una intervención más enérgica de Inglaterra, cuyo prestigio quedaba afectado por la negativa de una de las partes contratantes a cumplir una cláusula de la que la nación mediadora era, en cierto modo, garante. Pero que ese reclamo haya sido hecho *en nombre de Rosas* corre por exclusiva cuenta de los señores Herrera y Obes y Ricardo Rojas. Mientras éste no demuestre que aquél dijo la verdad preferimos atenernos a los términos enérgicos en que Rosas, lejos de solicitar ayuda, rechaza el comienzo inmediato de la mediación inglesa hasta que el honor nacional quede perfectamente asegurado.

No obstante, aun suponiendo por un momento que Herrera y Obes tuviese razón y que Rosas hubiese solicitado la intervención británica ¿bastaría ello para deshonrarlo hasta el punto de hacerlo indigno del sable de San Martín? Una intervención extranjera es perjudicial, y es ignominioso solicitarla o unirse a ella, cuando atenta contra la soberanía de la nación, como lo hacían las de Francia e Inglaterra durante los años 1838 a 1850. Pero si esa intervención se solicita en defensa de la soberanía, frente a una agresión extranjera, puede ser un acto de buen gobierno. ¿Desde cuándo buscar alianzas con naciones amigas es un crimen de lesa patria? ¿Y no era Inglaterra una nación amiga desde el año 1849, en que la Convención Arana-Southern le había enseñado a respetar a la Argentina, obligándola a reconocer sus derechos y a saludar su bandera con una salva de veintiún cañonazos?

Lo cierto es que la intervención militar inglesa no se produjo. Herrera

<sup>2</sup> Apéndice al N° 26 del *Archivo Americano*, pág. 27.

<sup>3</sup> Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, t. V., pág. 282.

## REVISIONISMO

y Obes lo atribuye a un cambio de política del gobierno británico, decidido primero a sostener la administración de Rosas "como la única capaz de garantías de orden y estabilidad", y resuelto luego, ante el pronunciamiento de Urquiza, a que "cesase" el gobierno de Rosas. Ello no probaría otra cosa sino la falta de fundamento de la insistente pretensión de Ricardo Rojas en hacer del Restaurador algo así como el niño mimado de Inglaterra, sostenido en el gobierno mediante una curiosa protección bélica manifestada en amables bloqueos y cariñosos combates. Esa protección, o intención de proteger, que de haber existido en 1851 no se habría debido a ninguna concesión de Rosas sino a que su administración era *la única capaz de garantías de orden y estabilidad*, no debió asentarse sobre bases muy sólidas, pues bastó que fuese necesario hacerla efectiva para que dejase de existir. ¿No habrá sido acaso que con el nuevo giro que tomaban los acontecimientos, Inglaterra habrá visto la oportunidad de conseguir de la Argentina, con el triunfo de Urquiza, lo que no había logrado obtener en cuatro años de guerra contra Rosas? De que así fué, la Historia es testigo <sup>4</sup>.

San Martín, que juzgaba *hechos* y no supuestas negociaciones o intenciones, con un criterio más patriótico y objetivo que el de Ricardo Rojas, comprendió plenamente la grandeza del Restaurador y su enérgica defensa de la soberanía argentina. Estuvo "bien tranquilo en cuanto a las exigencias injustas... porque todas ellas se estrellarán contra la firmeza de nuestro Don Juan Manuel". Temió más bien "no tirase demasiado de la cuerda en las negociaciones seguidas, cuando se trataba del honor nacional". Nada de lo ocurrido en 1851 le hubiera suministrado elementos para modificar su juicio, ni siquiera el cotillón bailado en Palermo por los representantes extranjeros, porque San Martín, que era un caballero, sabía perfectamente que una cosa es la amistad personal de Rosas con los señores Le Predour, Mandeville o Southern y otra las relaciones de la Argentina con Francia e Inglaterra. Tal vez de otro modo marcharía el mundo si los conflictos entre las naciones dejaran al menos intacta la cortesía entre los hombres.

Lo que hubiese apenado al Libertador si hubiera vivido después de 1850 es el que aún quedasen argentinos "que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar su patria", el ver desfilar banderas extranjeras victoriosas por las calles de Buenos Aires y el contemplar vencido, vilipendiado y calumniado a aquel ilustre compatriota a quien deseó "que al terminar su vida pública fuese colmado del justo reconocimiento de todo argentino". Y no es aventurado conjeturar que lo hubiese recibido, allá en Europa, con un cariñoso abrazo y que, para compensar la ingratitud de sus conciudadanos, de la que él también había sido víctima, le hubiese entregado personalmente, en sus propias manos, el glorioso sable de Chacabuco y Maipo.

ALBERTO EZCURRA MEDRANO

<sup>4</sup> Cfr Julio y Rodolfo Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico*; José María Rosa (h), *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*.

# RITMO DE AMERICA

---

## En Brasil: *Plan en el mar*

A MEDIADOS de mes visitó EE. UU. el almirante Flavio de Medeiros, jefe de Estado Mayor de la armada, invitado por el almirante de la flota norteamericana Forrest Sherman.

El comentario corriente relaciona el viaje con el anuncio de un plan de cooperación naval brasileño-yanqui. Este plan es el tercero de los que se mencionan como expresión de la ayuda estadounidense, el presente año.

En mayo se habló de un plan de convertir al Brasil en potencia aérea mundial. En julio tuvo publicidad el plan S. A. L. T. E. para incremento del nivel de vida. Ahora preocupa el de cooperación naval, que se supone consideraron los dos almirantes.

## En Bolivia: *Dinamitazos*

Un explosivo, que se supone dinamita, estalló en la residencia del ministro de RREE, a mediados de mes. No produjo víctimas personales, pero alarmó al vecindario y causó algunos desperfectos en la mansión ministerial.

Otro petardo hizo explosión en el automóvil de un funcionario diplomático chileno, provocando el incendio del vehículo. Tampoco hubo desgracias personales.

El público interpreta los atentados como fruto del estado colectivo de ánimo, que reacciona ante las revelaciones sobre un posible trueque de territorio chileno por aguas del lago Titicaca.

## En Chile: *Lucha religiosa*

El interés público se halla pendiente de la actitud que asumirá el presidente González Videla ante la ley de enseñanza religiosa en las escuelas del Estado, ley que la mayoría parlamentaria aprobó como una medida para reducir la indisciplina social.

La oposición a la ley en los círculos radicales hace pensar que el presidente se decida por el veto. Es idea general que González Videla debe virar hacia la izquierda por la proximidad de las elecciones. El veto de la ley en cuestión le devolvería —se supone— la confianza del descorazonado partido radical y el insatisfecho partido socialista.

## En Colombia: *Pago en dólares*

Para este mes pronostica la oficina de control de cambios que el país se pondrá al día en sus pagos de moneda norteamericana. Por mayo, quedaba todavía un saldo de \$us. 60 millones impagos, pero en agosto no restaban sino 32. El ritmo de la amortización permite supuestos optimistas.

Se autorizó por lo tanto la entrega de cuotas de dólares a los importadores, por una suma global de \$us. 110 millones, para compra de productos extranjeros durante el primer trimestre del año fiscal.

Colombia ofrece tal testimonio de solvencia, ante una insistente campaña periodística exterior contra la política gubernamental, criticada so-

bre todo por diarios de las grandes finanzas extranjeras.

### En Cuba: *Contrabando antitextil*

Como carga de manufactura de vidrio, avaluada en mil dólares, ingresó en el país un lote de tejidos finos con 60 veces más de valor. El contrabando fué descubierto, pero se descubrió además que este modo de importación de productos textiles norteamericanos tiene larga fecha y magnitud mayor.

El gobierno hizo formal acusación a ciertos importadores extranjeros, vinculados al comercio de La Habana. El embajador cubano en Washington, Carlos Miguel Machado, hizo pública la queja de su gobierno, deplorando que "inescrupulosos exportadores, mediante falsas declaraciones", internan a Cuba tal cantidad de productos, "que ponen en peligro la industria textil del país".

### En EE.UU.: *Armas y dólares*

Se elabora un plan para estudio del presidente Truman, con miras a unificar todos los medios de la ayuda exterior, encargándolos a una sola suprema agencia de EE. UU. que actúe en todas las latitudes del mundo.

Ayuda en dólares o en armamentos o en personal técnico se incluirán como sujeto de acción de dicha agencia, que incorporaría a su dominio los fondos y atribuciones del Plan Marshall, la atención militar del Pacto del Atlántico y el programa del Punto IV (ayuda a países pobres y atrasados).

Este Punto IV comprende la ayuda potencial a la América Latina.

La agencia única decidiría la conducta de los órganos de auxilio financiero: Banco de Exportación e Importación, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional.

### En Ecuador: *Por los caminos*

Una firma yanqui, Johnson, Drake and Piper, especializada en viabilidad, firma contrato con el gobier-

no para tener a su cargo, durante dos años, el cuidado de las carreteras nacionales, por \$us. 105.000, supervigilando además la ejecución del programa oficial para mantenimiento mecanizado de caminos.

Johnson, Drake and Piper ayudará además al gobierno en la negociación de equipos de construcción vial por valor de \$us. 1.500.000 que Ecuador obtuvo en préstamo del Banco de Exportación e Importación.

### En México: *Con América Central*

El país tiene suscritos convenios de comercio por valor de \$us. 100 millones con Inglaterra, Francia, Alemania O., Italia, Suiza, Holanda, Bélgica, a base de compensaciones en las respectivas monedas, mediante intercambio de productos. México proporciona materias primas, y los europeos, manufacturas, equipo industrial, máquinas, etc.

Ahora se propone formalizar iguales convenios con los países de América Central, buscando compensaciones monetarias nacionales a base de intercambio de productos.

La variante con Europa es que México proporcionará manufactura a la América Central, y ésta, materia prima a México.

### En Haiti: *500 candidatos*

Por primera vez debe elegirse (octubre 8) presidente por voto directo. Antes lo hacía el congreso. Como candidato figura únicamente el coronel Paul Magliore, hasta hace poco presidente de la junta de gobierno.

Por este candidato presidencial único, hay 500 candidatos a legisladores, para constituir la asamblea constituyente que dictará la nueva carta orgánica en un plazo de 30 días fatales.

### En Guatemala: *Menos bananas*

La United Fruit Co., monopolio mundial de fruta considera en el

primer semestre del año una reducción casi del 50 % de las exportaciones de bananas, respecto de 1948. Se pronostica el descenso a 7.500.000 de piezas en la cifra anual exportada, contra 9 millones, el año 48.

Tormentas y huracanes —dice la United Fruit— destruyeron casi 3 millones de racimos de banano.

Como se sabe, la compañía sostiene un pleito con el gobierno y ha reducido voluntariamente sus medios de transporte de fruta, en acto de hostilidad a las autoridades nacionales.

### En Panamá: *Fusión de deudas*

El Ministerio de Hacienda firmó convenio con los neoyorquinos Lehman Bros, para la venta de bonos por valor de \$us. 10.500.000, con interés del 3 %, a efectos de unificar las deudas panameñas en EE. UU.

El jefe de la oposición, Daniel Crespo, telefoneó anteriormente a Lehman Bros pidiéndole posponer la firma del convenio hasta que se realizara una seria investigación, a fin de "no poner en peligro" a los tenedores de bonos en los EE. UU.

El gobierno cubrió al parecer todas las seguridades pedidas por los consignatarios, quedando la demanda del jefe opositor (liberal) sin efecto.

### En Perú: *Nueva economía*

A base de estudios de la misión Klein que trabajó hasta noviembre del pasado año se comienza a poner en práctica medidas económicas concordantes con la realidad peruana en población, producción agrícola, transportes, minas, régimen de bancos, etc.

En esquema, la nueva economía peruana se propone: eliminar los residuos de importación innecesaria; suspender los subsidios a la producción o importación de productos alimenticios; compensar el alza del costo de la vida, mediante elevación de salarios; estimular la pro-

ducción destinada a exportaciones; negociar convenios extranjeros, asegurando mercados.

### En Salvador: *Presidente afortunado*

Se posesiona del poder constitucionalmente el nuevo mandatario, coronel Osorio, bajo signos afortunados. El país no tiene deuda interna; su deuda externa sólo es de 9 millones de dólares, con servicios pagos al día, y con un superávit del presupuesto suficiente para cancelar de golpe el total de la deuda exterior.

Osorio puso en libertad al ex presidente Castaneda Castro, preso desde el día de su derrocamiento, en diciembre de 1948. Por su parecido físico con éste, se comentaba que Osorio fuera hijo de Castaneda Castro. Cuando el jovial y nuevo presidente lo supo, dijo: "Es que todos los indios somos parecidos".

### En Uruguay: *Solidaridad*

Las no atendidas demandas de los trabajadores metalúrgicos motivaron una huelga cuyas consecuencias más notables fueron otras demostraciones de la clase obrera.

A mediados del mes prodújose un paro de 100.000 trabajadores durante 24 horas, en acto de solidaridad con los huelguistas. Varios miles de obreros hicieron demostración pública en amparo de los metalúrgicos, recorriendo diferentes calles de la capital, Montevideo.

Fracciones comunistas demostraron materialmente su hostilidad a EE. UU. con actos inamistosos frente al local de la embajada norteamericana.

### En Venezuela: *De Colombia a Brasil*

Para 10 años de trabajo se estima la construcción de la gran red

caminera que proyecta el gobierno —y en parte hace— con vistas a estructurar un sistema efectivo de incremento económico nacional.

Caracas y San Antonio del Táchira (frontera colombiana) serán unidos por la carretera panamericana, a través de 870 kms., y de

Caracas a Santa Elena del Guairén (frontera brasileña) se construye la continuación oriental de esa vía.

Es el espinazo vial de la nación y sobre él empalman los demás caminos de las regiones productivas, en busca de los centros de consumo y exportación.

# TEATRO

---



## NUEVA CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LOS PROBLEMAS DEL TEATRO

EN EL ESTUDIO anterior llegamos a la conclusión de que el teatro no satisface ya las nuevas apetencias de nuestra psique colectiva; que ya no es la expresión intelectual, espiritual y plástica de la *psijé touí pantós*, del alma total de nuestro tiempo. Y, que esta expresión la ha asumido maravillosamente el cinematógrafo.

Tal afirmación es necesario demostrarla —analizándola todo lo minuciosamente posible—, pues es notorio (y ya fué demostrado en el anterior ensayo) que el teatro actual está también inspirado y orientado por la psicología en sus más audaces hipótesis y menudos hallazgos, como lo demuestran las obras de Pirandello, O'Neill, García Lorca, Crommelynck, Lenormand y otros. Pero hay que advertir, ante todo, que la "problemática" pirandelliana es más especulativa y filosófica que psicológica, como se evidencia en su primer éxito con el drama "por hacer" *Seis personajes en busca de autor*. Sus problemas buscan afanosamente la vía intelectual, planteándolos el autor con la máxima eficacia demostrativa y lógica; porque esos problemas dramáticos no se presentan nunca con inmediata evidencia psicológica. Los seis personajes o en-

tes psíquicos del drama de Pirandello deben discutir largamente con los actores que han de personificarlos —esto es, con el mismo público— para hacerles "entender" que ellos son también una realidad —la verdadera realidad—, de la que los intérpretes (seres reales) sólo pueden ser imperfectas máscaras. Este problema tan sutil, pero casi tan viejo como la filosofía, no lo capta el espectador psicológicamente, con evidencia inmediata; sino que, antes, ha de "entenderlo", tras cierta elaboración mental. Los seis personajes, después de aparecer en escena, necesitan convencernos de su realidad.

Los problemas y personajes dramáticos de Eugenio O'Neill tienen más evidencia psicológica y, por lo tanto, menos necesidad lógica. Las visiones del negro Jones en la selva (*El Emperador Jones*), por ejemplo, se producen como las verdaderas alucinaciones; el juego tan expresivo de las máscaras en *El gran dios Brown* recuerda a todo espectador la verdad llena de misterio del doble rostro de las imágenes de los sueños. Pero nótese también que las máscaras en O'Neill son un mero símbolo de otra realidad psicológica, oculta, que el espectador necesita "entender" primeramente, y

después interpretar. Y como toda representación material de "algo" inmaterial, esos símbolos carecen de evidencia psicológica, no son inteligibles por sí mismos, sino que "representan" un sentido oculto, inexpresable; sentido que, al revelarse, suscita en cada alma un conocimiento de sí misma que sólo es posible en esa forma.

El doble rostro de la imagen de un sueño —que sería, teatralmente, el rostro y su máscara— no necesita ser interpretado por el durmiente; tiene sentido en sí mismo, con profunda y total evidencia. En cambio, el sentido psicológico de la máscara en los dramas de O'Neill, si no es captado inmediata e intelectivamente por el espectador, todo el drama pierde su significación, convirtiéndose en una arbitraria mascarada.

Todo esto es difícilmente entendido —y mucho menos gustado— por las masas populares sin las cuales no existe verdadero espectáculo. El espectador de nuestros días —culto o ignorante— siente cada vez más ciertas apetencias y curiosidades psicológicas. Porque los medios expresivos más populares —por los que llegan a las masas todas las manifestaciones de las artes— esto es el cinematógrafo y la radiotelefonía, son formas psicológicas y por lo mismo expresiones del alma.

El progresivo abandono popular del teatro es correlativo al desdén creciente que los autores dramáticos puros demuestran por las masas espectadoras, a las que culpan de incultura e incompreensión. Los autores dramáticos advierten que en todas las grandes ciudades son demolidos los viejos teatros de bri-

llante historia artística, para levantar en su lugar lujosos cinematógrafos. Esas salas fastuosas se llenan de multitudes que contemplan gozosas las proyecciones cinematográficas generalmente anodinas y, a veces, rayanas en lo estúpido. En cambio el teatro —que ha venido educando y deleitando milenariamente a los pueblos— sólo cuenta con minorías selectas cada vez más reducidas.

Esta predilección de las multitudes por el cinematógrafo la atribuyen los autores dramáticos —recordemos el patético lamento de Lenormand en *El crepúsculo del teatro*— a la barbarización de las juventudes actuales. El fenómeno enunciado es exactísimo —la lenta agonía del teatro en su forma tradicional— pero su origen y explicación son muy distintos, a mi juicio. Las masas populares de nuestras cultísimas metrópolis entienden totalmente cualquier obra dramática —antigua o moderna— y perciben su contenido intelectual, artístico y espiritual. Pero acontece que esas multitudes ya no gustan ahora del teatro; perciben en él un "no se qué" de arcaico. Las más bellas obras dramáticas —como dije al principio— dejan insatisfechas las apetencias e inquietudes del alma colectiva. El alma de la masa se siente incómoda, sofocada y prisionera en los estrechos límites de la plástica teatral y las perspectivas de telas pintadas; y como ya tiene la experiencia del cielo, la tierra, y los siglos —el espacio y el tiempo sin límites— que el cinematógrafo le ofrece, el alma colectiva no se siente ya expresada en el teatro.

JOAQUÍN LINARES

## CRONICA

KATHERINE DUNHAM

EL FUTURO DEL negro en el arte no es tal, es riguroso presente, y mucho más real de lo que casi todos los racistas creen. Viendo a Kathe-

rine Dunham recuerdo aquella "Cosa sucede" de Bernard Shaw, en la cual un mundo sin nacionalismos es regido por una mujer, y negra. Pero por ahora estamos en una realidad artística del negro que, a tra-

vés de esta mujer verdaderamente genial, nos trae una forma nueva de baile con categoría universal, una cristalización de la fuerza creadora de su raza, y una síntesis nueva de baile, canto, danza y voz humana sin palabras.

Sólo asistí a su representación de "Rapsodia Caribe", "L'Agua" y una síntesis de la creación musical del negro en Norteamérica, y, aunque parcialmente, pude admirar sus méritos artísticos, que son de excepción. Katherine Dunham recopiló con criterio de antropóloga la música de su gente en casi todas sus comunidades humanas, recogió también sus ritmos y sus bailes; a todo ello sumó su genio personal, y así obtuvo un espectáculo que es a la vez popular y culto, particular y universal. Un procedimiento, por lo demás, corriente en todas las formas del arte, sólo que a través de ella lo negro, como espectáculo dramático, se transforma en un gran arte.

Naturalmente, hay elementos de afuera. Los bailarines conocen el ballet de Occidente y el baile profundo, exacto y esencial de Oriente. La técnica orquestal tampoco es propia en la mayoría de los casos, y, por lo demás, lo más flojo del espectáculo. Pero con todo lo de afuera, esta mujer realiza una gran transmutación y crea otro compartimiento del arte dramático.

En el espectáculo que presencié, la intención didáctica es evidente. Hay una síntesis de todo lo que ha creado el negro: en Cuba, en Brasil, en África, en las Antillas y en Norteamérica.

Está lo sagrado y lo profano moviéndose a través de la cuerda de lo instintivo sexual con tal fuerza que aquí sí comprendemos por qué la antropología clásica, a partir de Spencer, deriva el sentimiento religioso del sexo (amor a la vida) y del miedo (temor de la muerte). El conjunto, como en la danza oriental, baila con mucho más que una técnica o una personalidad artística; baila con la raíz de su hu-

manidad y de su raza. Aquí sí podemos decir que para estos hombres y mujeres la danza es una irresistible imposición de su esencia vital.

\*

### ANFITRION 38

El Instituto de Arte Moderno ha inaugurado su teatro con el estreno de "Anfitrión 38" de Jean Giraudoux en traducción de Amparo Albajar.

Sobre el tema mitológico del nacimiento de Hércules, la antigüedad tejió el mito que el teatro antiguo y el moderno dramatizaron. Yo recuerdo otros dos Anfitriones: El de Plauto y el de Molière. En el suyo, Plauto crea un personaje que luego queda fijado en el idioma con el sentido que le diera su autor: Sosías. Molière, impulsado a escribir la obra —según parece— por razones cortesanas, construye una divertida comedia que epiloga con un final convencional: Anfitrión es un mortal feliz a quien su deshonra honra. Aclaremos que Júpiter es Luis XIV, y que, en la última escena, aparece rutilante, con todas las galas con que lo representaban sus contemporáneos. Giraudoux retoma el tema y construye una maravillosa pieza de teatro crítico racionalista del siglo XX.

A través de la anécdota de la simple-astuta Alcmene, y en un ambiente de graciosa poesía, se desliza una concepción dolorida y angustiada de la existencia. Las preguntas sin respuesta se le presentan a Alcmene constantemente: a través de su subconsciente de esposa fiel, a través del insoluble problema del Dios racional, a través de las engañosas respuestas del eco. Sin embargo Alcmene logrará su objetivo permanente: ser feliz. Esto gracias a su firmeza, y su firmeza a cambio de su insensibilidad, de su simpleza absoluta, de una natural ausencia de sentido crítico y de su acomodamiento a un contorno humano insignificante.

Y el mundo de la princesa Alcmena está hecho a su medida: paz y guerra a través de "slogans", milagros y muchedumbres producidos por el imponderable poder de la propaganda y la superstición. Y un Dios fatigado y arrepentido de su defectuosa creación.

El teatro de Giraudoux es un teatro para muy pocos. Aun cuando muchos recursos nos recuerdan el teatro de Aristófanes, no es un teatro "para la masa", si es que así se puede hablar. El público "masa" y el actor más o menos afortunadamente sacado de la masa tienen que fracasar aquí. Por eso a la representación del I. A. M. no se le puede exigir mucho más de lo que dió, que es, en conjunto, discreto.

Luis Tito, actor brasileño que también dirigió el espectáculo, creó un Júpiter muy bueno. Su gracia transmite la sutil angustia de toda la pieza.

Falta una verdadera armonía en la actuación del conjunto. Pero este es un defecto que muy difícilmente puede salvarse en un país donde no existe tradición de gran teatro.

Renée Dumas, Mario Chaves, Julio Vier, Joaquín Cueto y Luisa Montero, discretos en los papeles de Alcmena, Anfitrión, Mercurio, Sosías y Leda respectivamente. La escenografía y el vestuario, ambos de Saulo Benavente, merecen especial elogio.

\*

### LA MUERTE DE UN VIAJANTE

La obra de Arthur Miller que interpretó y dirigió Narciso Ibáñez Menta en traducción de Manuel Barberá es una gran pieza de teatro realista norteamericano.

Personalmente no estimo en mucho el género. Recoger los parlamentos de todos los días, sin la sutil elaboración de la poesía, es la mitad del camino en arte. Pero Miller consigue una maravilla de emoción y de estremecimiento en un contor-

no humano mezquino. ¿Qué es todo? Todo no es mucho. Un viajante de comercio gastado y deslucido por los años es despedido por su patrón cuando su voluntad ya no puede intentar ninguna empresa. Su gente y dos vecinos son los únicos espectadores de este fantasioso de latón dorado que tiraniza a la mujer y arruina moralmente a un hijo. Willy Loman vive de recuerdos y también de imaginarias situaciones con su hermano Ben, el hombre fuerte de reloj en mano, el que entró en la selva a los diecisiete años y salió a los veintiuno, rico. Y el pobre Willy se prende de cada una de sus últimas posibilidades, se llamen éstas mentiras, alucinaciones, vanidad, recuerdos. Antes de su suicidio de viajante, antes de destruirse con el autor, hace, por sí mismo, con un sentido nuevo, algo hermoso y también nuevo para su vida de enmarañado propagandista de los dineros de los otros: a la luz de la luna siembra su huertecito, en la tierra que siempre responde con la alegría y la fuerza.

Todos en la pieza tienen un solo Dios: el gran éxito en la vida, y el tío Ben es como el Pontífice Máximo de esta desgraciada religión. Una obra también social, de pintura de una época entusiasta y vacua. Pero lo social nunca desluce el verdadero nervio íntimo de los personajes.

La realización escénica de Miller es extraordinaria: su realismo objetivo lo lleva a concretar el mundo de los pensamientos con una técnica que podrá ser ejemplar en el futuro del teatro. Es la intención de "Extraño Interludio" objetivada con felicidad.

Narciso Ibáñez Menta, como actor, consigue una criatura dramática de primera calidad. Milagros de la Vega es la excelente actriz de siempre. Otto Sirgo y Enrique Chaico son también dos actores muy estimables. La labor de dirección es discreta, pero no más que discreta. El conjunto se mueve bien, pero no más que bien. Nee-

sitamos directores que con sensibilidad y sabiduría creen el mundo que nebulosamente espera entre el texto y el espectador.

Los decorados de Vanarelli, sin estar en la esencia de la escenografía moderna, son buenos. Importante el juego de luces.

\*

### HA LLEGADO UN INSPECTOR

La poesía es una imponderable materia que informa todas las creaciones de los hombres. Los Vedas están escritos en verso, la filosofía de Parménides también lo está, y es poética. Para Vico, la poesía es el primer idioma de la humanidad. Pero, por encima de la poesía como forma literaria, está la poesía en su contenido omnipresente de la creación espiritual. Un teatro que no participe de ella es un flojo teatro.

Y no hay tampoco ninguna razón para que esta poesía desaparezca absolutamente cuando se trata de teatro social. ¿Qué es el teatro social? El teatro de los problemas que crean los hombres en sociedad. Y, puesto que el hombre es hasta hoy el único fabricante de poesía conocido, ¿por qué no lo serían los hombres? Esto nos preguntamos frente a la obra de Prietsley.

Es una obra simbólico-social con un tema profundo: el de la responsabilidad de los miembros de la sociedad en la desgracia de uno de ellos. Hay intriga y suspenso manejados con efectismo de mal recurso. A pesar de lo cual interesa, y mucho. Hay un tremendo problema de conciencia bien planteado y mejor resuelto. Los personajes están dibujados con nitidez. Pero no hay poesía. Ni un rinconcito de poesía. Ni en los diálogos, ni en las situaciones, ni en las actividades. Y como no hay poesía, que es quien acorta, no quien alarga las piezas, la obra resulta demasiado larga.

"Ha llegado un inspector", en un acto, sería una buena muestra de la línea ibseniana de "Los pilares de

la sociedad"; en tres actos, ya es un poco lamentable a pesar de todos sus valores.

Los actores no son grandes actores, y, en general, ni siquiera buenos actores. Pero aquí triunfa el oficio de un director excelente. De la representación trasciende la armonía de la obra ajustada con sutileza en cada detalle. Cada movimiento de cada personaje está cuidadosamente estudiado y ensayado. Y la impresión protagónica del inspector no surge tanto del texto o de la labor del actor, como de esa permanente adecuación del movimiento de todos los otros a su movimiento central. En la labor de Cunill Cabanellas hay poesía e ingenio. Los dos jóvenes que concretan su angustia y su deseo de evasión frente al inspector-conciencia transportando la mesa servida al último rincón del cuarto y el uso del escenario giratorio son dos buenos ejemplos que recuerdo.

La escenografía de Rodolfo Franco es correcta, pero no es arte. Solamente un oficio de distribuir con buen gusto ciertos muebles alquilados.

La obra fué interpretada por Guillermo Battaglia, Darío Garzay, Fina Wasserman, Adolfo Linvel, Francisco de Paula, Ana Arneodo y Jesús Pampin. Buena la traducción, y el vestuario, corriente.

\*

### LA LOCA DE CHAILLOT

Y aquí la otra cara del teatro social. Un teatro social construido sobre la base feliz de la poesía y de los símbolos poéticos.

Si Giraudoux no se hubiese permitido aquí esos fáciles juegos de palabras que no popularizan su teatro, sino que lo estropean, sería ésta una de las más notables piezas del teatro moderno.

Después de la Edad de Oro, los hombres cayeron en el Universo del Dinero. Y aquí, en París, en un cafecito lleno de gracia, se reúnen va-

rios símbolos de esta desgracia de todos los tiempos. Aquí están los duros hombres de la cucaña, los malabaristas de la nada presuntuosa. Y a medida que ellos desenvuelven la película de su avidez, Giraudoux lanza, en oleadas reconfortantes, sus personajes simbólicos y poéticos. Viene todo el mundo de los humildes: ¡Atención! Para bien de ellos no ingresan en la rueda que persigue los frutos del oro. Son tan ellos, tan la glorificación de los cursis que quería García Lorca, que ignoran los "slogans" del materialismo dialéctico. Los últimos de entre los humildes desprecian este mundo nuestro, y, entre harapos y telarañas, emprenden una última y verdadera cruzada radical: liberar al mundo del círculo del dinero.

Giraudoux logra, a través de sus criaturas deliciosas, la poesía de los barrios de París, de las ínfimas viejecillas coquetonas que duermen en los desagües y viven para el recuerdo de algún amante indiferente o para sus gatitos; de los traperos, de los lavaplatos, de las floristas, de los amigos de todos los animalitos y de los tiestos de hojalata donde flores sin linaje alegran los destinos humildes.

Los últimos, en esta "mágica comedia", triunfan por su loca seguridad y por su loca fe que también es puesta a prueba por el diabolis-

mo sutil del Trapero que hace el elogio de la riqueza.

Esta notable pieza muy difícilmente puede ser representada con acierto fuera de París. Los personajes son locales y no universalizables. O quizás no sea sino que aún no existe una tipología de las ciudades que pudiera hacer llegar a todo el público las finezas de la obra. Y así como no está el actor de París, así tampoco está el público de París. "La loca de Chaillot" es una magia moral con todos los recursos del teatro moral, que hace llorar para enseñar y hace reír para enseñar. Mi impresión es que al público nuestro se le escapa casi toda la gracia o la tragedia de la pieza.

La dirección de Pedro Doril es discreta. Esta masa de personajes disímiles necesita un director como aún no tenemos en Buenos Aires.

Hay algunos actores notables. El Trapero, Ernesto Bianco, es por cierto el mejor intérprete de la pieza y oportuno para cualquier escenario. Tomás Magliacci, el Presidente, y María Elena Sagrera, la loca de Chaillot, también se desempeñan muy bien. La escenografía de Saulo Benavente, muy poética, y en la esencia de la obra. La traducción es de Roberto A. Tállice.

ALICIA EGUREN

# MUSICA

---



## ESCUCHAR PARA COMPRENDER

PROMEDIADO YA, nuestro siglo va mostrando, muy indecisamente, como entre brumas, los rasgos definitivos de su rostro. Si queremos ser prudentes digamos que por lo menos de su perfil. Es claro que no son los avatares políticos los que lo exhiben; antes lo disimulan. Pero no nos engañemos: por muy abultada que sea su dimensión, los hechos políticos de hoy no impiden, para quien lo busque con ahinco, atisbar aquel perfil. Y aun si no se pudiera divisar ese contorno, otros datos nos podrían dar la clave de este siglo XX que todavía resulta para casi todos tan confuso.

Cada día nos parece más inexcusable consultar a las obras de arte, que hoy como siempre dan el mejor testimonio de lo que ocurre en el mundo y en el interior del hombre. Allí es donde, pese al caos aparente, la confusión se aclara. Allí se advierten líneas conductoras. De una inmensión en las obras de arte contemporáneas se emerge trascendiendo esos olores abisales que Ortega y Gasset nos recomiendan no descuidar, pues nos revelan el fondo del tiempo.

Hemos de intentar desde aquí, en próximas colaboraciones, mostrar alguna de aquellas líneas conductoras, sugerir el trazo del perfil de nuestra época, que importa tanto, o quizá más, reconocer en Amé-

rica Latina que en el viejo continente, por lo mismo que la docencia de Europa puede, por un suceso o por otro, quedar temporalmente suspendida.

Por razones derivadas de su peculiar naturaleza, en que lo artesanal es principal o decisivo, la música no entrega fácilmente su enseñanza. Y la dificultad crece en forma tremenda, hasta tornarse invencible, para quien escribe sobre música, pues el mejor de los resultados a su alcance no es más que un concepto, *una idea de la vivencia musical: nunca la música misma*. Si Wagner podía, en su correspondencia con Liszt, sustituir un largo y difuso párrafo sobre su estado espiritual con el trazo de un acorde, nítida y definitiva expresión para los dos, el crítico se ve en la penuria de no poder utilizar el acorde, sino el concepto. Y el concepto, ya se sabe, además de tener poco en común con la música, es atrocemente infiel a las vivencias. Por eso, todas las tentativas del escritor para dar a conocer las posibilidades y las bellezas de la música contemporánea han de estrellarse ante este hecho que no admite sustitutos ni paliativos: *el lector no ha escuchado la música de que le hablan*.

Fué Lessing quien agudamente observó que Homero no intenta en momento alguno describir la belle-

za de Helena. No sólo se veda efectuar un inventario más o menos metafórico de sus prodigios corporales, a la manera del Cantar de los Cantares, sino que ni siquiera emite un juicio estético ansioso de elocuencia. En lugar de ello, el poeta nos relata —¡y cómo!— los sucesos desencadenados por la belleza de la troyana. Con lo que, al tiempo que elude los estrechos límites de lo descriptivo —que, por lo visto, conocía muy bien—, sobrepasa sus más halagüeñas posibilidades.

El crítico, el escritor no puede —ni debe— convertirse en notario inventariador de la belleza. Puede, sí, llevar hacia ella, reflejarla, sugerirla. Nunca sustituir su vivencia. Esta queda, íntegra, reservada al oyente-lector-contemplador.

Pero tal posibilidad exige una actitud activa por parte de éste. Alguien ha dicho con acierto que el camino hacia la comprensión pasa por la frecuentación. En filosofía y en arte, para citar sólo dos posibles campos de experiencia, la verdad del aserto parece difícil de negar. Y su fecundidad crece en proporciones incalculables si nos avocamos a la consideración del arte contemporáneo. Si alguien lo duda, la prueba está a su alcance: basta que recuerde los diferentes resultados que le proporcionaron las sucesivas lecturas de Proust, Rilke o Joyce, su creciente compenetración —o menor resistencia, en el peor caso— de los contenidos de un Gauguin, de un Picasso; la conquista, en fin, del territorio stravinskiano, no menos inagotable que abrupto.

Estas reflexiones nos enfrentan a la imperiosa necesidad de frecuentar las obras de los compositores de nuestro tiempo. Frecuentación que exige búsqueda, pues, por razones que les son ínsitas, las creaciones musicales no están en todo momento a nuestro alcance, por lo menos en el grado que las de la plástica o la literatura.

Por desgracia, aun en las grandes ciudades no abundan los grupos o las entidades que perciban el imperio de esa necesidad y se apliquen a satisfacerla. Ni siquiera la tan mentada "París de Francia" —según lo señaló Daniel Devoto en recientes y sabrosas líneas— hace excepción. Las quejas de Arthur Honegger que glosamos en nuestro artículo anterior derivaban precisamente de que en las temporadas de conciertos de la capital francesa "...el pianista continúa haciendo seguir un festival Chopin de otro festival Chopin..."

Buenos Aires ha contado con muy escasos pero fecundos medios de difusión de la música contemporánea. El Grupo Renovación y la Agrupación Nueva Música tuvieron a su cargo casi exclusivo, durante los últimos lustros, esa difusión en el medio local y han adquirido, en tal empeño, sobrados títulos al reconocimiento de los melómanos. En los últimos meses, mediante recitales en público y audiciones radiotelefónicas, ha cumplido una labor semejante el Instituto de Arte Moderno, ofreciendo estrenos en cantidad y calidad tales que reclaman crónica aparte.

Las emisoras radiotelefónicas oficiales han sido el otro importante aporte a dicha difusión, mediante sus nutridas ya que no del todo actualizadas discotecas. Por esa razón resulta lamentable que se haya dispuesto, según lo hace saber una información reciente, cancelar la licencia mediante la cual funcionaba Radio Municipal. No es aventurado ni exagerado decir que su lugar no podrá ser cubierto ni igualado su mérito en cuanto a la divulgación de la cultura musical. El hecho es tanto más sensible cuanto que la emisora oficial porteña ha sido la natural voz radial del Teatro Colón, cuyas temporadas no tienen, desgraciadamente, hasta el momento, imitadores de jerarquía. Con el

agregado de que los concertistas que llegan hasta él sólo así pueden ser escuchados por oyentes del interior del país y por muchos otros de la capital, cuyo presupuesto no les permite otra cosa. Todo ello nos detérmina a pedir, más que su-

gerir, a las autoridades respectivas, que las consecuencias negativas que puede acarrear el silencio de la emisora municipal sean evitadas o mitigadas en todo lo posible.

LUCAS M. RIVARA

## C R O N I C A

FATIGOSA, Y CASI inútil para el lector, sería la revista de la multitud de conciertos sinfónicos y recitales de cámara que durante treinta días se ofrecen en Buenos Aires. Creemos que jamás antes de ahora la "oferta" musical ha respondido con tal rapidez y eficiencia a la "demanda", acrecentada en estos últimos años sobre todo por la acción indirecta de las audiciones radiales. Pero no puede menos de hacerse mención de que el aumento de conciertos sinfónicos en nuestra capital ha sido posible gracias a la actuación de las dos nuevas orquestas sinfónicas oficiales: la del Esta-

do y la de la Ciudad de Buenos Aires, organismos nacional y municipal respectivamente, que a partir de este año han realizado temporadas nutridas y orgánicas. Por lo demás, fuera de Buenos Aires, el lugar más destacado en la actividad musical ha seguido correspondiendo a la temporada que en el Auditorium de Mar del Plata se realiza con el auspicio de la Lotería de Beneficencia Nacional y Casinos, que por su continuidad y por la calidad de los artistas que intervienen en ella es la de mayor importancia fuera de la capital.

L. M. R.

# PLASTICA

---



## ESPERPENTO Y MOJIGANGA

HAY UN MUNDO de ingenuos —de la peor ingenuidad que es la de los pretenciosos— que, ante una obra de arte, requieren una explicación científica, o mejor dicho, erudita. Le echan a uno los “por qué” a la cara con una incomprensión dura, de examinadores viejos, impermeables a toda definición que no sea escolástica y tradicional.

¿Por qué es superior Fortuny a Barbudo? ¿Por qué supera Goya a Vicente López? ¿Qué razones hay para admirar en Picasso lo que se condena en Valentín?

A estos comparatistas es imposible explicarles nada, porque se definen a sí mismos en sus interrogantes, como incapaces del único y principal elemento indispensable para la interpretación y hasta para la creación artística: la intuición. Cualquier método que no parta de la intuición nos llevará a una conclusión equivocada; una verdadera selección estética sólo se logra desde la intuición que, sin explicar, elige; y sin rebuscar, ahonda.

Intuición es precisamente lo que el mundo ha necesitado para comprender, admirar y otorgar jerarquía a la obra personal de Gutiérrez Solana, uno de los más grandes pintores del momento actual, por la vena de su inspiración y hasta por la incisiva y caricaturesca elección de los temas. Porque en

Solana hay *temas* y la pintura es su consecuencia, al revés que en Picasso soberbio de indiferencia por cuanto no sea colorido y capricho.

La exposición que como homenaje al cuarto aniversario de la muerte de Solana se realizó a mitad de año, en Buenos Aires, tuvo mejor intención que resultados. Es claro que no podía esperarse de una iniciativa particular, que como es lógico tuvo que atenerse a las exposiciones de obras del autor que están en colecciones privadas, más amplitud y, sobre todo, mejor representación. Solana es mucho más de lo que se vió ocasionalmente, en la Galería Velázquez; Solana el más maduro, el de los últimos tiempos, ya no tenía en cuenta a los demás y su pintura era de las de adentro. Depuró mucho, limpió y ensombreció la paleta, dejó de lado lo pintoresco y se adentró en lo substancial. En lo paradójico de su mundo y de sí mismo halló su inspiración o su vena. Fué independiente hasta la ferocidad; fué un anacoreta en el más poblado de los desiertos: el Rastro.

Claro está que Gutiérrez Solana no se sostuvo de la intuición pura. No sólo de pan vive el hombre y un artista mucho menos. A ese elemento, la intuición, añadió otros significantes: técnica castigada, orientación en su más cabal sentido

(saber qué se quiere, a dónde se va y por qué se va o, en último término, saber que no se quiere ya nada ni le importa a uno ir a parte alguna). Supo además cuánto importa despojarse de la vanidad sin perder el orgullo profesional ni la dignidad de hombre. Sabía ver a través de unos cristales de humo que entintaban el mundo pero que dejan al descubierto pasiones, apetitos, mezquindades y en cierto modo vacuidades y fracasos en las almas representadas en sus telas. Sin repudiar nada de lo que podría llamarse "valores intelectuales" Gutiérrez Solana, en una era de deshumanización, ha sido el más humano de los intérpretes de "su" humanidad. No tiene nada de abstracto, no ha aprovechado nada de lo que tantos y tantos artistas fracasados o triunfantes han logrado o malogrado en la plástica. Ha hecho su mundo, ha elaborado su paleta, ha creado su atmósfera y luego a pintar como sentía, arrastrada la mano por la intuición de lo que él, personalmente, debía pintar: fracasados del alma, ropavejeros, anticuarios, peinadores y posticeras, prenderos, prestamistas de cuarenta duros (o de mil o de diez mil o de millones, ¿qué más da? prestamistas).

¡Cuántas almas rapaces, qué mandíbulas salientes, qué ojos muertos!

El arte del retrato, no del retrato de favor, sino de un verdadero retrato antagónico a la fotografía, no tuvo secretos para este hombre a la vez duro y tierno por la sociedad de media hampa y media locura en que vivió, pintó y acabó su vida. Farsa y brío, esperpento y moji-ganga, una estética de lo "feo" que puede ser tan grande y tan hermoso cuando es genuino y tiene arraigo en la tierra. Zuloaga tuvo su hora así, aunque vivió harto para conservarla y se deshizo en retratos de encargo. Pero no hay que renegar de nadie que haya hecho su obra, así sea en una pincelada, en un verso o en una página.

Cuando se revise el arte de esta primera mitad de siglo que acaba de vivirse, el nombre de Gutiérrez Solana será, dentro de la pintura, una excepción; alto valor solitario, procedente de sí mismo —a pesar de todas las influencias telúricas y artísticas— hombre de "altillo", que se guisa y se come, hombre anguila que rehuye medallas, honores, vinos de honor y trato social con los "snobs". Hombre de labor sin prisa, que aguarda; que muere aguardando el fruto, sin saber que ha sido ya muchas veces cosechado y que su pan tiene la pureza de la eucaristía.

PILAR DE LUSARRETA

# LIBROS

---

## “LA LUCHA POR EL IMPERIO MUNDIAL”, DE JAMES BURNHAM

LA LITERATURA bélica de Estados Unidos se está haciendo más realista y cruda en los prolegómenos de la tercera guerra, la que ojalá no comenzara nunca.

Cierto, el anglosajón y el protestante, en materia guerrera, no se conforma jamás con disparar el primer tiro sin antes hacer un “expediente” donde se demuestren las tres o cuatro o diez razones que lo han llevado al conflicto. Y las otras diez sinrazones de su adversario.

Consecuencias acaso de frecuentar directamente el Antiguo Testamento, donde toda guerra es un castigo divino contra los culpables de algo, lo que el lego (para el protestante, cada hombre es su propio Papa, teniendo la Biblia en la mano) toma demasiado al pie de la letra; descuida que los planes de Dios son secretos, y no siempre se acuerda de que a veces Dios protege a los malos, cuando son más que los buenos.

Un escritor como James Burnham, que se ha revelado como la más clara conciencia de nuestra época, no podía incurrir en las monsergas jeffersonianas de los Wilson y los Roosevelt, envueltas en invocaciones de pastor de pueblo a un Dios democrático y republicano que ha hecho de la Unión su hija favorita, modelo de virtudes; y en deprecaciones contra “las fuerzas del mal”, como decía Roosevelt, vale decir contra los amigos de Satanás, es decir, cualquier pueblo que no se ha deshonrado apaleando negros, asaltando naciones vecinas y sobornando legislaturas enteras para obtener privilegios.

En la lucha por el imperialismo mundial de que trata Burnham es interesante y promisor constatar que se han empezado a eliminar mitos y mentiras de las dos guerras pasadas.

En primer lugar, toda la faramalla ideológica de que la Unión salía a defender la libertad, las instituciones democráticas, los sistemas políticos de autodeterminación de los pueblos, mientras que el Eje era la tiranía, la servidumbre y el gobierno ilegal a espaldas del pueblo. (Para no entrar en lo histórico, que es inacabable, lo cierto es que Hitler había subido al poder por una elección libérrima con todos los cánones de la santa democracia, mientras que Roosevelt fué el resultado de una combinación de

camarilla, donde se birlaron votos republicanos en pleno "toma y daca" con los peores «gangsters» de ambos partidos.)

### GUERRA POR SISTEMAS POLITICOS

Lo importante no es eso, sin embargo. La realidad es que los sistemas y doctrinas de gobierno ya no sirven más de pretexto ni de bandera de guerra entre las naciones. Aparte de que, como lo demostró Ernesto Palacio en su "Teoría del Estado", ninguna forma de gobierno es pura, y no hay democracia sin algo de gobierno unipersonal, ni monocracia sin influjo de la opinión mayoritaria; aparte de esto, los pueblos están convencidos de que todas las teorías políticas son perfectas y de que cada país las aplica imperfectamente, de modo que no hay estupidez igual a la de declarar la guerra para salvar al vecino de los males de su organización interior, sobre todo cuando la propia se rige con moral de asaltantes. Bueno es recordar que, entre nosotros, eso que se llamó unitarismo con Mitre a la cabeza, batió todas las marcas de la torpeza nacional en la guerra del Paraguay, donde fuimos a "regenerar" a un pueblo cuyo "standard" de felicidad no lo tenía ningún país en el mundo. Y le dejamos la cizaña de la guerra civil permanente, la despoblación y el resentimiento. Mitre, que había salido presidente en elecciones dirigidas a dedo por sus seides militares, no podía soportar un jefe querido por su pueblo pero que no se sometía a la farsa hipócrita de una democracia fullera.

Burnham inicia el libro con un examen de este tema. Norteamérica no entendió con Wilson y con Roosevelt que debajo de los formulismos políticos cada país los entiende y los aplica según su modo de ser, sus tradiciones y sus costumbres. El norteamericano medio cree que el mundo puede tener interés en uniformar sus corrientes de pensamiento político al patrón de los que en EE. UU. se llaman republicanos y demócratas, como si esa polarización abarcara el complejo mosaico de tendencias y de intereses que tienen vigencia en las demás naciones. Por ejemplo: no comprende que todavía la monarquía es una realidad y que Estados más antiguos y cultos que Norteamérica se desenvuelven normalmente bajo gobiernos unipersonales. Llegó a creer con Franklin Roosevelt (sin notar que Stalin se retorció de risa) que el comunismo soviético es susceptible de aprender un día el juego de partidos a la inglesa, con turnos de fracciones que vienen a ser la misma cosa.

Todo ese mito de ideologías buenas y malas de las otras guerras se ha desvanecido; ya ni los editorialistas de "The Times" o "New York Times" tienen muchas ganas de atraer aliados con mentiras que, por otro lado, tuvieron alguna vitalidad, pero que hoy han develado su secreto. Ni Norteamérica va a luchar ahora diciendo que aboga por la democracia, ni Rusia, salvo en la propaganda gruesa, gasta dinero en información para acreditar la farsa de la dictadura del proletariado.

## LA GUERRA ECONOMICA

También parecen desaparecer los pretextos de mejoramiento económico. En los capítulos "La naturaleza del comunismo" y siguientes, el autor demuestra que el comunismo —tal cual lo sabemos del capitalismo— no se enfrentará para convencer al mundo sobre la felicidad y el bienestar que cada una de esas artes de distribuir la riqueza proporcionan a los hombres.

Y por otro lado, es una ilusión americana la de suponer que, vencedor en la guerra, el capitalismo no quedará tan desprestigiado como su rival. Ya lo están demasiado los dos.

Donde el capitalismo ha llevado su garra plutocrática ha aumentado en cantidades astronómicas la riqueza, es cierto, pero a costa de lo que ha destruído y de la pauperización que llevó fuera de Norteamérica, aunque este país lo aprovechó mejor que los demás. El artesanado, la pequeña propiedad, la llamada pobreza de algunas naciones como España, Italia o Latinoamérica, reparten sin embargo mayor bienestar que el capitalismo, hasta que los grandes monopolios arrasan con esas formas de producción, validos de la fuerza militar que ponen a su servicio.

En la Argentina del año 80 había menos grandes fortunas que hoy, o no había ninguna; sin embargo, muchas provincias nuestras desarrollaban industrias autóctonas que daban de vivir a las gentes. Los ferrocarriles las arruinaron, eso está comprobado, y por más que fuera locura pretender volver a lo antiguo, el hecho está a la vista con esa mitad Argentina que ha vivido estagnada desde que el progreso técnico, dirigido desde fuera, le llevó una competencia sin hiel al interior de la República.

No es exacto que fuera del capitalismo haya pueblos atrasados y pobres. La escasez de riqueza no es siempre pobreza en un país, aunque lo sea en cada uno de sus habitantes, algunas veces. Es el capitalismo incrustado a la fuerza por medio de la conquista quien pauperiza las medianías que son felices a su modo, si el apetito de poder no interrumpe sus maneras de vivir que, por lo demás, no excluyen los bienes intemporales y quizá los aumentan.

Ahora, si se nos dice que la riqueza trae mejores medios defensivos y apogeo militar, eso es verdad. Pero como dice Burnham, el monopolio de las armas modernas por una o dos naciones (hoy son dos) ha cambiado fundamentalmente las cosas, porque obligará a todas las naciones a confederarse con unos o con otros y realizada la polarización, por lo menos en la guerra próxima, será tan importante una nación débil como una bien dotada de esas armas, según sea la posición geográfica, las condiciones para abastecer productos indispensables y la carne de cañón que ineludiblemente se seguirá necesitando, aun a pesar de la atómica, que sirve para destruir pero no para ocupar.

En cuanto al comunismo, como sistema económico, ha hecho descender el nivel de vida en su país de origen, la U. R. S. S., en grado tan impresionante que no hay dos opiniones (salvo la de "Pravda" y de "Izvestia")

sobre su fracaso. En cambio, es verdad que la U. R. S. S. se ha convertido en la única rival de E. E. U. U. a base de un estatismo faraónico, con la novedad de que ha retrogradado a formas de producción que ya parecían abolidas, como la esclavitud y los trabajos forzados, las "razzias" de población necesaria para hachar árboles y cavar zanjas allí donde los nuevos zares lo decreten.

Por otro lado, Burnham lo exhibe, ni siquiera uno y otro de los dos adversarios pueden decir que su poder se deba a una u otra manera de producir. La U. R. S. S. recoge o afloja sus métodos económicos según los vientos que soplan, y ha recorrido etapas de comunismo de guerra desde el 18 al 21, de liberalismo medido con la N. E. P., de agrarismo a todo trapo contra el que luchó Trotzky y fué vencido, y de dominio absoluto de todo el patrimonio ruso sacrificado exclusivamente para mantener su supremacía militar sobre más de quinientos millones de habitantes, con casi toda el Asia y la mitad de Europa en sus manos.

Puede calcularse por qué están excluidas las polémicas y los tópicos eficaces sobre cuál de los dos regímenes arreglaría mejor el mundo si uno de ellos quedara en el campo. Ni por razones doctrinarias, ni por programas de felicidad material cabe elegir.

### LAS SITUACIONES NACIONALES

Burnham no tiene por qué preocuparse de los neutrales ni de los nacionalismos particulares, porque es un ciudadano de uno de los países en cuestión. Pero como Burnham viene a decir con toda justeza que la guerra posible ha de presentar a sus contendientes con un solo propósito, el de conquistar el poder mundial, esto significa, a mi ver, que la propaganda se va a enredar lo menos posible con ideologías perimidas que no hagan al caso. Los combatientes, esta vez, van a luchar lisa y llanamente porque el otro estorba.

Así, pues, la neutralidad angustiada de los neutrales debe ahorrarse toda preocupación sobre cuál de los dos le va a resolver sus problemas propios, sus pleitos pendientes, sus resentimientos nacionales. Ninguno le va a resolver nada. La cartera de Wilson en 1917 y la de Roosevelt en 1940 estaban llenas de promesas y pretensiones de arreglar a los pueblos débiles y de inaugurar un fin de fiesta internacional en las Ginebras y en las Unes. La cartera de Truman y de Stalin no tienen ningún borrador destinado a ese efecto.

Por tal causa, el portorriqueño o el mejicano no tiene por qué pensar cuál de los dos contendientes le va a devolver Tejas o Puerto Rico. Y Panamá va a seguir sin novedad, cualquiera que gane. En rigor, debe elegir (si es que lo obligan a elegir), entre dos fuerzas gigantes para quienes nacionalismo más o menos es como darle una presa de pollo al león del Jardín Zoológico. Ciertamente, el resentimiento existe y Puerto Rico debería estar con Rusia, nada más que para ver como pasa el cadáver de su ene-

migo frente a su tienda; y Polonia debería estar con Norteamérica, por lo mismo. Pero la historia no se hace con "vendettas" corsas, ni se mata a un Colonna porque el abuelo de Colonna mató a un bisabuelo de Pietrasanta. La historia se hace con realidades y con intereses y entre dos males se elige el que por lo menos deje alguna esperanza, aunque sea la muy desdichada de seguir oprimida, ya que la otra ofrece la siniestra perspectiva de que un día los rusos se lleven íntegra la población portorriqueña, a trabajar en las minas de Siberia, y a Puerto Rico transporten vagonadas de polacos.

La próxima guerra no viene a dirimir conflictos internacionales; sino la supremacía del poder mundial en el que las naciones chicas o grandes no cuentan. A lo sumo, contarían las confederaciones de Estados sobre bases geopolíticas, si no para enfrentar al vencedor del mundo, por lo menos para negociar algo e ir tirando, lo que no es poco decir. Europa está en ello, pero nada es fácil y mucho menos en un continente que lleva lastres de odio, de pasiones, de amor propio, porque un cerro lleno de piedras se lo vienen disputando los pueblos fronterizos desde el tiempo de Carlo Magno.

En Europa se tiene, por razones obvias, mayor conciencia de la clase de guerra posible. Ninguna unidad nacional europea desconoce los inmensos males que Estados Unidos ha regalado a los europeos, conjuntamente con sus dólares y su ayuda militar. No obstante, la gente cuerda de allí no cree que cada nación deba hacer un inventario de sus resquemores particulares, ni con Rusia ni con EE. UU., sino que está convencida de que la confederación es lo único interesante por lo que convenga sobreexistir. Y si no, los cetáceos se irán sorbiendo uno a uno los paisillos que encuentren a su paso.

## LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

Cierto, el mismo Burnham da como por aceptado que en todo caso la Unión es, o puede ser, el sostén de la civilización occidental. No dejo de admitir que entonces otra vez el hombre, como ser racional, no quiere desprenderse de las consabidas "marottes" bélicas, no se conforma con la irracionalidad de la guerra. Y se dirá que volvemos a las andadas y se levantan nuevos estandartes, se invocan nuevas damas por quienes los paladines han de romperse el alma en el palenque. No sólo Burnham, sino Fabre-Luce, que no concede poco ni mucho a ninguna de las partes, disipa cualquier equívoco en "El siglo se configura" y dice que entre Estados Unidos y la U. R. S. S. no tenemos derecho a vacilar porque América, aun alcanzada por el materialismo, no ha renegado de los valores cristianos (*substractum* de eso que se llama civilización occidental, digo por mi cuenta).

Habría que ahondar en este "slogan" y empezar por demostrar si las civilizaciones actuales contienen elementos valorables por los cuales se distinga cuál es la que aporta mayores atractivos para el hombre. Desde luego, para nosotros, es la del cristianismo occidental; pero es que hay

muchos cristianos, los polacos por ejemplo, que tienen algún derecho a dudar si tan excelsa apelación provoca necesariamente la solidaridad de los mismos cristianos, allí donde la Gran Tartaria los puso en peligro y luego los liquidó sin misericordia de los que debieron tenerla.

#### ENTONCES ¿CON QUE CRITERIO ELEGIREMOS?

El neutral que se halle convencido de que la lucha de los dos cetáceos será brutalmente agnóstica, ignorante de toda finalidad moral, civilizadora y justiciera; y en la que los gladiadores ni siquiera se tomarán el trabajo de simular ante el mundo que luchan por este o aquel repertorio de ideas. El neutral que esté convencido de que todo se reduce a una decisión por el poder mundial y que cualquiera que gane será peor para el neutral, ¿cómo se puede decidir? ¿Cómo, por qué ha de elegir y para qué?

Este libro de Burnham le puede dar una pauta, siquiera sea indirectamente. Burnham —como he dicho— no da consejos a los neutrales, es decir, no incurre en el error de sus antecesores, auditores de Wilson y de Franklin Roosevelt. Ilustra y expone las fallas y señala rutas a su país.

Y aquí es donde el neutral perplejo ante el dilema de elegir entre dos peores puede salir de su perplejidad.

Todo el capítulo primero de este libro y en general todo el libro demuestra —y lo dice crudamente— que a Estados Unidos le “falta madurez” política y social para meterse en asuntos internacionales; que su preparación cultural no guarda relación con su gigantismo industrial y técnico; que este prodigioso adelanto ferretero lo ha lanzado, sin poderse volver atrás, a un papel de árbitro en el mundo para el que no sólo los soldados, sino los dirigentes, los políticos, “la nación entera” carecen de inteligencia, de flexibilidad y de sabiduría con la que nace el hombre de Europa y de Asia misma. En una palabra, dijéramos que Norte América se ha cortado un traje que le queda grande y mientras dispone de fuerzas físicas que podrían poner en peligro el planeta entero, el espíritu nacional vive todavía de las cazurrerías aldeanas de Benjamín Franklin o de la moralina convencional de Samuel Smiles.

En ambas guerras anteriores Wilson y Roosevelt se presentaron a definir posiciones con una confianza reidera, pero confianza al fin en sus “slogans” sobre la paz perpetua el primero y la democracia y la libertad el segundo; y sobre el bien y el mal las virtudes de Yanquilandia frente a la corrupción de la vieja Europa. Y como tenían las pistolas en la mano Europa los dejó hacer porque a la fuerza ahorcan. Versailles y Rusia primera potencia, esos fueron los resultados previsibles desde el día en que fué necesario hacer entrar el caballo en el bazar.

El libro de Burnham, escritor inteligente y avisado, nos dice que esta vez Estados Unidos no las tiene todas consigo; por lo menos si él lo dice es que el “venticello” debe correr, más si se tiene en cuenta que Burnham no es un díscolo, un amigo de hacer rabiar a la gente como Bernard Shaw,

ni un tipo absurdo al que le gusta andar a contramano como Henry Wallace. Al contrario, más bien parece conservador y no hace cuchufletas con cosas serias.

Y bien: el dato es interesante. El neutral perplejo debe leer entre líneas que Yanquilandia carece y siente que carece de muchos nódulos de cultura, especialmente "gracia" política, ciencia humanista, conocimiento de hombres (lo hemos dicho al principio). Necesita dirección.

Si es así, el neutral, un conglomerado de países con hábitos políticos que le vienen desde Grecia y Roma, puede ofrecer sus servicios (en un inconfundible y alto sentido de la palabra) y esta vez no por dólares sino exigiendo la dirección de todo, es decir influyendo.

Por lo tanto, el criterio para elegir el bando ya estaría dado; debe elegir aquel sobre el cual ha de tener influencia. Pero no influyendo porque Yanquilandia se lo prometa, sino porque Yanquilandia necesita esa mentoría o monitoría de lo que está por encima de su ferretería.

¿Y si Rusia...? No, Rusia, en primer lugar, es un "block-out" cerrado a piedra y lodo, donde nadie, salvo la N. K. V. D. (actual nombre de la G. P. U.), sabe lo que necesita. Además, Rusia no querría saber nada de nada; quizás se encuentre en un momento igual al de la infalibilidad wilsoniana, ahora con un marxismo de bolsillo. Hasta que no se descuene, no escucharía nada.

El hecho de que la Unión, bastante tímidamente ahora, no se apure a crear frases de guerra, puede significar que comienza a entender que debe pedir prestado a alguien el aparato mental capaz de dirigir la conquista del Imperio Mundial. Esa es la cuestión.

RAMÓN DOLL

## EL HOMBRE BAJO LA TIERRA

*EDITORIAL ESPASA - CALPE. COLECCION AUSTRAL*

ES CASI un lugar común afirmar que la novela es la expresión más sincera y acabada del alma sudamericana. Es la novela, sin embargo, el espejo sensible y apasionado de este amasijo humano que, como la selva virgen de "La vorágine", trata de crearse una forma, de realizarse a través de la sangre de sus propias víctimas.

Torres-Rioseco ponía de relieve en su clásica "Gran literatura iberoamericana" que el continente latino ha producido hasta la fecha pocos hombres de ciencia, pocos banqueros y pocos economistas de fama

mundial, pero que es el centro de un movimiento literario de primer orden, en evidente superioridad frente a lo puramente práctico de la vida. El fenómeno no es raro, ya que la civilización, con todo su cortejo de pseudo grandeza, no es más que un apéndice de la cultura, en el marco de este doble movimiento cíclico que caracteriza, según Spengler, la evolución de las sociedades humanas.

Es menester preguntarse por qué tocó a la novela representar los tormentos del hombre americano, más que a la poesía o al teatro. El fe-

nómeno nos parece bastante original porque toca a la poesía acompañar en general los primeros pasos del hombre en la búsqueda de sí mismo y de las formas en su lucha por la vida.

La solución no está muy lejos. Basta escudriñar en los comienzos políticos de las repúblicas del Sexto Continente y sus equivalentes literarios para encontrarla. Los Estados y los centros humanos más poblados, transformados poco a poco en centros espirituales, se formaron y se organizaron hace poco más o menos una centuria, es decir, en una época en la cual la novela había conquistado la cultura europea y tentaba no solamente la pluma de los escritores especializados sino también la de algunos poetas y pintores. El romanticismo, al cual se suele medir con el metro lírico de la poesía, ha sido, más que todo, una victoria de la novela, género nuevo y complejo que permitió a los escritores abarcar todos los problemas de la actualidad. Porque, hay que acentuarlo, romanticismo significa victoria de *lo actual*, de *lo específico*, de *lo contemporáneo*, sobre lo eterno y lo general del frío tradicionalismo clasicista. Desde Méjico hasta la Argentina, todos los países de habla castellana proclamaron su independencia y empezaron su evolución en una época en la cual las "ficciones representativas" de Víctor Hugo, George Sand, Tieck, Arnim, Walter Scott y Manzoni habían conquistado el Viejo Mundo transformando la literatura en un claro espejo de la condición humana. En su afán de reflejar los vicios y los defectos de la sociedad burguesa, la novela se había convertido, casi sin quererlo, en función reguladora de las costumbres y de los sentimientos. En un instrumento de progreso social también.

He aquí por qué la literatura del continente latino nació bajo el signo de la novela, bajo el cual sigue viviendo todavía.

"El hombre bajo la tierra" cabe perfectamente en este proceso de

evolución social-literaria. Los mineros que J. A. Osorio Lizarazo hace vivir en las páginas de su magnífico libro son los hombres "originalmente buenos", los pedazos vivientes de esa naturaleza cuyo descubrimiento está en la base de la novela romántica y sobre la cual, limpiándola y estrechando sus horizontes, el naturalismo tenía que construir sus laboratorios. "El hombre bajo la tierra", novela de tono naturalista pero mucho más soportable que cualquier novela europea de este género, pone quizás en un visible relieve la diferencia cualitativa que hay entre la literatura americana y la del Viejo Mundo. Son los problemas de la vida cambiantes con el lento pasar de los meridianos, los problemas de esa vida total que llevaba a Taine a proclamar sus leyes naturales y a descubrir su influencia sobre el arte los que agitan las páginas de Osorio Lizarazo. Mientras la novela europea de tipo naturalista evolucionaba hacia temas políticos, confundándose a menudo con el materialismo histórico, con el socialismo ochocentista o con los vulgares conceptos artísticos del comunismo, el naturalismo latinoamericano trataba de agarrarse a la vida del continente, expresión, ella misma, de una relación sincera entre hombres y naturaleza. ¡Cuánta simpática diferencia entre los mineros del escritor colombiano y los fantoches de "El plácido Don" y de tantas otras novelas soviéticas, selvas petrificadas en las cuales cada hombre-tronco tiene que simbolizar, como una estatua hierática, un fragmento de la dudosa eternidad staliniana!

Tan cerca todavía de las fuentes del romanticismo, en cuyo desarrollo el paisaje tropical y la naturaleza en general han influido paulatinamente, el naturalismo de Osorio Lizarazo no perdió ninguno de aquellos encantos realistas que el naturalismo europeo del siglo XX abandonaba de prisa en el momento en que se volvía hacia lo político y lo social. El matiz nos parece impor-

tante en el afán de la literatura hispanoamericana de autodefinirse y de individualizarse.

Un hombre que llega de afuera para incorporarse a un paisaje y a un ambiente humano nuevos, para volverse "macho" y dueño de este ambiente: es éste el tema de "El hombre bajo la tierra" y de otras novelas que el fecundo novelista colombiano publicó hasta ahora. El recién llegado, como en el caso de Ambrosio Múnera, es un hombre de la ciudad, un fracasado, un descontento o un ambicioso. La nueva vida lo transforma poco a poco, le quita sus debilidades y sus prejuicios urbanos, sus defectos morales también, porque su nueva manera de vivir lo acerca a la naturaleza y a sus ásperas leyes, entre cuyos párrafos la cobardía, la lujuria, los vicios complicados y perversos, todos los defectos del antimacho civilizado no pueden caber. Basta con seguir las fases de una borrachera, un día domingo, en el boliche de Don Félix, cerca de la mina, para penetrar en las almas de estos hombres. Bajo el fuego del aguardiente toda esta sociedad humana se transpone en una especie de atmósfera orgiástica, como en un caos purificador. Las pasiones y los puñales se desenvainan con sinceridad. Clara Henao, la mujer que llega desde la ciudad para vender vicios a los mineros, es el centro de este mundo orgiaco, la mujer "macha" que Ambrosio Múnera enamora y que es, pues, el filtro de su transformación, el instrumento de su metamorfosis. Clara Henao es, al lado del cura y

de los cuatro compañeros de Múnera, la figura más acabada y más potente del libro, una fuerza natural más que una mujer. Todos los personajes tienen algo de esta fuerza natural y sencilla entre cuyos límites los mineros se transforman en una especie de caballeros primitivos, aristocráticas síntesis humanas de un universo en el cual los "hidalgos de la razón" como los llamaba Unamuno todavía no han penetrado.

A veces es la sangre la que purifica y ayuda al hombre a pasar honradamente a la muerte o a quedarse con honor entre sus pares, ya santificados por ella. He aquí la primera gesta de Ambrosio Múnera: "Sintió algo blando que se aplastaba contra su mano y luego un líquido tibio le lavó la piel. Pedro Torres retrocedió contra la pared, por encima de la banca adosada, en el mismo lugar donde Ambrosio lo vio la primera vez. Hubo en sus ojos una manifestación de sorpresa y en seguida los párpados se bajaron lánguidamente. El rostro no se desfiguró en ninguna expresión de dolor, y todos sus residuos vitales se refugiaron en una sonrisa irónica. Luego resbaló lentamente, sin dejar de mirar a Ambrosio con las pupilas amortiguadas, hasta que rodó al suelo y quedó inmóvil".

Novela típicamente americana, "El hombre bajo la tierra" es una de las imágenes más claras y perfectas del nuevo mundo que está formándose bajo nuestros ojos, como el esbozo de una entelequia.

V. H.

## FILOSOFIA DE LA ESTETICA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

LA OBRA DE Jaime María de Mahieu tiene dos características fundamentales. La sencillez y la claridad le dan fisonomía propia. La estética es disciplina que se presta a dislates si el autor no procede con mu-

cho orden. Afortunadamente, esta "Filosofía de la Estética" se apoya en un método riguroso en el cual el "buen sentido" —las "ideas claras y distintas" del viejo Descartes o, si se quiere, el "obstinado rigor"

de Leonardo— tiene también una participación activa. Es didáctico sin ser escolar. Ordenado sin ser pedante. Erudito sin que se note el peso del saber. De este modo, Mahieu entronca en la mejor tradición latina.

La disciplina de la belleza es siempre individual. "Hay tantas estéticas como estéticos", dice el autor. Pero nadie, a nuestro conocimiento, ha planteado el problema como había que plantearlo, es decir a partir de la afirmación del objeto bello. Mahieu avanza, pues, cautelosamente. Ya veremos después cómo esta prudencia le da muy buenos resultados. Su método es el estudio empírico del fenómeno con un solo supuesto: el de que "el hecho estético existe bajo la forma de una afirmación de nuestra conciencia". Así, el interés del autor se orienta en dos grandes direcciones. Una de ellas se refiere al proceso de formación de los juicios: la contemplación estética. La segunda se vincula con la labor creadora del artista. Y su valor es el mismo. El interés de las partes no decae. Mahieu avanza, seguro, utilizando siempre el recurso empírico.

Ya, en el análisis de la contemplación estética, el adjetivo oportuno delimita el radio de acción del autor y evita enojosas confusiones: representa tan sólo el proceso de incorporación del mundo al yo.

El conocimiento del objeto bello se efectúa por el juego de los órganos sensorios. El cerebro recibe las impresiones que la conciencia utiliza para constituir la imagen del objeto estético. Éste se transforma de acuerdo con nuestra vida interior y se confunde en el recuerdo: adaptamos el objeto al mismo tiempo que nos adaptamos a él. La calificación y las jerarquías surgen de esta tarea. Es bello lo que se integra a nuestra vida interior sin rom-

per su equilibrio y feo lo que destruye la armonía del yo. Es decir que, en ambos casos, se expresan las relaciones entre la imagen y la conciencia. "Somos poseídos por la imagen, dice el autor, en el sentido de que nos adaptamos a ella, pero la poseemos en el sentido de que nos adaptamos". De aquí que las emociones no sean iguales en valor y no se manifiesten sólo en el orden estético. Se piensa y se siente con el cuerpo todo. La inteligencia se encarna y no es extraña a la vida afectiva. Mahieu sienta así una premisa que lo acerca sensiblemente a ciertas corrientes intelectualistas de nuestro tiempo: niega la pureza de la emoción estética a la que califica como un "mito reacio" y que identifica con la inspiración. Las páginas que dedica al análisis del juicio estético y a las relaciones entre lo bello y lo estético se encuentran entre las mejor logradas del libro. Se destacan a pesar de la rigurosa unidad de toda la obra.

Tal proceso, sin embargo, no es completo. Encierra una forma de belleza interior asimilando el objeto a nuestro yo. Pero "pertenece a ciertos seres privilegiados expresar, ya no solamente en ellos mismos, sino en la materia, su inquietud o su equilibrio estético y acabar así, por un movimiento creador, su búsqueda de la belleza, incorporando su yo al mundo". Sistemáticamente, Mahieu analiza distintos aspectos de la creación estética. Imaginación, inspiración, técnica y valor son los fenómenos que más le interesan y a los que dedica especial preferencia.

"Filosofía de la Estética" es, pues, un trabajo de gran utilidad. Resume los problemas fundamentales de la disciplina con claridad y sentido crítico. El método empírico, adoptado por el autor, contribuye a la más exacta ordenación del problema.

J. A. GARCÍA MARTÍNEZ

# REVISTA DE REVISTAS

---

## LA ACADEMIA ESPAÑOLA

("Revue des deux mondes"-Paris)

FUÉ EL marqués de Villena el inspirador de la Real Academia de Madrid, que nació el 3 de octubre de 1714. Fundada por Felipe V para asegurar el prestigio del castellano frente al italiano, la prestigiosa institución, escribe Maurice Legendre, se impuso a todo el mundo de habla española como conservadora del idioma. El diccionario, cuya última edición salió en el año 1925, y que ha concentrado todos los cuidados de la academia desde sus comienzos hasta hoy, representa, más que cualquier otra intención o realización política, la base de un asombroso imperio espiritual.

Antes de analizar, junto con el autor francés, las perspectivas que ofrece al mundo de hoy el *imperio* castellano, seguimos las interesantes relaciones entre la Academia española y su rival de París, la *Académie française*. Los matices que las separan nos parecen concluyentes para la evolución de los dos idiomas hermanos. La academia francesa nació en 1635, junto con el período clásico en las letras francesas, período que marcaba los primeros pasos de Francia hacia la gloria universal de su literatura. La academia española ve la luz *después* del período llamado "el siglo de oro". La academia francesa preside, contribuyendo con su prestigio y con su influencia, la famosa "batalla del Cid". El "Discours de la méthode" sale durante su primera etapa de gloria. Todo esto hace de ella una protectora del clasicismo, un árbi-

tro y dictador del período más importante en el desarrollo de las letras francesas.

La academia española, al contrario, aparece después del Quijote y de La Dorotea. El idioma castellano había dado ya al mundo la prueba de su fuerza y de sus posibilidades creadoras. Hacer un diccionario era pues una cosa bastante fácil porque todos los problemas habían sido ya resueltos por Calderón, por Lope o por Cervantes y no faltaba más que concentrar el material lingüístico entre las hojas de un libro de la especialidad. Pero la diferencia más sutil entre las dos instituciones es la de índole política. Mientras que la academia de París presenciaba la unificación política de Francia, la formación misma de la Francia moderna con todas las tareas de unificación espiritual y lingüísticas que la conquista de nuevas provincias imponían, la academia de Madrid tenía ya un imperio. Sus problemas eran mucho más vastos y abarcaban no solamente las provincias de España, donde tenía que luchar todavía contra el catalán y el vasco, sino las Américas y sus otras colonias donde el castellano formaba poco a poco nuevos centros de cultura.

Desde aquel entonces hasta hoy el carácter de estas dos tareas, provinciales y nacionales en Francia, imperiales en España, no ha perdido su significación. Mientras que Francia no ha podido crear un imperio lingüístico, realizando entre sus propias fronteras el potente instrumento de creación que es el francés, España ha creado un nuevo mundo, que, aunque separado políticamente de la madre patria, representa el mismo espíritu y cultiva

la misma tradición lingüística. Sobre estos cimientos se ha erguido la *Hispanidad*, sin duda una de las realidades más potentes del mundo.

Es interesante seguir el destino en el tiempo y en el espacio de las diferentes culturas europeas. Literaturas como la italiana, la alemana o la francesa, tan características para la definición del genio occidental, no han conquistado nuevos territorios. Su influencia se limita a las élites del mundo entero, pero ninguna de ellas ha logrado crear imperios fuera del continente. Sólo el castellano, el inglés y el portugués, idiomas *populares*, conquistadores y dinámicos, se han podido imponer más allá de los límites europeos. Si los otros han creado colonias —las élites que hablan francés en Río de Janeiro o en Estocolmo son colonias espirituales, pero colonias— el castellano y el inglés han fundado imperios de naciones libres ligados unos a otros por los mismos lazos espirituales. Mientras que la colonia, de tipo político o espiritual, puede provocar guerras civiles y conflictos absurdos, reivindicaciones de libertad política o cultural, la existencia de los imperios lingüísticos puede ser interpretada como una garantía de paz y de libertad, como la presencia anticipadora de un nuevo orden internacional.

#### CARTAS DE GEORGES BERNANOS A AMOROSO LIMA (“Esprit” - París)

El autor de “Bajo el sol de Satanás” y del “Diario de un cura de campaña” vivió durante la guerra en el Brasil. En Piriópolis conoció al escritor brasileño Amoroso Lima con el cual tuvo una larga correspondencia publicada en el último número de “Esprit”.

Como se sabe, Georges Bernanos es un escritor católico. Pero su posición, bastante diferente a la de Mauriac y Maritain, lo transformó en un solitario, en conflicto a veces con la vida oficial de la Iglesia, colocándolo entre aquellos escritores

franceses que, siguiendo o creyendo seguir la verdadera palabra de Cristo, se rebelan contra el orden constituido de la Sagrada Curia romana. Individualistas hasta la desobediencia, pecado cargado de responsabilidades infinitas, estos ángeles de melancolía son en sus escritos, como en el caso de Bernanos, espejos sombríos de sus amarguras y desilusiones. Consecuencia lógica del “horreur de servir” con el cual han substituído el “honneur de servir”. Espejos también de una cierta libertad creadora, porque entre ellos y Dios no hay más que un espacio despoblado y un tiempo sin color de esperanza que los hace hablar así, las noches de Navidad.

“Esta noche estoy tan pesado como un buey y tan estúpido como un asno, pero me quedo, con todo eso, en la puerta del pobre establo maravilloso, bajo la lluvia.” Palabras de una lancinante tristeza, lanzando hacia la caridad su grito sutil y a penas oído.

#### NUESTRAS RAICES PRIMORDIALES

(“Universidad de México”)

¿Han sido los españoles de Hernán Cortés y de Pizarro los destructores o los salvadores de América? El tema es tan antiguo como el descubrimiento, y la pasión de los historiadores, que se enfrentan todavía sobre la base polémica de este argumento, tan ardiente como en los tiempos de *la leyenda negra* y de *la leyenda dorada*.

Rafael Eliodoro Valle, en un juicioso ensayo crítico publicado en el “órgano de la Universidad Nacional Autónoma de México” enumera los argumentos de los dos clanes enemigos. *Los indigenistas* pretenden que:

Los españoles interrumpieron el desarrollo de las culturas americanas; la crueldad, la sed de oro y el afán de poderío caracterizan al hombre de la conquista; los verdaderos descubridores fueron los que llegaron hace diez mil años y arran-

caron a la naturaleza sus secretos; los españoles destruyeron la civilización indígena, su arquitectura, sus artes plásticas, su sistema político y económico; la antropofagia era un ritual que relacionaba directamente al indio con las divinidades; al convertirse en bestias de carga los indios perdieron su libertad y se resignaron a ser seres pasivos; ellos no fueron exterminados solamente para servir al bienestar material del conquistador; los indios construyeron las catedrales y los palacios que hoy admiramos; la guerra de independencia, por fin, fué el movimiento de reacción del indio contra el absolutismo español.

A lo que los **hispanistas** contestan de la siguiente manera:

Las civilizaciones y las culturas precolombinas estaban próximas a derrumbarse, en el momento de la llegada de los españoles; los cuales no solamente miraban al oro y al poderío sino también a la salvación de las almas, a la substitución del "comeos los unos a los otros", por el "amaos los unos a los otros"; el indio conocía muchas cosas, pero fué el español quien le enseñó a domesticar a los animales y utilizar el hierro, y quien industrializó y divulgó en el mundo los valores de la economía y el arte de los vencidos; el indio no fué destruído, sino incorporado dentro del nuevo orden y esto explica el nacimiento del arte mestizo; el español dió al indio instrumentos y materiales que desconocía y que le permitieron elevar su nivel cultural y económico; con el conocimiento de la medicina y la farmacia europeas el número de enfermedades se redujo; las primeras escuelas fueron para beneficio de los indios; es cierto que los indios tomaron parte en la construcción de las catedrales y de los palacios, pero los que dirigieron estas obras, los que las hicieron posibles, fueron artesanos y maestros españoles; al combinarse estos dos esfuerzos nació el arte y la nueva personalidad americanas; la guerra de indepen-

dencia, finalmente, fué una guerra civil entre criollos y españoles.

En una polémica como esta, en que los argumentos estriban no solamente en cosas del pasado, próximo o lejano, sino también en la realidad americana, hay que mirar más hacia ésta que hacia aquélla. "El indio, que fué carne de sufrir, escribe R. E. Valle, bajo sus regímenes derrumbados, siguió en tal condición mísera no sólo bajo el español sino bajo los gobiernos de la América emancipada; y tal hecho indubitable ayuda a explicar muchos aspectos de la realidad hispanoamericana."

El correr de los siglos ha creado una raza nueva. Su doble fuente puede ser motivo, más que de polémicas sujetas a pasiones superficiales, de lucha común para alcanzar en el porvenir las perfecciones, hoy inútilmente enfrentadas, de las dos razas.

Gabriela Mistral, como para contestar con la voz eterna de la poesía a *los indigenistas* y a *los hispanistas* escribió en su magnífica "Tala" estos versos, mucho más modernos que los argumentos de los historiadores:

*¡Anduvimos como los hijos  
que perdieron signo y palabra,  
como beduino e ismaelita,  
como las peñas hondeadas,  
vagabundos envilecidos,  
gajos pisados de vid santa,  
hasta el día de recobrarlos  
como amantes que se encontraran!*

#### ELIOT EN CASTELLANO

("Revista de las Indias" - Bogotá)

"Soy un clásico en la literatura, un monárquico en la política y un católico en la religión", escribía Eliot sobre sí mismo. Sus posiciones podrían ser las de un español o de un italiano, de un francés o de un lusitano, pero de pocos ingleses. Es difícil entender la poesía de Eliot si se la coloca entre los lími-

tes, todavía sutiles y a penas visibles, de aquel nuevo clasicismo al cual pertenece la poesía de Ungaretti, de Montale y de García Lorca, mediterráneos todos, vaticinando en sus versos la próxima llegada de una época antirromántica que los prosistas y los filósofos no han percibido todavía y que vive pavorosamente frente a nosotros, en su trágico conflicto con la época romántica, en "La hora veinticinco". Algunos críticos han interpretado la poesía de Eliot como un afán de buscar elementos poéticos en lo contemporáneo, lo que no la diferenciaría mucho del romanticismo, aunque surrealista. La poesía de Eliot es, al contrario, una búsqueda de cosas sin contemporaneidad, eternas y antiespecíficas, clásicas por definición. Basta con recurrir a su "Asesinato en la catedral", situado en aquel pregótico, o románico, que es un clasicismo primitivo contra el cual había de levantarse la revuelta romántica del gótico, para entender sus intenciones y su programa humano.

Jaime Tello publica en la "Revista de las Indias", por primera vez vertida al castellano, la famosa "Little Giding" el cuarto de los poemas incluídos en la obra "Four Quartets". He aquí algunos versos esenciales para la interpretación de Thomas Stearnes Eliot:

*Ceniza en la manga de un anciano  
Es toda la ceniza que las rosas*

*[quemadas han dejado.*

*Polvo en el aire suspendido  
Marca el lugar donde una historia ha*  
*[terminado.*

*El polvo aspirado era una casa  
El muro, el entablado y la rata.  
La muerte de la esperanza y de la*  
*[desesperación,*

*Esta es la muerte de aire.*

*Hay inundación y sequía  
Sobre los ojos y en la boca,  
Agua muerta y agua arena  
Luchando por la preeminencia.  
El suelo reseco y desentrañado  
Ríe de la vanidad del esfuerzo,  
Ríe sin alegría.*

*Esta es la muerte de tierra.*

*Agua y fuego suceden  
A la ciudad, al pasto y la maleza.  
El agua y el fuego se mofan  
Del sacrificio que negamos.  
El agua y el fuego podrirán  
Los corruptos cimientos que olvidamos,  
Del coro y del santuario.  
Esta es la muerte de agua y fuego.*

Me parece temerario aproximar estos versos, tan modernos y tan clásicos en sus intenciones últimas, a los tercetos que el Anónimo Sevillano escribía siglos atrás, pero no lo puedo impedir. ¿Recuerdan?  
*Ven y verás al alto fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros*  
*[brazos.*

VINTILA HORIA

## NUESTROS COLABORADORES

La ineludible tarea de revisar la historia de nuestro pasado nacional ha recibido valiosos aportes de ALBERTO EZCURRA MEDRANO, algunos condensados en sus libros "Las otras tablas de sangre", "Catolicismo y nacionalismo" y "La independencia del Paraguay" y los más esparcidos a lo largo de su labor de redactor y colaborador en "La Nueva República", "Crisol", "El Pampero", "Ofensiva", "Nuestro Tiempo", "Presencia", "Cabil-do", "El Pueblo" y la revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, de cuya comisión directiva forma parte, así como de la de la Junta de Recuperación de las Malvinas.

De definida personalidad intelectual, pese a su juventud, J. A. GARCÍA MARTÍNEZ ha esparcido su versación en los problemas filosóficos y literarios de nuestra generación en multitud de ensayos y artículos publicados en diarios y revistas de nuestro país y del extranjero. Prepara actualmente un libro sobre la por tantos motivos histórica generación francesa de 1905, tomando como base las figuras de Bergson y Péguy, y un ensayo de interpretación y crítica que titula "Alain Fournier y el romanticismo del sueño".

La tradición paterna se ha prolongado venturosamente en FEDERICO IBARGUREN, investigador histórico y ensayista. "La aristocracia y la cultura" (1934) abona la calidad de su reflexión, en tanto que "Rosas y la tradición hispanoamericana" (1942) y "Lecciones de historia rioplatense" (1947) constituyen muy estimables aportes a la corriente revisionista del pasado argentino. Ibarguren fué fiscal de Estado e intendente municipal en la intervención federal en Tucumán en 1943 y ejerce tareas docentes en la Facultad de Humanidades de La Plata y en dos escuelas de comercio de esta capital.

De MARÍA GRANATA damos noticia precedentemente a los poemas suyos que publicamos en este número.

El mucho andar por América ha sedimentado en JOSÉ GABRIEL una nueva y definitiva visión de las cosas y los problemas del sexto continente. La suya es una de las más interesantes y venturosas evoluciones producidas entre los intelectuales de esta parte del mundo. Porque Gabriel, aunque nacido en España, ha preparado, concebido y ejecutado su obra de pensador entre nosotros, en esta América hispana que conoce como pocos y

cuya esencia y significación cultural ha estudiado a fondo. Historiador, gramático y ensayista, su producción, densa y abundante, le ha valido un premio municipal de letras. Ha profesado en las universidades de Buenos Aires y La Plata y es ahora oportuno recordar que ha sido de los primeros propulsores, en nuestro medio, de la obra de Eugenio D'Ors.

ARTURO CANCELA, porteño de cuna y humorista de alma, ha extraído y destilado en su obra literaria algunos de los más finos extractos de aquellas dos calidades y nutrido con ellos producciones casi parejamente logradas en géneros tan disímiles como el cuento breve y la pieza teatral, la novela y el ensayo. Jalonan su trayectoria "Tres relatos porteños" (1922), que ganó el Primer Premio Municipal y el tercero de los nacionales; "El burro de Maruf", ensayos (1925); "Palabras socráticas a los estudiantes" (1928); "Film porteño" (1933); "El origen del hombre" (teatro); "El amor a los setenta" (1942) y "Alondra" (1947), ambas piezas de teatro escritas en colaboración con Pilar de Lusarreta y distinguidas con sendos premios municipales. Los principales diarios y revistas argentinos lo cuentan como colaborador.

Escritor rumano actualmente en la Argentina, VINTILA HORIA publicó en Bucarest, en 1942, una novela y cuatro tomos de poesía. Fundó también la revista "Mesterul Manole", donde colaboraron los mejores escritores jóvenes de entonces como C. Vigil Gheorghiu y Mircea Eliade. Colabora en "Histonium", "Dinámica Social" y "Rumania" de Buenos Aires, "L'Ultima" y "Perseo" de Florencia, "Insula" de Madrid, "Boygreven og Samleren" de Copenhague, etc. Es autor de una "Antología de los Poetas Rumanos en el Destierro" y de un estudio sobre "Raza y religión en el desarrollo de la literatura rumana" (1950).

EZEQUIEL ORTIZ PONCE, mendocino, es un enamorado del folklore. Ha recorrido todos los centros quichuas y aymaraes del continente y es colaborador activo del Instituto de Folklore de la Universidad Nacional de Cuyo. Especializado en temas vinculados con la medicina empírica, ha publicado numerosos artículos y conferencias e, invitado oficialmente por el gobierno de Bolivia, ha disertado en el Ministerio de Educación y Asuntos Indígenales.

AUGUSTO CÉSPEDES, escritor, periodista y político boliviano, vivió como soldado la guerra del Chaco y reflejó su experiencia en la novela "Sangre de Mestizos". Representó a los mineros del distrito de Cataví en la Legislatura durante el período 1944-46 y su acción legislativa, que buscó interpretar las tendencias populares nacionales, contribuyó a recuperar para el Estado el monopolio extranjero del oro. Su novela "Metal del diablo" (1946), que aborda con vigor el problema social y político de la explotación del estaño, es un magnífico testimonio de la lucha del pueblo boliviano por su independencia.

STEFAN BACIU es un poeta rumano radicado en Brasil. Antes de la guerra publicó numerosos libros de poesía en Bucarest. En 1936 logró el premio para poetas jóvenes instituido por las Fundaciones Reales y colaboró en las principales revistas europeas y brasileñas. Tradujo al rumano a Rilke y a Trakl. Ahora trabaja en una antología alemana de la poesía latinoamericana.

J. A. OSORIO LIZARAZO, destacado escritor y periodista colombiano, ex-secretario general del Ministerio de Guerra de su país, ha viajado por todo el continente y conoce acabadamente sus problemas. Su obra literaria lo coloca entre los primeros escritores de América. Su primer libro, "La cara de la miseria", apareció en 1927. En "La cosecha" describió la vida de los cafetales y en "El hombre bajo la tierra", que acaba de reeditarse en Buenos Aires, la de las minas de carbón. Ambas obras revelan su profundo conocimiento de lo social y lo espiritual americano, y también que ese conocimiento ha seguido a un amor que hace de Osorio un arquetípico intelectual de los que en esta hora necesita nuestra América.

Muy joven aún, DANIEL D. VIDART es ya uno de los escritores uruguayos de más interesante personalidad. Su inquietud por los problemas del agro y del panorama social de la vida campesina se ha traducido en densos ensayos históricos y sociológicos.

Ha publicado "Biografía de don Tomás Berreta", obra laureada en el año 1946 por el ministerio de Instrucción Pública de su país, "Hesiodo el poeta de la tierra", y el libro de poemas "La edad de oro", donde un sentido virgiliano del paisaje colorea sus versos, de la más noble cepa castiza. Actualmente organiza un departamento de sociología rural en el ministerio de Agricultura y Ganadería del Uruguay.

# I N D Í C E

<i>Cultura y anticultura</i> .....	1
Alberto Ezcurra Medrano: <i>Inglaterra y España en América</i> .....	5
J. A. García Martínez: <i>Macedonio Fernández, metafísico paradójal</i> ....	11
Federico Ibaguren: <i>El ser de la Historia</i> .....	16
María Granata: <i>Poemas</i> .....	21
José Gabriel: <i>Por una historia leal</i> .....	29
Arturo Cancela: <i>El epigrafista funéreo</i> .....	41
Vintila Horia: <i>Los problemas de la hora veinticinco</i> .....	47
Ezequiel Ortíz Ponce: <i>Defensa del caudal americano</i> .....	53
Augusto Céspedes (Bolivia): <i>Reencuentro con Jaimes Freyre</i> .....	60
Stefan Baciú (Brasil): <i>La moderna poesía brasileña</i> .....	66
J. A. Osorio Lizarazo (Colombia): <i>La novela de la Gran Colombia</i> .....	72
Daniel D. Vidart (Uruguay): <i>La ciudad y el campo a lo largo de la evolución nacional</i> .....	81
ECONOMIA. Basilio Serrano: <i>Los territorios nacionales</i> .....	89
REVISIONISMO. Alberto Ezcurra Medrano: <i>Ricardo Rojas y el sable de San Martín</i> .....	93
RITMO DE AMERICA .....	96
TEATRO. Joaquín Linares: <i>Nueva contribución al estudio de los problemas del teatro.</i> — Alicia Eguren: <i>Crónica</i> .....	100
MUSICA. Lucas M. Rivara: <i>Escuchar para comprender</i> .....	106
PLASTICA. Pilar de Lusarreta: <i>Esperpento y mojiganga</i> .....	109
LIBROS .....	111
Ramón Doll: "La lucha por el Imperio Mundial", de James Burnham. J. A. García Martínez: "Filosofía de la estética", por Jaime María de Mahieu. V. H.: "El hombre bajo la tierra", de J. A. Osorio Lizarazo.	
REVISTA DE REVISTAS. Vintila Horia .....	121
Nuestros colaboradores .....	125

CORREO ARGENTINO Central B	TARIFA REDUCIDA
	Concesión N° 4087

## SUMARIO DE LOS NUMEROS ANTERIORES

### Nº 1

JOSÉ VASCONCELOS: *La Gran Colombia resucita*. CARLOS ASTRA-DA: *El hombre del nuevo ethos y el marxismo*. ARTURO E. SAMPAY: *Espíritu de la reforma constitucional*. HOMERO GUGLIELMINI: *Dos interpretaciones de la Pampa*. ALICIA EGUREN: *Canto a la Argentina*. ARMANDO CASCELLA: *Posición de América Latina frente a la futura guerra*. JORGE ICAZA: *Cholo Ashco*. RAMÓN CARRILLO: *Problemas de la financiación de la Salud Pública*. ELISA GALVÉ: *Reflexiones de una actriz*. JAIME SUREDA: *Crítica de libros*. MÚSICA, por Lucas M. Rivara.

### Nº 2

ARMANDO CASCELLA: *Conciencia continental latinoamericana*. JOAQUÍN DÍAZ DE VIVAR: *Crisis de la política del equilibrio en el mundo del poder*. ERNESTO PALACIO: *Lugones vivo*. JOSÉ MARÍA ROSA: *Artigas, prócer de la argentinidad*. J. M. CASTIÑEIRA DE DIOS: *De los campos del Sur*. RAMÓN DOLL: *La clase dirigente: su rol en la política*. RAÚL GUILLERMO CARRIZO: *Fundamentos económicos de la Revolución Nacional*. BRASIL: ELSIE LESSA: *Tarde no Salvador*. JOSUÉ DE CASTRO: *A fome mundial e o neo-malthusianismo*. PERU: MANUEL GARCÍA CALDERÓN: *Acuerdos de índole cultural entre Argentina y Perú*. DIONICIO R. BERNAL: *Lo español en los bienes folklóricos peruanos*. ECUADOR: ALFREDO CHÁVEZ: *Geografía literaria del Ecuador*. G. HUMBERTO MATA: *Manuelita Sáenz, la Libertadora, es quiteña*. COLOMBIA: J. A. OSORIO LIZARAZO: *Nacionalidad única de los hispanoamericanos*. URUGUAY: JULIO CÉSAR VIGNALE: *Destino y gravitación de América*. JULIO ELLENA DE LA SOTA: *Pero Viernes sueña...* ALDO FERNANDO BIMBI: *Cultura y personalidad en el concepto de Ralph Linton*. PLÁSTICA, por Jorge Beristayn. MÚSICA, por Lucas M. Rivara. TEATRO, por Bernard Bouts. CINE, por Elisa Galvé. CRÍTICA DE LIBROS, por Vicente Tripoli, Roque R Aragón (h.), J. A. García Martínez y Valentín A. Thiébaud.

### Nos. 3 y 4

"Sexto Continente" en la Madre Patria. CARLOS IBARGUREN: *La intervención imperialista en el Río de La Plata*. RAÚL SCALABRINI ORTIZ: *Palabras de esperanza para los que pueden ser mis hijos*. OCTAVIO NICOLÁS DERISI: *Las dos concepciones fundamentales de la filosofía*. ANTONIO PUGA SABATÉ: *Viento del Sur*. ALBERTO EZCURRA MEDRANO: *El caso Rosas*. ECUADOR: AUGUSTO ARIAS: *De la poesía popular ecuatoriana*. COLOMBIA: J. A. OSORIO LIZARAZO: *La paz perdurable*. BRASIL: IVÁN PEDRO DE MARTINS: *Sina*. PERU: LEO LOPARDO: *San Martín en el Perú*. ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR: *Sobre la psicología del indio*. TEATRO, por Alicia Eguren. PLÁSTICA, por Pilar de Lusarreta. CRÓNICA DE IDEAS, por Vicente Horia. CRÍTICA DE LIBROS, por Raúl de Ezeyza, Jaime Sureda, Ana García y Roque Aragón (h).

### Nº 5

*Sueños y cifras*. CARLOS IBARGUREN: *Psicología de San Martín*. NORBERTO GOROSTIAGA: *Orígenes del A.B.C.* LEOPOLDO MARECHAL: *Versos de la Cantata Sanmartiniana*. ARMANDO CASCELLA: *La revuelta del hombre amarillo*. RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Poe, genio americano*. HÉCTOR VILLANUEVA: *Ruinas de Pachacamac*. BOLIVIA: CARLOS MONTENEGRO: *El puerto imposible para Bolivia*. COLOMBIA: FERNANDO GUILLÉN MARTINEZ: *¿Está en crisis la literatura?* CHILE: EFRAIM SZMULEWICZ: *Apuntes sobre literatura actual de Chile*. PERU: ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR: *El "trompiezo"*. ECONOMÍA, por Basilio Serrano. RITMO DE AMÉRICA. TEATRO, por Joaquín Linares. CINE, por Miguel P. Tato. MÚSICA, por Lucas M. Rivara. PLÁSTICA, por Pilar de Lusarreta. CRÍTICA DE LIBROS, por Ramón Doll. REVISTA DE REVISTAS, por Vintila Horia.

**Precio del ejemplar: 3 pesos**